

LAS REVUELTAS ÁRABES

Notas de viaje

Víctor de Currea-Lugo

LE MONDE «el Diplo»
diplomatique
Edición Colombia

Las revueltas árabes
Notas de viaje

Víctor de Currea-Lugo

Las revueltas árabes

Notas de viaje

Víctor de Currea-Lugo

LE MONDE «el Dipló»
diplomatique
Edición Colombia

Revueltas árabes: Notas de viaje

Víctor de Currea-Lugo

Primera edición

Agosto 2011

Ediciones *Le Monde diplomatique*, edición Colombia

www.desdeabajo.info

Bogotá, D.C. - Colombia

Fotografía de la cubierta: © Víctor de Currea-Lugo

Marcha del Primero de Mayo en la Plaza de la Liberación

El Cairo, Egipto, 2011

Fotografías del interior: © Víctor de Currea-Lugo

Fotografías tomadas en diferentes países

del norte de África y de Oriente Medio.

ISBN:978-958-8454-38-2

Diseño y diagramación

Difundir Ltda.

Carrera 16 N° 57-57, Bogotá D.C., Colombia

Teléfonos: 346 62 40 -212 7397 -345 18 08

El conocimiento es un bien de la humanidad.

Todos los seres humanos deben acceder al saber.

Cultivarlo es responsabilidad de todos.

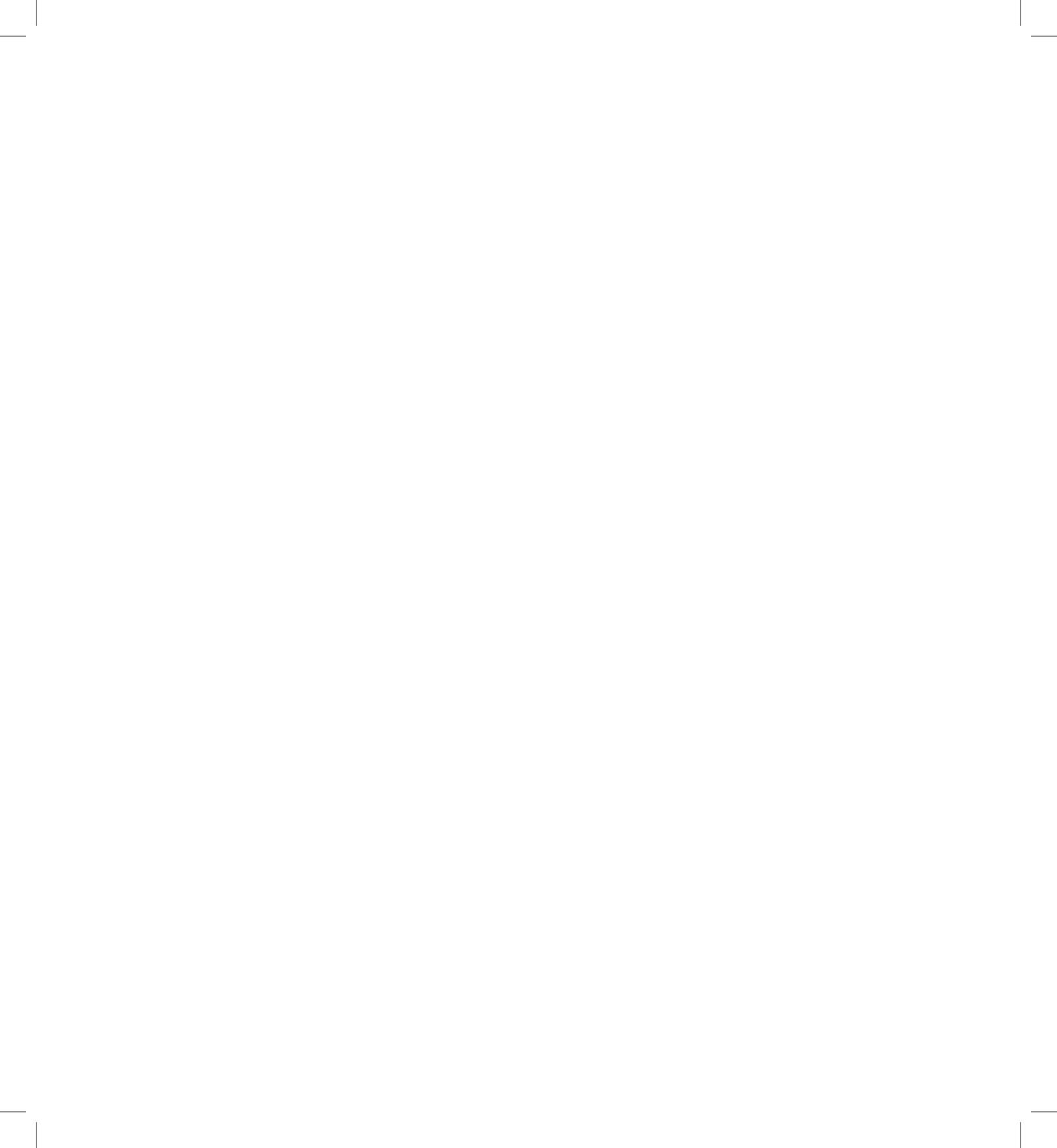
Se permite la copia, de uno o más artículos completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

*A Camila, por el amor,
A Francisco Rubio Llorente porque me lee.*



*La lechuza de Minerva
sólo levanta el vuelo al anochecer.*
“Fundamentos de la filosofía del Derecho”,
Friedrich Hegel

*Con coronas de nieve bajo el sol,
cruzan los reyes.*
Epigrama del poder,
Juan Manuel Roca



Índice

Presentación	11
El mapa del mundo árabe	15
1. Contexto general del mundo árabe	17
2. Lo árabe	25
3. Lo musulmán	29
4. Las revueltas árabes y los elefantes	33
5. Lo que no son las revueltas	35
6. La agenda de las revueltas	37
7. ¿Derechos Humanos? No, gracias	41
8. ¿Violencia religiosa?	45
9. La mujer en las revueltas	49
10. Túnez, buscándose a sí mismo	53
11. Egipto: ajedrez para tres	57
12. Egipto, el día siguiente	61
13. “Ahora tenemos más libertad, pero al mismo tiempo más represión”	63
14. “No era posible cambiar el régimen mediante elecciones”	65
15. Gadafi, contando los días	67
16. El efecto Naciones Unidas	69
17. Gadafi, el pastorcito mentiroso	71
18. Libia: sin novedad en el frente	73

19. Jordania, la revuelta truncada	77
20. “Nuestro siguiente paso es superar la división interna”	79
21. Bin Laden, visto desde Oriente Medio	81
22. Iraq, callejón sin salida	83
23. Palestina, ocupada	87
24. Paz entre palestinos, guerra con Israel	89
25. Los refugiados palestinos, 63 años después	93
26. Bahrein y su historia de protestas	97
27. Porqué no debe caer Bahrein	101
28. Somalia, más que piratas	105
29. La gran revuelta siria	109
30. Amanecer en Damasco	113
31. Yemen, el siguiente	117
32. Yemen, un paso adelante y dos atrás	119
33. Sahara Occidental	123
34. Sudán versus Sudán	129
35. ¿Qué pasa en Darfur?.....	133
36. Argelia, otra revuelta estancada.....	137
37. “La democracia en el mundo árabe es una amenaza para Israel”	141
38. El éxodo africano	145
39. Lo humanitario en las revueltas.....	149
40. Los Estados Unidos, ante las revueltas árabes	153
41. Ocupación en Libia: modelo para armar	157
42. Lo enrevesado de las revueltas	161
43. Palabras finales: Voltaire, el velo y los derechos humanos.....	165
44. Bibliografía recomendada	169
45. Páginas Web recomendadas	171

Presentación

La idea de este libro resulta de la sugerencia de varios amigos que me veían tratando de explicarme las llamadas revueltas árabes y de hacerme un mapa mental de lo que empezó con un suicidio en Túnez y todavía no se sabe cómo terminará.

Es claro que esta coyuntura transforma la realidad política y social de esta parte del mundo que va del noroeste de África al Golfo Pérsico y de Siria hasta Somalia. De esta primera mirada hay reflexiones sobre el uso de la fuerza en Libia, la represión en Yemen y Siria, y las salidas de Ben Ali de Túnez y de Mubarak de Egipto.

Había, sin embargo, que trascender en las fuentes disponibles y decidí organizar apresuradamente un viaje a la región. En Egipto fue posible ver las manifestaciones que continuaban a pesar de la salida de Mubarak, escuchar los primeros balances de un país que todavía no salía del asombro y ser testigo de otro debate: la situación en la frontera con Libia y la agenda humanitaria que crecía.

La siguiente estación fue Jordania, donde se respiraba la calma tensa de una revuelta frustrada. Las entrevistas fueron menos agitadas allí pero no menos apasionadas. Fue, diferente de la resaca egipcia, ver los preparativos jordanos.

Estando en Ammán, nos llegó la noticia de la muerte de Osama Bin Laden. Envié varias reflexiones a los medios colombianos, pero para algunos es casi imposible entender que hay

vida más allá de las Torres Gemelas, convertidas en el Alfa y Omega de la agenda internacional en Europa y los Estados Unidos, pero que en otras partes del mundo es apenas otro suceso, como lo es el genocidio de Darfur o las hambrunas de Etiopía, sin que ninguna de estas dos desgracias (que conozco de primera mano) haya paralizado alguna vez la bolsa de valores de Nueva York.

Desde Jordania es muy fácil ver y sentir a Israel por la cercanía no sólo geográfica sino también política. Poco se dice de Israel, rodeado ahora por países revueltos, y poco se dice de lo que se cocina dentro, de cómo Israel no define la forma de posicionarse frente a la crisis. Por eso, oír las voces de los israelíes antisionistas en este momento de la historia era esencial. Allí nos llegó la noticia de la paz entre palestinos, celebrada con júbilo en los campamentos de refugiados y entre la población palestina en general.

Otra estación fue Líbano. Las particularidades de Líbano y la distribución del poder hacen que su dinámica tenga que ser analizada por fuera de las revueltas árabes y por eso no se incluye aquí. Sin embargo, en Beirut los campos de refugiados palestinos, que había conocido en los Territorios Ocupados desde 2003, volvían a estar frente a mis ojos. En Beirut visitamos el espacio a la memoria de alrededor de casi 4.000 civiles palestinos que fueron asesinados en tres días de 1982 por milicias cristianas, con el apoyo de Israel.

En estos días, la frontera de Siria con Jordania estuvo cerrada, pero no las líneas limítrofes entre Siria y Líbano. Por eso decidimos ‘colarnos’ en Siria y tratar de ver un poco la dinámica en Damasco. El férreo control a los extranjeros no impidió, en todo caso, enterarnos de algunas noticias sobre la situación. Y finalmente incluyo algunas reflexiones sobre países no visitados esta vez pero en los cuales había trabajado en el pasado, como Sudán, Palestina y Sahara Occidental.

Hay otros temas que sirven para clarificar la dinámica que se vive hasta ahora en el mundo árabe: lo enrevesada que resulta la posición de diferentes actores internacionales y que es cambiante de país a país según su propia agenda, lo que cada uno quiere ver allí de acuerdo a sus intereses.

Es difícil precisar la auténtica “agenda árabe de hoy”, si sólo se trata de las recientes manifestaciones (Túnez, Egipto, Siria, Bahrein) o de las nuevas protestas en medio de viejos conflictos (Yemen, Sahara Occidental), si contamos o no a procesos frustrados o por lo me-

nos parcialmente estancados (Marruecos, Jordania, Argelia) o si debemos también incluir hechos menos recientes pero igual de determinantes del mundo árabe actual (genocidio en Darfur, ocupaciones de Sahara Occidental y Palestina) o los conflictos armados de países árabes (Iraq y Somalia).

Aunque se entiende por revueltas árabes fundamentalmente los levantamientos sucedidos desde diciembre de 2010, no hay que olvidar: i) que hubo levantamientos previos (Siria 1982, Libia 1996, intifadas palestinas, protestas obreras en Egipto y Túnez), de la misma manera que la represión ha sido endémica, y ii) que sin esos levantamientos previos no hubieran sido posibles las protestas de hoy. Entonces, para entender desde una perspectiva más amplia las revueltas árabes, incluimos aquí textos de conflictos menos ‘recientes’ pero igualmente importantes.

Hay varias entrevistas, hasta ahora inéditas, incluidas en el presente trabajo: Wael Navara (líder político egipcio), Gamal Eid (trabajador de derechos humanos), Nahed Hattar (intelectual jordano) y Sergio Yahni (israelí antisionista).

Como palabras finales y resumen de lo que podemos decir hasta ahora, utilizo el debate del velo, porque nos sirve para ilustrar los problemas de percepción, el doble rasero con el que medimos a los árabes, las tensiones culturales y, en fin, la lucha por los derechos de las personas.

Algunos de los primeros trabajos fueron publicados en el periódico *El Espectador*, pero la mayoría ha estado inédita hasta hoy. Pensé organizarlos geográficamente, lo que no resultó funcional, y luego traté de darles una secuencia cronológica, lo que es aún más complicado; así que finalmente quedaron un poco revueltos, como la región.

Mayoritariamente, las fuentes, además de conversaciones con amigos en la zona y personas de a pie, son entrevistas, algunas mantenidas como tales y otras reflejadas en los diferentes apartados. Hay, sin embargo, al final, una selección de libros que me acompañó durante estos meses de debate y que podría ser de alguna utilidad.

Es difícil hacer ciencia política sobre hechos tan recientes. Lo más decente en este caso es limitarse al trabajo periodístico que sirva para debates futuros, cuando el polvo de las revueltas se haya asentado y podamos ver el paisaje de manera más calmada. Lo que resulta

cierto es que este esfuerzo no es un manual sobre Oriente Medio; es más un cuaderno de campo y de reflexiones personales sobre algo que en el futuro veremos con más cuidado.

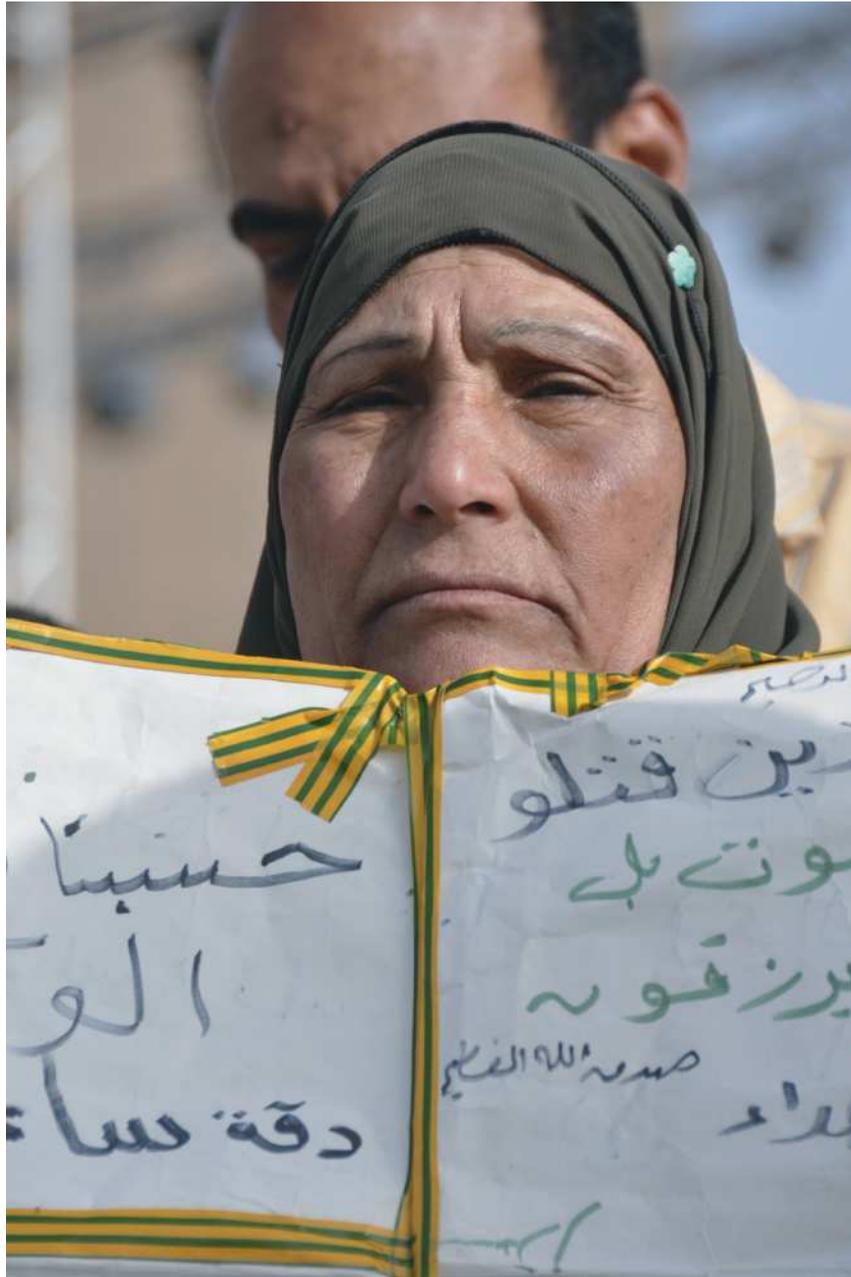
Este libro es, pues, fruto de la urgencia de contribuir con algunos elementos para el análisis de lo que pasa hoy en el mundo árabe con la fragmentada información disponible. Los hechos venideros pudieran modificar y hasta desmentir lo que aquí se concluye de modo preliminar, ya que, como dice Hegel, “la lechuza de Minerva sólo levanta el vuelo al anochecer” y no antes.

Los primeros textos fueron revisados por mi colega de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Javeriana, Benjamín Herrera Chaves, a quien le debo muchos comentarios. La revisión final de los artículos que salían a la prensa a veces con mucha prisa y de la edición de este libro, se lo debo a mi compañera Camila Carvajal Oquendo, sin ella no sólo no hubiera sido posible este libro sino que tendría menos sentido.

Víctor de Currea-Lugo
Julio de 2011

El mapa del mundo árabe





1. Contexto general del mundo árabe

Un fantasma recorre el mundo árabe, el fantasma de las protestas. Contra ese fantasma han tratado de posicionarse en santa jauría todas las potencias de la vieja Europa, los Estados Unidos, Israel, los sindicatos y las asociaciones, el mundo musulmán y el cristiano. De este hecho se desprenden dos consecuencias: a) que las revueltas árabes se hallan ya reconocidas como un poder real por todas las potencias y b) que ya es hora de que los árabes expresen a la luz del día y ante el mundo entero sus ideas, sus tendencias, sus aspiraciones, saliendo así al paso de esa leyenda del espectro musulmán. Esta paráfrasis de Marx no es menos cierta en el caso que aquí nos ocupa.

El efecto de las protestas ya se siente en otros países y en diferentes niveles. Estas décadas de ausente democracia no hubieran sido posibles sin, entre otras cosas, la complicidad internacional: el papel de China en Sudán, de Francia en Argelia, de los Estados Unidos en Egipto y de Italia en Libia. El apoyo internacional es parte de la ecuación de las dictaduras.

Pero el error de culpar al colonizador es una fórmula tan simple como errónea. Un argumento sencillo es constatar que el único país no colonizado de África, Etiopía (aunque no es árabe), sufre de los mismos problemas de injusticia, hambrunas, represión y falta de democracia que sus países vecinos.

Es cierto que la delimitación de fronteras creó unos límites a los pueblos, pero también es cierto que, independientemente de esas fronteras, los líderes árabes han reproducido hasta

la saciedad el mal ejemplo del colonizador. Bélgica, Francia, el Reino Unido, España, Italia, pusieron lo suyo, pero Gadafi, Mubarak, Al-Bashir, Saleh, Mohamed VI, Buteflika, Ben Ali, Al-Khalifa, Al Asad, no son europeos.

El mundo árabe no ha sido precisamente un paraíso democrático. La permanencia de los mismos líderes en el poder por décadas sigue siendo una constante. En el norte de África y en Oriente Medio, las noticias sobre los mandatarios repiten los mismos apellidos año tras año. Era muy dicente un grafiti en una pared de El Cairo: “Quiero ver un presidente diferente antes de morir”. A las autocracias se suman la falta de libertades, la corrupción, la concentración de la riqueza en pocas manos y la respuesta represiva de los regímenes ante la movilización social.

En la ciudad de Sidi Bouzid, Túnez, empezaron las protestas el 17 de diciembre de 2010. La inmolación de un joven vendedor de frutas, Tariq Tayyib Mohamed Bouazizi, fue el detonante de las protestas por la falta de justicia social. El presidente Ben Ali prometió dejar el poder en 2014, crear nuevos empleos y hacer reformas económicas y sociales, pero terminó abandonando el país. En la segunda mitad de febrero, ya las protestas se habían extendido a Yemen, Siria, Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos y Sudán, donde las autoridades han reprimido violentamente a los manifestantes. En Yemen, miles se han levantado bajo el lema “No a la corrupción, no a la dictadura”, mientras Argelia anunció un levantamiento del Estado de excepción.

La llama que se prendió en Túnez y que terminó con la salida del presidente Ben Ali, camino a Arabia Saudita, contagió en cosa de días a Egipto, el país más poblado de África con más de 83 millones de habitantes. En el caso de Egipto, país que ha estado bajo ley de emergencia la inmensa mayoría del tiempo desde 1967, las protestas empezaron el 25 de enero (celebración del día de la policía nacional), exigiendo la caída de Hosni Mubarak, aferrado al poder desde 1981. Aunque protestas similares se habían dado en los últimos años, ninguna había logrado los niveles de las actuales movilizaciones sociales. Además del régimen presidencialista, controlado en forma absoluta durante 30 años por Mubarak, y la dura represión contra la oposición, los niveles de corrupción en Egipto tienen una calificación de 3,1 (siendo 10 la ausencia de corrupción y 0 corrupción total).

Esta cadena de protestas nace en un mundo árabe cada vez más cuestionado por la falta de democracia, tanto desde fuera (lo que no es novedad) como desde dentro (lo cual ha

ido creciendo en los últimos años) de los 21 Estados que constituyen el mundo árabe (más Palestina). El autoritarismo ha sido una constante en una región que tampoco es homogénea, ni siquiera para rechazar la ocupación israelí en Palestina o para ayudar realmente a sus hermanos ocupados. El mundo mira lo que pasa en Oriente Medio y el norte de África por muchas cosas, entre otras porque allí se concentra más del 60 por ciento de las reservas de petróleo conocidas. A pesar de tal riqueza, los países árabes tienen una de las tasas de desempleo más altas del mundo, en especial entre la población joven. Vale aclarar que los árabes, en su mayoría musulmanes, no tienen más identidad común que aquella que da la expresión también vaga de “latinoamericanos”.

En los regímenes del mundo árabe hay una familia dinástica (Arabia Saudita, Emiratos Árabes, Marruecos) o un partido (Iraq, Siria, Egipto), y siempre, detrás, un ejército. Ben Ali duró 22 años en Túnez; Hosni Mubarak 30 años en Egipto; en Siria gobierna primero Hafez Assad y ahora –desde 2000– su hijo Bashar Assad; Ali Abdullan Saleh está al frente de Yemen desde 1978; Gadafi lleva 41 años en el poder en Libia; Mohamed VI lleva 11 años reinando en Marruecos, tras heredar el trono de su padre Hassan II; en Jordania Abdallah II heredó la corona hace 12 años; en Sudán, Omar Al-Bashir se mantiene en el poder desde 1989, cuando dio un golpe de Estado; y en Argelia Abdelaziz Buteflika es presidente desde hace 11 años.

Lo que sí demuestran las protestas es que ni la popularidad ni las reelecciones de triunfo abrumador son medidores de democracia: Mubarak fue reelegido cinco veces y Buteflika ganó en Argelia de nuevo con el 90 por ciento de los votos.

En el pasado, la guerra fría mantuvo encerrados a los pueblos árabes en una dicotomía que sólo permitía estar atado a un bloque, sin que movimientos nacionalistas pudieran florecer como tales. Una vez finalizada la guerra fría, el mundo árabe vivió varios desastres que le impidieron superar su relación con los grandes imperios: la guerra de Iraq de 1991, la invasión de Somalia en 1993, incluso los ecos del conflicto yugoslavo en los años 90, y de Afganistán en 2001 e Iraq en 2003.

Por otro lado, desde el comienzo las revueltas han sufrido de tensiones internas y retrocesos. Por ejemplo, en el gobierno provisional de Túnez, luego de la salida del presidente, 12 de 20 miembros eran fieles a Ben Ali y cuatro de los opositores renunciaron, con lo cual el cambio esperado no se ha visto reflejado. Hubo un doble recambio de gobierno. Ben Ali fue reemplazado por el primer ministro, Mohammed Ghannouchi, quien declaró el estado de emergen-

cia y fue en pocas horas reemplazado por Fued Mebaza, presidente del Parlamento por orden del Consejo Constitucional, llamando a que en menos de 60 días hubiera elecciones.

En todo caso, sin desconocer el detonante del acto suicida en Túnez, las protestas empiezan mucho antes del ejemplo tunecino. El 6 de abril de 2008, un grupo de obreros textiles lanzó al norte de Egipto un llamado a la huelga que fue secundado por jóvenes cansados de la situación, sobre todo por el alto nivel de desempleo juvenil. La protesta fue reprimida, pero el sueño del “6 de abril” siguió vigente. En los aniversarios, el naciente movimiento 6 de Abril trató de nuevo de convocar a la movilización contra el régimen. De hecho, desde antes de 2008 las protestas son una cotidianidad semanal en Egipto. Pero fue el ejemplo de Túnez lo que recordó a los egipcios que era posible pasar de la protesta ‘marginal’ a una protesta de masas que cambiara el régimen.

Los Hermanos Musulmanes (llamados así a lo largo de este libro, pero en rigor llamados La Hermandad Musulmana), fundados en 1928 por Hasan al-Banna, generaron revueltas contra el régimen de Siria en 1982 y de Libia en 1996. En ambos casos, la represión terminó en miles de muertos.

La oposición política de Egipto había sufrido la persecución del régimen durante años, especialmente por parte de la policía secreta bajo el mando de Omar Suleiman (nombrado vicepresidente por pocos días), la ilegalización de los Hermanos Musulmanes, el encarcelamiento por tres años del líder opositor Ayman Nour (líder del Partido el-Ghad “Partido del Mañana”) por dudosos cargos, todo lo cual mostraba que el régimen no estaba dispuesto a ofrecer concesiones reales.

Un nuevo llamado del movimiento 6 de Abril, posterior a la caída del gobierno de Túnez, el marco de más violencia policial, recibió esta vez un apoyo masivo y tocó el poder, al punto que el hijo que se preparaba para heredar el poder (Gamal Mubarak) huyó a Londres con su familia. A finales de enero, luego de la caída del gobierno de Túnez y las protestas en las calles de Egipto, Mubarak decidió nombrar un nuevo gabinete de gobierno, incorporando tres militares de alto rango, lanzó mensajes de acercamiento a la oposición, reconoció como legítimas las protestas de los jóvenes (matizando que ahora eran manipuladas), habló de reformar el artículo 76 de la Constitución (ya que durante 52 años ha habido un solo candidato presidencial) y prometió no presentarse de nuevo para otro período presidencial, todo esto tratando de frenar la creciente ola de protestas, pero eso no fue suficiente para calmar

la situación. De modo que las promesas de Mubarak no funcionaron, como tampoco las de Ben Ali, Saleh, Al Asad y muchos otros líderes.

En las marchas ha participado todo tipo de gente bajo lemas simples, unificadores y claros que evocan una demanda específica: cambios en el poder. Pero ese consenso no dice qué debe seguir, quién debe estar a cargo luego de los cambios, qué tipo de nuevo gobierno y un largo etcétera. Ante este panorama, los gobiernos han contestado con detenciones, cierre de Internet y envío de grupos progubernamentales en plan de rompehuelgas. A pesar de las críticas que llueven de todo lado, la represión y el desgaste pueden ser útiles para prolongar la protesta e incluso afectar sus bases.

Para mayor complejidad, las agendas cambian de país en país y hasta de momento a momento: en Bahrein pasaron de pedir una monarquía constitucional a exigir la salida de Al-Khalifa; en Palestina el problema es fundamentalmente la ocupación israelí, mientras en Yemen la oposición aceptó que Saleh se fuera a finales de 2011 antes de decantarse por una salida inmediata.

Dentro de los rebeldes hay musulmanes, cristianos (Egipto), empresarios, jóvenes, desempleados, militares (Yemen), comunistas, mujeres –cuya lucha por la igualdad de género en el mundo árabe no es visibilizada con justicia–, inmigrantes ilegales (Bahrein, Libia) y una gran lista de actores, con banderas disímiles y hasta contradictorias entre ellas. Es tan intrusivo querer convertirse en “brazo armado de las revueltas” (en Libia) o en financiador de las reformas (en Egipto y en Túnez) como en suponer agendas de los rebeldes, desconociendo precisamente su particularidades.

Las revueltas van más allá de la caída del gobierno: en Túnez, los problemas no se han acabado con la salida de Ben Ali; y en Egipto, luego de la salida de Mubarak, se siguen reportando abusos por las fuerzas de seguridad, ahora en el poder. Es decir, las revueltas apenas se están haciendo. La revuelta del mundo árabe (todavía queda por discutir qué tanto tiene de revolución) se medirá en el futuro sobre sus propias dinámicas de aciertos y desaciertos.

En el plano internacional hay consenso en que debe haber cambios. Así lo han expresado Turquía, Irán y los Estados Unidos que, junto con Israel, son las cuatro agendas principales no árabes con gran influencia en el mundo árabe. Pero quienes están de acuerdo con el cambio no coinciden en la elección de opciones. Irán llama a una revolución como la de

1979; los Estados Unidos esperan una coalición pro-Estados Unidos o, mejor aún, más de lo mismo; y Turquía se opondría a una salida musulmana y esperaría un gobierno laico o un Islam moderado, según el ejemplo turco. Israel apoya, sin lugar a dudas, el continuismo y ve las revueltas como un problema de seguridad.

También se habla mucho del papel de las nuevas tecnologías que acompañan viejas consignas, y al respecto hay que establecer varios matices. Lo primero, que las protestas ya venían dándose y el descontento no dependía sólo de las redes sociales; lo segundo es que los levantamientos no se hicieron gracias únicamente a la Internet: la red de mezquitas fue la gran movilizadora de los Hermanos Musulmanes en Egipto; y, por último, no hay que olvidar que ganar en la Internet no es ganar en las calles, ganar en las calles no es ganar en las urnas y ganar en las urnas es ganar el gobierno pero no ganar el poder.





2. Lo árabe

Llamarse árabe es tan etéreo como llamarse latinoamericano, es decir, es más una noción que un concepto, más un sentimiento que una categoría. En Colombia, a los inmigrantes árabes llegados desde finales del siglo XIX se les llamó turcos, porque, en aquellos años, parte de lo que hoy conocemos como mundo árabe pertenecía al imperio otomano.

La lengua que los une, el árabe, tiene grandes variaciones de país a país, al punto que un marroquí y un iraquí se comunican mejor en inglés que en su jerga local, a menos que opten por el árabe clásico, ese que se usa especialmente entre los académicos.

En el año 622 empezó el proceso de expansión del Islam cuyo libro sagrado (el Corán) está escrito en árabe en una única versión que se mantiene a pesar del paso de los siglos. Este proceso de islamización se acompañó de uno de arabización. Así, muchos pueblos conquistados se reconocen como árabes en lo que hoy comprende el norte de África y Oriente Medio, desde Sahara Occidental hasta Omán, desde Somalia hasta Siria.

Sin embargo, ni todos los árabes son musulmanes, dos de cuyos ejemplos son los cristianos de Libia y los cristianos palestinos; ni todos los musulmanes son árabes como son los casos de los iraníes, que son persas; de los kurdos de Iraq y de los pastún de Afganistán. Lo árabe es, entonces, una cultura, una forma de vida y principalmente una forma de hablar en un idioma que se escribe de derecha a izquierda (lo opuesto al español) y que pudiera implicar una visión diferente del mundo de la que nosotros tenemos.

La geografía del mundo árabe se puede delimitar a dos universos: el Magreb y el Mashreq. Magreb es la españolización de la expresión árabe que se usa para el poniente, el lugar por donde se pone el Sol, el Occidente u Oeste. El Magreb está compuesto por Libia, Túnez, Argelia, Marruecos, Mauritania y Sahara Occidental. Mashreq es la palabra que equivale al lugar por dónde se levanta el Sol en el mundo árabe, el Levante, el Oriente, constituido por: Egipto, Jordania, Líbano, Palestina y Siria. Hay que añadir Arabia Saudita, Sudán, Yemen, Iraq, Qatar, Bahrein, Omán, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos. Esta multiplicidad de países, con población musulmana en su mayoría, se agrupó políticamente en la Liga Árabe, en la cual tienen asiento otros países, como Somalia, Yibuti y las Islas Comores, para un total de 21 Estados más la Autoridad Palestina.

La nomenclatura del Banco Mundial habla de Oriente Medio y Norte de África (MENA, sigla inglesa) para referirse a esta región, lugar de las mayores reservas de petróleo del mundo, cuna de las primeras grandes civilizaciones de la humanidad (Egipto, Mesopotamia, Persia) y de las tres religiones monoteístas (judía, cristiana y musulmana).

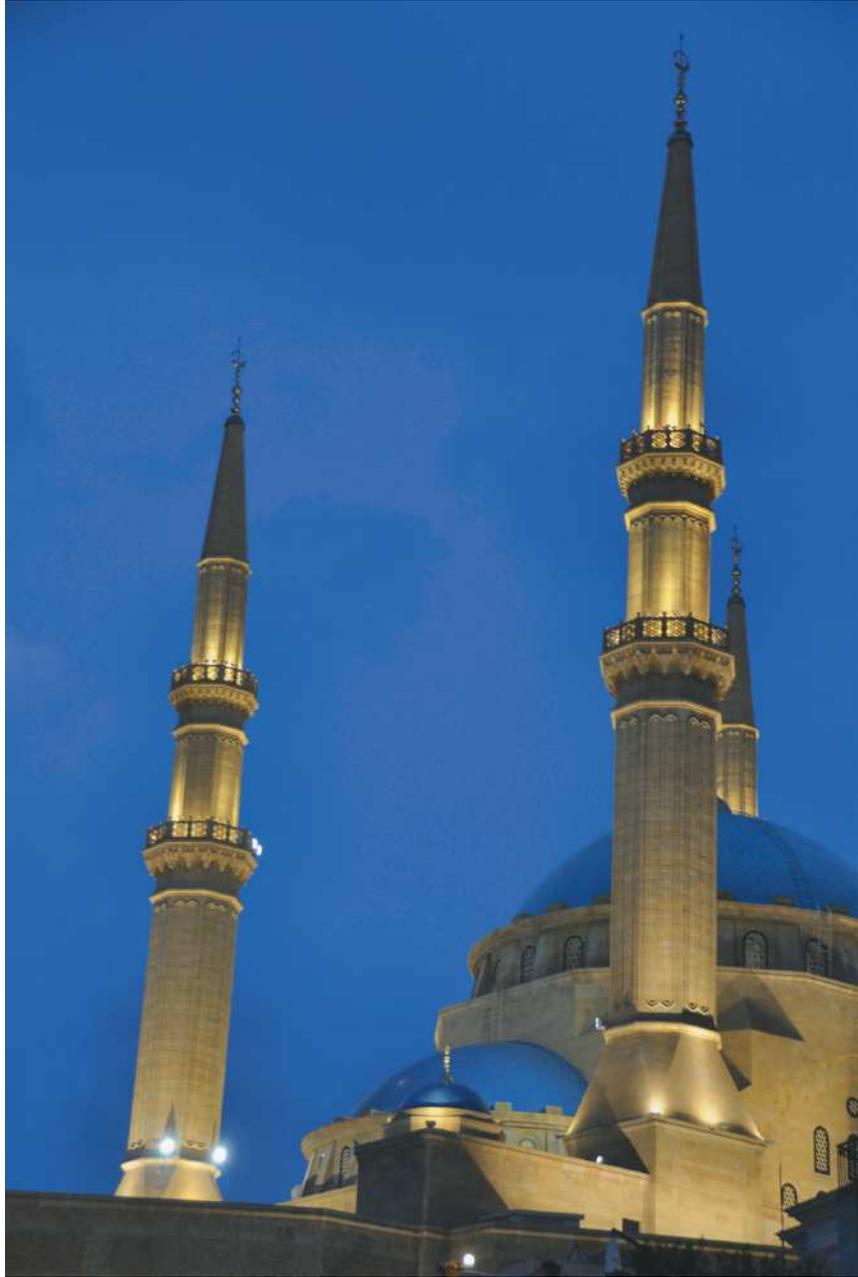
El mundo árabe fue ocupado por los griegos, colonizado por los romanos, atacado por los cruzados, dividido por los europeos y luego controlado por los Estados Unidos. Sin embargo, su historia no es sólo una historia de guerras. El florecimiento de las matemáticas, las artes y las ciencias en Europa del Renacimiento y de la Ilustración no hubiera sido posible sin el papel que jugó el mundo árabe-musulmán como cadena de transmisión del conocimiento greco-romano, enriquecido con los aportes árabes.

Ahora bien, ¿es una revuelta mirando a la Bastilla? Aunque el mundo árabe fue ese transmisor de conocimiento a Europa, con sus escuelas de traductores y aquellos inventos impresionables en el desarrollo del Renacimiento, los árabes no bebieron, como hubiera sido justo, de las aguas del conocimiento. Aunque no es una burguesía ilustrada la que lucha, sí hay una clara rebelión contra el antiguo régimen y por esto se apunta a las cabezas de algunos reyes (o de los que se portan como tales), sin olvidar que es una lucha dentro del capitalismo y no contra él como tal.

El modelo árabe del siglo XX estuvo encarnado en Gamal Abdel Nasser en Egipto y fue propagado a otros países, e implicó la revolución y la dictadura nacionalistas, bebiendo del modelo comunista. De allí se nutren el esquema de partido único, la nacionalización de empresas, el antiimperialismo y el panarabismo. Con posterioridad, ante la desaparición

de Nasser, gana fuerza un modelo más islámico que se materializa con la revolución iraní de 1979.

Estos dos modelos se conjugan y confluyen en algunos países, para finalmente perder fuerza en el marco de las llamadas “revueltas árabes”.



3. Lo musulmán

Para efectos prácticos, podemos decir que hay desde “musulmanes culturales” hasta “musulmanes absolutistas”, de la misma manera que América Latina y España está llena de “católicos culturales”, impregnados de prácticas y ritos religiosos pero no necesariamente convencidos de la fe católica.

Los cinco pilares del credo musulmán son: la profesión de fe (aceptar que Dios es uno solo y Mohamed su Profeta), la oración, la limosna, el ayuno (el Ramadán) y la peregrinación a La Meca (por lo menos una vez en la vida). Los musulmanes aceptan a los judíos y los cristianos como “pueblos de la Biblia”, siendo Jesús uno de los profetas, pero no el principal, lugar reservado para Mohamed (quien ha sido castellanizado como Mahoma).

A diferencia del mundo católico (donde la idea de separación Estado-Iglesia es cada vez más fuerte, aunque no lo suficiente), en general en el mundo musulmán el papel de lo religioso en la administración de lo público es mayor. La ley musulmana (Sharía) está reconocida en varios países como única fuente de derecho, con lo cual las libertades se ven constreñidas (es el mismo debate que tiene Israel de pretender ser democracia cuando se guía por la Torá, su libro sagrado).

La Sharía prohíbe el homicidio, las relaciones extramaritales, el consumo de alcohol y los juegos de azar, y regula algunos aspectos de la vida familiar. Esto genera un problema académico y práctico: la posibilidad de conciliar la democracia con lo musulmán.

Las dos ramas más importantes de la religión musulmana son los suníes o seguidores de las sunas, el libro que contiene la vida del Profeta Mohamed y por tanto su ejemplo de vida, y los chiíes. Los suníes reconocen la sucesión y el poder encarnado en los califas, por fuera de la descendencia directa del Profeta. Los chiíes (o seguidores del sobrino del Profeta, llamado Alí) difieren en el alcance de la relación entre el Estado y la Iglesia, en últimas –como dice Mbuyi Kabunda–, en la lucha por el control del poder luego de la muerte del Profeta. Los chiíes sólo aceptan la sucesión de la descendencia directa del Profeta.

En el norte de África hay una gran mayoría suní, mientras en países como Bahrein la mayoría es chií, y en Yemen hay mitad y mitad, además de la presencia de una rama del Islam llamada zaydismo. En Siria gobierna un régimen chií con particularidades religiosas: el alawismo. El debate es qué tan religiosa es la acción política de un creyente y, por tanto, qué tan musulmanas son sus banderas y sus agendas sociales.

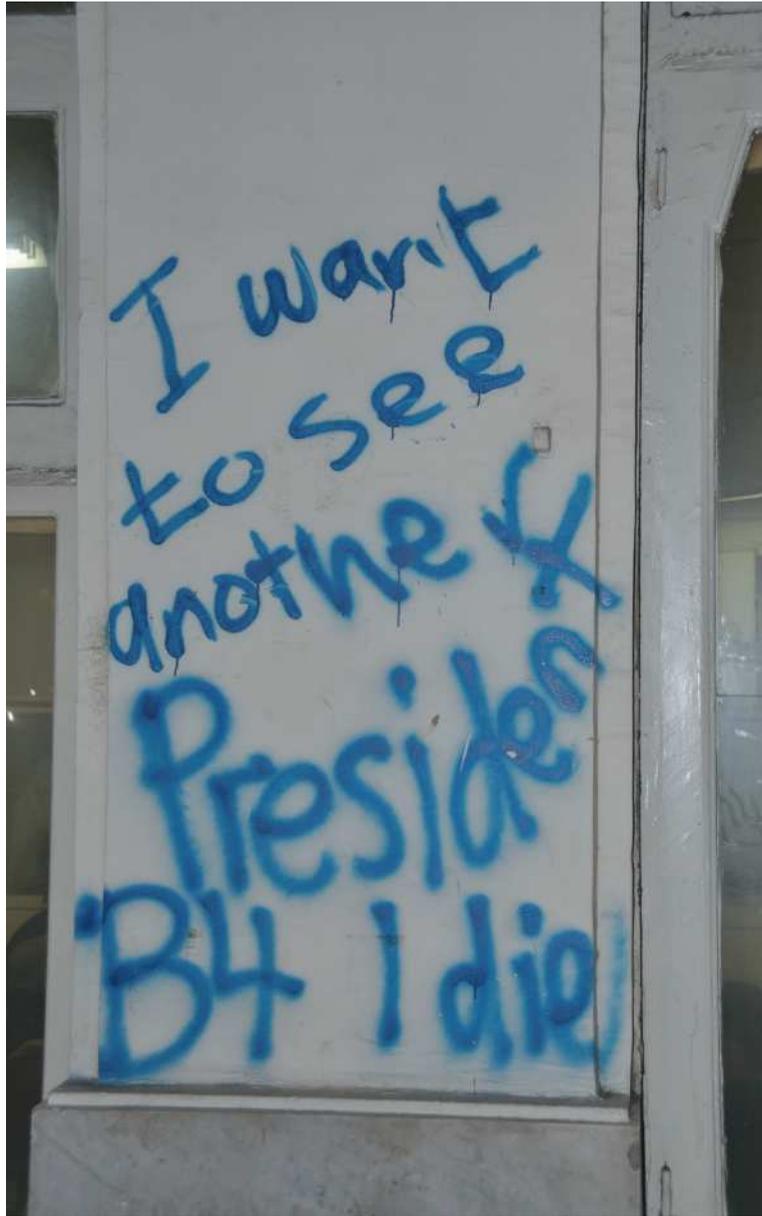
En el caso de Bahrein, todo indica que las reivindicaciones de las mayorías chiíes, excluidas del poder, son más cercanas a la justicia social de corte marxista que a una agenda religiosa. En el caso de Egipto, los Hermanos Musulmanes fueron defensores de las revueltas contra Mubarak, pero, una vez éste dejó el poder, han levantado la bandera religiosa. En el caso de Siria, la red alawi no tiene tanto que ver con la religión como con las relaciones clientelares que desarrolla el Estado.

Hay dos posiciones extremas en lo religioso: un modelo laico, en el que se construye un Estado moderno con una sociedad creyente en el Islam (el modelo turco es quizá lo más cercano), y un modelo de Estado confesional, en el cual el Corán (y su interpretación) actúa como guía no sólo de lo privado sino también de lo público (el modelo talibán). Tanto los partidarios de la primera opción como los de la segunda están moviendo sus fichas en el ajedrez del mundo árabe para posicionarse de la mejor manera. Lo que no se puede perpetuar es la visión capitalista de reemplazar la “amenaza comunista” con la “amenaza musulmana”.

Como dice George Corm, “el Islam [es] con demasiada frecuencia utilizado abusivamente como marcador identitario e histórico exclusivo de los diferentes pueblos de la región, pero también como única clave de explicación”. Lo que constituye uno de los grandes errores de Occidente. Lo curioso es que gobernantes de Egipto, Libia, Siria, Jordania y Yemen han usado el mismo argumento: el miedo al “islamismo radical” es lo que justifica su permanencia en el poder.



Cubrirse o no cubrirse, he ahí la cuestión. Lo fácil es reducir el debate, lo difícil es ponerlo en perspectiva.



"Yo quiero ver un presidente diferente antes de morir".

4. Las revueltas árabes y los elefantes

Dice la historia que varios sabios ciegos fueron reunidos para que explicaran cómo era un elefante. Cada uno tocó una parte del cuerpo del animal y sacó su propia conclusión: el que tocó una de sus gruesas patas concluyó que un elefante es como el tronco de un gran árbol; el segundo, que tocó una de las orejas, dijo que era un gran abanico, y el que tocó la cola dijo que era como una serpiente. Eso mismo pasa con las revueltas del mundo árabe.

Las izquierdas latinoamericana y española sólo ven comunistas. Para ellos, son las “masas obreras y proletarias” que gritan algo así como “árabes de todos los países, uníos”. A algunos les cuesta trabajo entender que Gadafi, quien fuera mecenas de muchos grupos de izquierda, donante para la paz y para la guerra, según la agenda que mejor le convenía, es un dictador y un hombre sanguinario.

Los progresistas europeos sólo ven liberales. Para algunos de ellos es como si el proceso de industrialización hubiera llegado al mundo árabe y ahora sus pueblos empezaran a ser señores liberales progresistas que, además, entienden las ventajas del mercado y la tecnología. A algunos les resulta difícil entender que una persona reelegida varias veces y muy popular, como era Mubarak, hombre de negocios, en paz con Israel y bienvenido en Europa, de repente terminara fuera del poder y frente a los tribunales.

La gente joven sólo ve muchachos armados de Twitter y de Facebook: un ejército de muchachos que envía, cual rayos láser, mensajes de texto. Fruto de los mensajes, los Twitter y el

peso de las páginas web, los ejércitos armados con tanques ceden sin más a la cyberpresión de sus enemigos. Se les olvida, como nos decían los jóvenes de Jordania, que muchos viejos que no tienen Twitter ni Facebook se sumaron a las marchas, que los muertos de Siria y de Libia no son virtuales, que la Plaza de la Liberación en El Cairo no estaba llena de bloggers sino de gente de a pie.

Turquía sólo ve musulmanes demócratas e Irán sólo ve musulmanes radicales. Algunos turcos quieren ver que todos los países con revueltas sigan el modelo de Túnez, que mira a Ankara como ejemplo, con lo cual se confirma que es posible ser musulmán y demócrata.

Teherán ve, en cambio, unas revueltas que se asemejan a su revolución de 1979, y por eso espera que las marchas en Bahrein giren hacia el Islam, como lo hacen algunos grupos musulmanes en Egipto y Jordania, bajo la consigna difundida por los Hermanos Musulmanes de que “el Islam es la solución” (aunque éstos sean suníes y miren con desconfianza el mundo chií de los iraníes).

Quienes se creyeron las mentiras del “choque de civilizaciones” sólo ven cruzados musulmanes, creen que todo lo que hay es un caos donde los radicales pro-Al-Qaeda sacarán ventaja, y por tanto ven que el principal problema por resolver es la revuelta de Yemen, donde Al-Qaeda tiene los grupos más consolidados de la región y creen que es mejor un Oriente Medio en paz con dictaduras, injustas pero bajo control.

Israel no ve y sigue la estrategia del avestruz con la esperanza de que, cuando saque la cabeza, las cosas estén tal cual o mejor, si se puede. No se da cuenta de que su prepotencia regional se viene abajo, de que Egipto negociará el gas que le vende, de que desde las fronteras de Siria, Líbano y Jordania le exigen más respeto al pueblo palestino, y de que la llegada de pueblos árabes al poder (y la salida de sus líderes cómplices con Israel) le significará un nuevo escenario donde el sionismo queda más aislado y los palestinos ganan más aliados.

Así, como los sabios tocando el elefante, muchos tocan una parte y predicen el todo, pero ya no por ceguera sino por oportunismo político.

5. Lo que no son las revueltas

Uno de los problemas de los análisis sobre las revueltas árabes son las explicaciones unicasales, dentro de las que sobresalen las siguientes:

–Que es el proletariado árabe haciendo su “Revolución de Octubre”. Es cierto que las protestas de Egipto tienen como antecedente las luchas de obreros textiles, y el papel del movimiento obrero en Túnez es fundamental; pero de allí a pensar que es una “lucha de clases” hay una gran diferencia. La principal razón: la debilidad del movimiento obrero y la vanguardia de otros sectores sociales. Es cierto que hay banderas contra el desempleo y la pobreza, pero eso no justifica inventar un Lenin-Mohamed que guía las revueltas.

–Que es un proceso de islamización (Islam = sumisión a Alá). Voceros de organizaciones musulmanas reconocen que las revueltas los sorprendieron tanto como a los gobiernos. Es cierto que se han sumado desde las mezquitas pero no sólo por ser musulmanes sino también por ser ciudadanos. Hay más tensiones intramusulmanas que con otras religiones: alawíes de Siria contra suníes, suníes contra chiíes en Bahrein, zaydismo en Yemen, etcétera, aunque en el caso de Egipto se ve una nueva tendencia dentro de los Hermanos Musulmanes, más religiosa y menos democrática, luego de la salida de Mubarak.

–Que se trata de la “Revolución Francesa” árabe. No es una revolución prodemocrática en la que la burguesía árabe pida libertades. Hay muchos agentes políticos en la contienda, que van desde neoliberales hasta musulmanes. No hay una agenda única en las protestas, y

la agenda democrática no siempre es ganadora. En Egipto, por ejemplo, las medidas de los militares instalados en el poder son antidemocráticas.

–Que es la “revolución del Facebook”: que el mundo es como un gran ‘matrix’ en el que basta un simple mensaje de texto para que caiga un dictador. Internet no es la causa, y se necesitaron marchas, vigiliias, tomas de plazas y muertos para que los gobiernos tambalearan. Muchas revueltas previas fueron posibles sin Facebook.

–Que es la CIA o Al Qaeda. Al-Qaeda no puede estar más relegado y la CIA ya quisiera tener tanta influencia en las masas árabes. Estas dos lecturas parten de la lógica de que hay un actor detrás de todas y cada una de las revueltas, con la capacidad de convocar y controlar a los pueblos, lo que es ilógico. Esto se cae de su peso porque en los diferentes escenarios no se puede identificar un “ganador constante” al que se le pueda acusar de mover los lazos de las revueltas.

–Que todo es sólo por petróleo. Esta teoría es la más popular. En Marruecos y Egipto, el petróleo no es la principal producción. Y el petróleo libio va a los que hoy componen la coalición contra Gadafi: el 79 por ciento va a Europa, el 5 a los Estados Unidos y el resto a China. Es decir, las empresas transnacionales ya tenían el petróleo desde antes de las revueltas, que, por demás, sólo afectan la producción y suben el precio. Si fuera sólo por este recurso, serían más fuertes las protestas en Argelia, que produce más petróleo que Libia.

–Que al final son los mismos. A pesar de que los militares hoy en el poder fueron amigos de Mubarak, Egipto no es el mismo que antes. Mientras en Libia los líderes rebeldes eran amigos de Gadafi, en Túnez las reformas que se continúan dando tras la salida de Ben Ali apuntan a un país más democrático.

Hay agendas musulmanas, burguesas y de clase, y el petróleo y Facebook han jugado un papel, pero ninguno de estos hechos por separado explica las revueltas. Sin embargo, es indudable el despertar al debate político. Decía el periodista Daniel Iriarte que, en Túnez, “antes en los cafés se hablaba sólo de fútbol, pero ahora todo el mundo habla de política”. Toda revolución, diría Marx, es única, y como tal debe ser entendido el proceso del mundo árabe, cuya historia apenas ahora se está escribiendo.

6. La agenda de las revueltas

La cadena de protestas nace en un mundo árabe cada vez más cuestionado por la falta de democracia, tanto desde fuera (lo que no es novedad) como desde dentro (lo que ha ido creciendo en los últimos años) de los 21 Estados que constituyen el mundo árabe, caracterizados también por el autoritarismo, la corrupción, el desempleo y la falta de libertad de expresión, donde el ‘partido’ militar ha sido determinante en todas las revueltas.

El mundo mira lo que pasa en Oriente Medio y el norte de África por muchas cosas, entre otras, porque allí se concentra más del 60 por ciento de las reservas de petróleo conocidas. A pesar de tal riqueza, el mundo árabe tiene una de las tasas de empleo más bajas del mundo, especialmente entre la población joven, y altos niveles de injusticia social.

Los manifestantes se han inmolado en Túnez, han tomado sitios públicos en Egipto, han recogido los cadáveres de sus compañeros en Libia y en Bahrein. Han sufrido duras persecuciones en Argelia, se han enfrentado a contramanifestantes en Yemen, y han sido abaleados en funerales en Bahrein, Siria y Libia.

Cada país tiene su propia agenda y elementos comunes a otras agendas, dadas las similitudes existentes entre los regímenes. Pero es un poco impreciso hablar de “la revuelta del mundo árabe” cuando hay revueltas de diferentes tipos y que cambian con el contexto e incluso con el tiempo. Y también es riesgoso llamarla “revolución”, pues los cambios que se buscan son algunas veces más reformas que verdaderas revoluciones.

En todos los países, con diferentes intensidades, aparecen banderas contra la corrupción, la tiranía, el desempleo, etcétera, y por la inclusión política y la libertad. Pero estas frases son tan vagas e inexactas que en ellas caben todos los excluidos del poder e incluso los “nuevos rebeldes” (Egipto, Yemen, Libia), que hasta hace muy poco hacían parte de las élites políticas y militares (ex ministros y ex generales).

En todos los casos vemos levantamientos populares que llenan las calles y cuyas reivindicaciones se van haciendo más radicales en cuanto más represiva se torna la respuesta del gobierno (en Bahrein, de pedir una monarquía constitucional pasaron a pedir la caída de Al-Khalifa, por ejemplo). Vemos que los manifestantes son acusados de ser agentes foráneos (Siria), borrachos y jóvenes drogados (Libia) y hasta agentes al servicio de la CIA o de Irán (Bahrein).

Cuando no se pudo negar más la realidad, se hicieron ofertas, cambios de autoridades locales y del gabinete de ministros (Yemen, Egipto), promesas de aumentos salariales (Egipto), declaraciones de modificaciones de los regímenes de emergencia vigentes (Siria), para finalmente mantener la situación. Otra estrategia es organizar marchas progubernamentales, muchas de ellas organizadas por la policía del régimen (Egipto) y otras por las redes clientelares al servicio del gobierno (Yemen, Libia, Siria). Las agresiones directas a los manifestantes por parte de grupos rompehuelgas es una constante (Egipto, Yemen, Siria). Finalmente, la muerte de manifestantes aumentó la furia de los pueblos y los entierros se convirtieron en otra forma de protesta que fue escenario de nuevas masacres (Siria, Yemen, Libia).

Podemos concluir señalando que en el mundo árabe hay Estados antioccidentales (Siria) y prooccidentales (Egipto), pero todos son antidemocráticos. Como caracteriza Daniel Iriarte, periodista experto en la zona: ya el camino de la evasión de la agenda interna no está constituido por las guerras internacionales (en contextos muy nacionalistas) ni la emigración masiva, lo que hizo explotar la olla de presión interna.

Los sistemas seudodemocráticos árabes dependen de relaciones clientelares-mafiosas (como en los casos italiano y colombiano) pero agravadas, pues no se presenta la ausencia de ciudadanía como una disfunción sino como parte del sistema. La conciencia de sí, ganada en el incremento importante del nivel educativo del mundo árabe en las últimas décadas, sumada al acceso a los medios de comunicación (el papel de la cadena de televisión Al-Jazeera no es poca cosa) y asimismo a las nuevas tecnologías de la información, le per-

mitieron al árabe ponerse de pie ante un sistema en que tribus, clanes, religiones, son parte del entramado del poder. El joven tunecino que se inmoló el 17 de diciembre de 2010, dando comienzo a la primera de las revueltas, simboliza la realidad del árabe de a pie, de un mundo de frustración que bullía bajo las formalidades políticas.

Así, desde junio de 2011, los egipcios han vuelto a la calle a recordar que la revolución no ha muerto, Túnez discute una agenda electoral, Yemen lleva tres intentos por concretar una salida negociada, la represión en Siria sigue en aumento y empieza a volverse algo 'normal' a los ojos del mundo, Rusia se ofrece como mediador en la guerra de Libia; la represión en Bahrein y Arabia Saudita no trasciende con fuerza a los medios de comunicación, en parte por ser aliados de los Estados Unidos, y la paz en Palestina se llena de titulares sin contenido, anunciando así otro fracaso.

¿Cuál es el próximo paso? Es muy difícil predecirlo. Los pueblos árabes están aprendiendo de sus vecinos, pero los gobiernos del mundo árabe también aprenden y se están reacomodando para bloquear eventuales protestas. Dice el refrán que “los pueblos no se levantan hasta cuando son conscientes de su fuerza, y sólo son conscientes de su fuerza el día en que se levantan”, a lo cual se pudieran agregar dos sentencias: a) que igualmente son conscientes de su fuerza cuando el pueblo vecino se levanta, y b) cuando un gobernante cae, el gobernante vecino aprende. El mundo árabe (contrario a lo que decían Suleiman en Egipto y Gadafi en Libia, y lo que cree y espera Israel) sí está listo para la democracia. Las revueltas del mundo árabe apenas empiezan.



Obreros egipcios reivindicando la libertad sindical en las marchas del 1º de mayo de 2011.

7. ¿Derechos Humanos? No, gracias

La región del mundo que ahora se levanta en protestas es una zona con agenda de derechos humanos que ha estado esperando durante varias décadas. Siria vive en estado de emergencia desde 1963 y Argelia desde 1992. En Libia es delito “oponerse a la ideología de la revolución”, en Marruecos transmitir “información falsa”, en Túnez “contactar con instituciones extranjeras” y en Bahrein ofender al rey.

La política de guerra contra el terror les ha proporcionado más excusas a los dirigentes de los países árabes para violar derechos humanos. Bahrein presenta a los defensores de derechos humanos como vinculados con terroristas. En los últimos años, en Egipto, bajo el régimen de Mubarak y gracias a la aplicación de la política de emergencia, fueron arrestadas más de 5.000 personas que pueden ser juzgadas por tribunales militares. En Jordania, una reunión de siete personas puede ser juzgada como contraria al orden público.

En Yemen, la existencia de grupos considerados cercanos a Al-Qaeda ha sido excusa para cientos de detenciones sin cargos. En Sudán, los rebeldes de Darfur son presentados como terroristas. En Egipto fueron perseguidos tanto los seguidores de Al-Berdei (Nobel de Paz) como los Hermanos Musulmanes. En Siria, los miembros del grupo “Declaración de Damasco” han sido detenidos, acusados de “debilitar el sentimiento nacional”. Y en la totalidad de los países hay denuncias por detención ilegal, torturas y faltas al debido proceso.

Libia bloqueó el acceso a las páginas Web que contuvieran críticas contra el gobierno. Bahrein las cerró y detuvo ciberpositores. Siria censura Facebook y Youtube. Libia acusa a periodistas de “difamación”, sobre la base de un código penal que castiga el delito de “afectar la reputación del país” hasta con cadena perpetua. En Argelia existe el delito de “difamar a las autoridades”, usado para perseguir periodistas. En Jordania se puede hablar pero de acuerdo con los “valores islámicos”.

En Libia, una mujer puede ser acusada de “transgredir la moral” e internada en “centros para la rehabilitación social”. En Arabia Saudita, las mujeres sólo pueden actuar en sociedad bajo la supervisión de un hombre. En Sudán, para que una mujer violada pueda obtener justicia, debe presentar cuatro testigos varones.

En Argelia, a la Liga por los Derechos Humanos se le impidió hacer su congreso. Bahrein le prohibió a la Asociación de Derechos Humanos hacer encuentros regionales. Sudán expulsó a las 13 ONG humanitarias más importantes, dejando sin ayuda al 80 por ciento de las víctimas del conflicto de Darfur. En Libia, la única organización permitida es la “Sociedad de Derechos Humanos” de la Fundación Gadafi, presidida por el hijo del dictador.

Y ni hablar de las minorías. En Libia, el lenguaje del pueblo bereber está prohibido. En Arabia Saudita hay ocho millones de trabajadores extranjeros (la mitad de la fuerza laboral del país) que son víctimas de todo tipo de injusticias. Los chiíes en Arabia no pueden aspirar a cargos públicos. A 300.000 kurdos nacidos en Jordania les han quitado la ciudadanía jordana. En Siria no les dan permiso de trabajo a los refugiados de Iraq. Más de 400.000 trabajadores extranjeros en Bahrein no tienen derechos laborales. En Egipto, los refugiados sudaneses son tratados como delincuentes.

Las deudas del pasado se acumulan. En Siria hay más de 17.000 personas desaparecidas por la violencia de los años 1970-1980, todavía en la impunidad. En Marruecos, la descolonización de Sahara Occidental sigue esperando y los crímenes contra el pueblo saharauí siguen impunes. En Argelia hubo más de 100.000 muertos en la guerra civil de los años 1990, hecho por el que nadie responde. La masacre de la cárcel de Abu Salim, en Libia, donde 1.200 presos fueron asesinados, sigue sin ser juzgada.

La comunidad internacional sabe esto y más, pero recibió en sus países a Ben Ali, a Mubarak, a Buteflika, a Gadafi. Firmaron contratos con ellos sobre exploraciones petroleras y les

vendieron armas. Y todos miraron hacia otro lado cuando se hablaba de derechos humanos. Por ejemplo, Clinton felicitó a Bahrein por la elección parlamentaria de octubre de 2010, y la Unión Europea firmó un Acuerdo de Asociación Túnez-Unión Europea sin que la agenda de derechos humanos pesara.

Cuando surgen las protestas, los países occidentales salen a pedir una transición pacífica y luego exigen respeto por los derechos humanos. Francia ahora pide sanciones contra Libia, pero antes no dudaba en venderle armas y firmar un acuerdo de cooperación nuclear, evadiendo el tema de derechos humanos. Turquía criticó severamente el régimen egipcio pero ha estado muy tibio con Libia debido a sus inversiones económicas, que ascienden a 11.000 millones de euros anuales. Como dice la canción, “It’s all about the Benjamins, baby” (todo se trata de los billetes de 100 dólares que tienen la cara de Benjamín Franklin).

Si antes de las protestas hubieran preguntado por la situación de derechos humanos de sus socios —a España por Marruecos, a Francia por Argelia y Túnez, a Italia por Libia, a los Estados Unidos por Egipto, a China por Sudán y a Suecia por la venta de armas a casi todos ellos—, es posible que hubieran respondido para sus adentros: “¿Derechos Humanos? No, gracias”. O mejor, como tituló irónicamente el diario francés *Libération*, “Quietos, estamos vendiendo”.



“El cambio real está en la forma de pensar de los egipcios”.

8. ¿Violencia religiosa?

Hay quienes presentan las protestas actuales como revueltas del mundo árabe (lo que es cierto si quitamos de la lista a Irán, que no es árabe sino persa), basadas en factores religiosos y agendas de terroristas en un discurso donde confluyen la islamofobia y la ignorancia.

Hay grupos musulmanes porque se trata de países donde se profesa mayoritariamente dicha fe. Pero de ahí a presentar las revueltas como religiosas equivale a decir que Colombia tiene una guerra religiosa porque el ELN ha tenido curas en sus filas y porque el sacerdote de turno bendice las armas en los juramentos de bandera del ejército.

No hay que olvidar la presencia de minorías religiosas, especialmente de los coptos en Egipto, los maronitas en Líbano y los cristianos en el sur de Sudán, sin que la guerra de Sudán pueda ser reducida a una “cruzada de cristianos contra musulmanes”.

La “agenda musulmana” (si hubiera una cosa así en las protestas) es tan disímil como los pueblos de la zona. El papel de los grupos musulmanes organizados políticamente en Túnez fue poco menos que anecdótico; en Egipto, aquéllos constituyen el grupo con mayor capacidad por su nivel de organización pero jugaron un papel secundario en el comienzo y el desarrollo de las manifestaciones. En las revueltas de El Cairo, los Hermanos Musulmanes se sumaron tarde. Su meta no es el poder político, el cual, en todo caso, sería un medio y no un fin.

En Argelia, la cosa es diferente: ganaron las elecciones en 2005 y por lo mismo fueron ilegalizados por el presidente que ahora reprime las protestas. En el caso de Yemen hay tanto suníes (53%) como chiíes (46%) –las dos ramas más importantes del Islam–, con lo cual el choque entre congregaciones, como se da en Iraq, es un riesgo que está sobre la mesa.

En Libia, algunos pocos imanes llamaron a rechazar las protestas y otros, la mayoría, condenaron al gobierno luego de las masacres de civiles. Ambos lados en el conflicto armado son musulmanes, sin que unos sean más radicales que los otros en términos religiosos. En Bahrein, son los suníes quienes gobiernan y los chiíes quienes protestan, aunque la consigna que más se oye en la calle es “Ni suníes ni chiíes, todos somos bahreiníes”.

Los movimientos musulmanes tienen una gran capacidad para convocar a la sociedad y organizarla, y también para establecer redes que otorguen lo que el Estado debiera proveer y no garantiza: servicios sociales. El debate que sí tiene sentido con los grupos musulmanes es su aceptación o no de la democracia y los derechos humanos, pero, si se está hablando del modelo de democracia que los Estados Unidos han ‘construido’ en Iraq y Afganistán, la respuesta que se espera es un no rotundo. Ahora, si hablamos de una democracia más ideal, ahí aparece el dilema en términos de la formulación de un Estado laico o un Estado religioso, pero ese debate es válido frente a todo tipo de Estado confesional, sea musulmán (como Paquistán, donde persiguen cristianos), cristiano o judío, como Estado israelí excluyente de no judíos.

Decir que toda violencia en el norte de África y en Oriente Medio es “violencia radical terrorista musulmana” es incorrecto. No son más musulmanes que los colombianos católicos, pero no es correcto decir que los “falsos positivos” son parte de la violencia cristiana.

Queda por mencionar el grupo terrorista Al-Qaeda. Es el más conocido pero prácticamente inexistente en estas protestas. De hecho, ha sido rechazado en otras guerras: Hamas no lo quiere en Palestina, Hizbollah no lo quiere en el Líbano, las guerrillas de Ogaden en Etiopia lo consideran contrario a su agenda, y los rebeldes de Darfur lo rechazan abiertamente. Al-Qaeda es sin duda un grupo terrorista, pero no se puede satanizar a una cultura y una religión por un puñado de asesinos.

Presentar a los árabes de esa manera ha servido para, entre otras cosas, perpetuar la ocupación de Israel en Palestina. La caricatura de que todos los musulmanes son árabes (In-

donesia e Irán, por ejemplo, no son árabes pero sí musulmanes), de que todos los árabes son musulmanes (hay cristianos árabes en Líbano, Iraq, Egipto, Siria, Palestina) y de que todos juntos son terroristas radicales es tan injusto como falso. Los colombianos, que tanto hemos sufrido la estigmatización en el exterior, entendemos claramente lo perverso de tales discursos.



“Sin los derechos de las mujeres no habrá democracia”.

9. La mujer en las revueltas

Las mujeres son tal vez quienes tienen más razones para rebelarse en el mundo árabe, no sólo porque reciben menores salarios que los hombres sino además porque gozan de menos libertades y –dependiendo el país– están sujetas a la ley islámica, enfrentan prácticas como la mutilación femenina, y tienen los niveles más bajos de alfabetismo y más altos de desempleo. Es decir, sufren lo peor del arabismo, el islamismo, el africanismo (sea lo que fuere esta colección de *ismos*).

En Libia, el famoso *Libro verde* dedica una parte a la mujer: “De acuerdo con los ginecólogos, las mujeres menstrúan cada mes más o menos, mientras que los hombres no menstrúan”. Con ese derroche de ‘sabiduría’ y esa forma de reducir a la mujer a su biología, poco se puede esperar en materia de derechos de la mujer.

En Egipto desde el comienzo de las revueltas, las mujeres se encargaron de esos detalles que no preocupan a los grandes ‘oradores’: desde el arreglo de las tiendas en la plaza hasta el aprovisionamiento de agua y comida. Sin embargo, otra cosa es lo que pasa con ellas en lo político: cuando decidieron hacer su propia “marcha del millón de mujeres”, el 8 de marzo, con sus reivindicaciones específicas, fueron rechazadas incluso por muchos de sus compañeros de revuelta. Algunas de ellas fueron capturadas y la policía las obligó a ser sometidas a un “test de virginidad”, a riesgo de ser acusadas de prostitución si no eran vírgenes.

En Arabia Saudita, la principal reivindicación de las mujeres es que les permitan conducir, no para ejercer la libertad que no tienen sino para ir al supermercado y recoger a sus hijos.

En Siria, el arresto masivo de hombres, casa a casa, fue respondido por marchas de mujeres que se organizaron para exigir la libertad de los detenidos.

En todos los países con revueltas, las mujeres han jugado un papel decisivo en las plazas y las calles. Allí hay médicas cuidando los heridos, activistas arengando desde los micrófonos, mujeres al frente de la organización de servicios básicos en las plazas, profesoras, blogueras, abogadas, madres y compañeras de víctimas, periodistas con velo o sin él, incluso mujeres que, como en Libia, empuñan el fusil. Es decir, la llamada “Calle árabe” no es exclusivamente masculina.

La participación no se reduce a los días de las protestas. Un grupo de mujeres jugó un papel importante en las manifestaciones obreras en los años previos a las revueltas de Túnez y Egipto. La participación de las mujeres en el parlamento varía desde un 0 por ciento en Arabia Saudita hasta un 23 en Túnez, pasando por un 2 por ciento en Egipto, en 2008. En el nuevo Túnez, las listas para la Asamblea Nacional Constituyente deben tener hombres y mujeres de manera intercalada, lo que constituye un ejemplo para la Europa que se dice democrática, y para ser electas no tienen que renunciar al velo, si quieren usarlo.

Las mujeres de la Organización de Mujeres Árabes han llamado a “Diálogos Nacionales” para que tengan en cuenta los instrumentos internacionales relativos a los derechos humanos de las mujeres. El asunto no es sólo la participación de ellas (que es un mecanismo) sino también las agendas en que esa participación surge, que pueden ser igual de patriarcales incluso con la representación de las mujeres en los debates, lo que muestra que la presencia femenina es necesaria pero no suficiente. El riesgo de que el discurso de género sea ya no meramente rechazado sino, peor aún, tergiversado y manipulado, es grande.

Uno de los puntos de debate en la mesa es la conciliación entre algunos elementos islámicos y las reivindicaciones de género, cuya compatibilidad es discutible a pesar de los juegos de palabras que hacen los optimistas y los optimistas por lograr la cuadratura del círculo.

Sin que la agenda de género tenga un puesto en las revueltas, es muy difícil hablar de revoluciones en el sentido de progreso que esta palabra tiene. El Informe sobre el Desarrollo Humano en el mundo árabe de 2002 menciona las tres más grandes faltas de la región: la inequidad de género, el gobierno autoritario y las restricciones al conocimiento (estos dos últimos también con sesgos de género). El problema es si podemos llamar revoluciones

democráticas a procesos que sólo apuntan a uno de los tres problemas –el del gobierno autoritario–, sin revisar su agenda patriarcal.

En la revolución francesa, Olympe de Gouges, activista política francesa, escribió la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, y terminó en la guillotina. La manida frase de que las mujeres de un país en discusión tienen “más libertades” que en los países vecinos ya no es más una respuesta aceptable, como tampoco lo es la cultura. Esperamos que la lapidación no sea el futuro inmediato para las activistas que, incluso sin renunciar al velo, sueñan una mirada del mundo árabe en clave de género.



“El problema que tenemos es que antes no podíamos hablar, y ahora nos salen letreros por todos lados”.

10. Túnez, buscándose a sí mismo

Túnez es, como símbolo, el comienzo de las revueltas. Sin desconocer las protestas previas en Egipto, las manifestaciones en Marruecos o las dinámicas internas de Yemen, Túnez significa el comienzo de la llamada “primavera árabe”, no sólo por sus movilizaciones sino también por sus logros: echar de manera pacífica al presidente Zine El Abidine Ben Ali, en el poder desde 1987.

Ben Ali, un militar de carrera, se hizo a un nombre gracias a su participación en la represión de protestas en los años 70 y 80. Fue elegido y reelegido en 1989, 1994, 1999, 2002 y 2009. En esta última ocasión ganó con 89,62 por ciento de los votos. En su proyecto económico, primaron las privatizaciones y la apertura a la inversión extranjera.

Las protestas, que empezaron en diciembre de 2010, lograron la huida de Ben Ali con dirección a Arabia Saudita, el 14 de enero de 2011. Así se cerró la primera fase de la primera de las revueltas árabes, que serviría de inspiración al resto del norte de África y Oriente Medio.

Zine El Abidine Ben Ali era dueño de todo el país, controlaba la economía y seguía fielmente las recetas del neoliberalismo que le permitieron amasar su riqueza, así como la de sus familiares cercanos. Tenía miedo del ejército y por eso no lo modernizó; y temía un golpe militar como el que él dio en 1987 para hacerse con el poder. Por eso, prefirió fortalecer la policía, su aparato represivo.

Los musulmanes de Túnez son más moderados, siguen el modelo de Turquía y citan a Erdogan como ejemplo. La Sharía es más una cosa espiritual que una fuente de derecho, haciendo de Túnez un país más secular que sus vecinos.

Pero la caída de Ben Ali no significó, como era obvio, la solución de todos los problemas sino el comienzo de una larga cadena de sucesos tendientes a consolidar (o no) una salida democrática. Como es bien sabido, las revoluciones empiezan con la toma del poder. Una de las primeras decisiones fue la disolución del partido político del ex presidente, con el fin de evitar asomos de continuismo.

A pocos días del cambio, el primer ministro interino, Mohamed Ghanuchi, anunció su dimisión. Era conocido como “Monsieur Oui, Oui” (Señor sí, sí) porque le daba la razón a Ben Ali en todo. Fue reemplazado por Beji Caid Essebsi, un hombre que se apartó de Ben Ali y de la vida política hace 20 años.

Esta inestabilidad posterior a la salida del presidente es un signo positivo, de espacios políticos todavía abiertos y de depuración selectiva de agentes del antiguo régimen. Luego de la salida de Ben Ali, algunas librerías exhiben libros otrora prohibidos por el régimen, aún sin copias para vender pero exhibidos por el placer de poder mostrarlos.

Incluso en mayo de 2011, cuatro meses después, las marchas continuaron, fundamentalmente por el temor de que el gobierno interino se atornille en el poder y no cumpla con su rol democratizador. Hay temores de que los islamistas ganen terreno político, y amenazas de algunos sectores militares de no aceptar unos resultados electorales que den como ganadoras a las propuestas islámicas.

El debate actual está centrado en los mecanismos electorales sobre los cuales se elegirá la asamblea constituyente, incluyendo los debates sobre la financiación de partidos. Uno de los mecanismos establecidos es la necesidad de que las listas tengan por igual participación de hombres y de mujeres, de manera intercalada. Hay ahora más de 30 partidos moviéndose activamente en el nuevo escenario político, de cara a las elecciones, la gran prueba de justicia y libertad.

El aplazamiento de las elecciones generó nuevas tensiones entre quienes ven en tal decisión un deseo de sectores del gobierno interino de perpetuarse en el poder y quienes perciben

en el aplazamiento un paso necesario para garantizar cierta madurez institucional y social que permita realizar unas elecciones justas. Aunque las dos posturas son opuestas, ambas se identifican o confluyen en su deseo de garantizar la democracia.

El Ministerio de Justicia definió que son competencia de la justicia militar los 18 cargos contra el ex presidente Ben Ali, entre los que aparecen homicidio voluntario, robo, tráfico y hasta consumo de drogas. Ben Ali sería juzgado con dos de sus colaboradores más cercanos, Rafik Haj Kacem, ex ministro del Interior, y Ali Seriati, ex jefe de la seguridad presidencial. En ese sentido, las autoridades judiciales les han pedido a Qatar y los Emiratos Árabes Unidos que congelen los bienes del presidente depuesto.

Túnez fue ejemplo de revuelta, de lucha pacífica (a pesar de los 300 muertos y los 700 heridos), y será un modelo en la transición de otros países, tanto para bien como para mal. El proceso de incorporación de las mujeres, el papel activo de los sindicatos y de la sociedad civil supervisando el gobierno interino, la consolidación de una nueva Constitución, el juicio contra el presidente depuesto, la revisión de una política económica que ayudó al desencadenamiento de la crisis, son parte de una lista de hechos que serán mirados desde dentro y desde fuera de Túnez como un ejemplo, como un error para no repetirlo y hasta como causa de envidia.



El grito de “pueblo y ejército juntos” es una mezcla de consigna, creencia y esperanza. Plaza de la Liberación, El Cairo, Egipto.

11. Egipto: ajedrez para tres

Hosni Mubarak gozó del poder durante 30 años y finalmente cayó. Fue elegido presidente en 1981 y reelegido en 1987, 1993, 1999, 2005 y 2010. Militar de carrera, preparaba ya la sucesión a la dirección de su partido a su hijo, y por ende a la presidencia.

Lo esencial ahora es calcular si las protestas logran efectivamente cambiar la correlación en el poder. Definir a todos los manifestantes como prodemocráticos es erróneo porque había muchas agendas en juego. El problema es quién se queda con el poder: si los más neoliberales, si los más demócratas, si los musulmanes. Ni en la energía de las tensiones ni en la forma de resolución ni en el resultado final es posible esperar un resultado homogéneo.

Mubarak tenía una red de siete millones de trabajadores públicos a los que les prometió un aumento salarial del 15 por ciento a partir de abril, y una red de policía secreta que oscila, según la fuente, entre 1,5 y 2 millones de miembros. Sus opciones eran pocas: ya no podía darle el poder a su hijo (quien huyó de Egipto) ni presentarse a otra reelección. Buscaba quedarse hasta septiembre, garantizar su inmunidad o, en el peor de los casos, dejar el poder en manos de Omar Suleiman, quien gozaba del respaldo de los Estados Unidos, de la CIA, y controlaba los servicios egipcios de inteligencia.

Pero ese cambio era solamente una nueva cara del mismo régimen. Las ofertas de cambio (levantar el estado de excepción, crear empleos, etcétera) difícilmente serían cumplidas, teniendo en cuenta que el trato que reciben hoy por hoy quienes protestan indica que la

represión seguirá, incluso en una eventual transición que hubiera sido liderada por el vicepresidente Suleiman, mercenario al servicio de sí mismo. Las protestas demostraron que ni la popularidad ni las reelecciones son medidores de democracia (Mubarak fue reelegido cinco veces y Buteflika ganó en Argelia de nuevo con el 90 por ciento de los votos).

Los Hermanos Musulmanes cuentan con 1,5 millones de seguidores, más el apoyo de Irán. En 2005 ganaron 88 escaños en el parlamento (el 20%). Ofrecen “el Islam como la solución” (ese es su lema), y, a partir de ahí, proponen un tipo de sociedad por construir. Tienen a su favor el antiamericanismo alimentado en las guerras de Afganistán e Iraq, el conflicto palestino, Guantánamo, y hasta la islamofobia creciente en Europa y los Estados Unidos. Despliegan gran capacidad para crear políticas y redes sociales muy fuertes, además de materializar la recuperación de una identidad perdida. Dirigen hospitales, escuelas, bancos, empresas, fundaciones, centros de caridad, tiendas, clubes sociales y sitios para discapacitados. En su contra juega su ambigüedad frente a los derechos humanos, en especial los derechos de la mujer. A su favor cuenta su capacidad de garantizar cero corrupción aún en contextos difíciles (caso Hamas en Gaza) y de reorganizar la sociedad (como hace Hizbollah en Líbano). Su prioridad es la islamización de la sociedad, y ese es un proceso de largo plazo que no puede imponerse por decreto sino que se hace con trabajo cotidiano. Para ellos, el poder político no es un fin sino un medio.

Quien más teme su llegada al poder es Israel, que monitorea ansiosamente la situación. En el caso de una islamización por parte de un nuevo gobierno, Israel ya no tendría un aliado, como ha sido Mubarak, sino un enemigo que, sumado a Hizbollah e Irán, podría generar un nuevo balance en la región, haciendo posible que eso sí obligue –por fin– a Israel a ser serio en sus negociaciones con Palestina. Los Hermanos Musulmanes no son suficientemente fuertes para gobernar en solitario pero sin ellos no puede resistir ningún gobierno en medio de la crisis.

Es posible que una coalición (izquierdistas, musulmanes y liberales) fuera la solución a partir de las elecciones de septiembre, pero ninguna alianza sobrevivirá fácilmente sin el apoyo del ejército y, en menor medida, sin el de los jóvenes. El interrogante de éstos no fue cómo empezar sino cómo mantenerse en condición de actor político a la hora de tomar decisiones, por otro lado, el interrogante del ejército no es cómo mantenerse sino de qué lado terminará. El aparato de policía secreta de Egipto (conocido como Mukhabarat) está intacto. La estrategia de palo y zanahoria de un ejército expectante aguanta un tiempo pero

no mucho, así que sus apuestas deben ser rápidas y efectivas. No se debe olvidar que el ejército fue el creador del sistema detentado por Mubarak, y sería un error ver en este cuerpo armado a un actor de progreso.

Todos quisieran gobernar pero pocos se atreverán. Un barco en plena tormenta no es una tentación. Una coalición bajo la batuta de El-Baradei, Premio Nobel de Paz y líder opositor, hubiera podido ser una solución (dudando mucho de que una coalición similar fuera posible bajo la tutela de Suleiman). Pero un matrimonio así, entre musulmanes y prooccidentales liberales, era para ambos como dormir con el enemigo. La pregunta era quién abandonaba primero la casa. El problema no era la caída de Mubarak sino quién lo reemplazaba y con qué agenda. La crisis era, entre muchas otras cosas, una oportunidad para que el mundo se diera cuenta de la heterogeneidad, la pluralidad y las contradicciones que pueblan el mapa árabe.



El letrero dice: "Los jóvenes de la revolución apoyan la libertad sindical".

12. Egipto, el día siguiente

Las revueltas, como los matrimonios, no se miden por la fiesta de bodas sino por lo que pasa luego, cuando los invitados se han marchado y toca mirarse cara a cara, más allá de los cantos de alegría. El Cairo a esta hora prácticamente duerme. Nadie sabe cuál es el siguiente paso. Un taxista dice que ahora sí se siente egipcio, sin poder explicar exactamente qué es ser egipcio.

La Plaza de la Liberación luce vacía: ha ido perdiendo la gente que tuvo desde el 25 de enero. Quedan los últimos rezagados o los más optimistas, dependiendo de quien los ve. El 25 de enero es la fiesta de la policía contra la que se levantaron por lo que simboliza: represión, impunidad y falta de derechos. Por otro lado, la fe en el ejército es grande, lo cual resulta paradójico: la sociedad civil le confía al ejército el cuidado de la revuelta, sin caer en la cuenta de que el ejército que hoy tiene el poder es el mismo que es dueño de la mayor red de industrias del país, del poder militar, y ahora mismo del poder político: todos en una. El grito de “pueblo y ejército juntos” es una mezcla de consigna, creencia y esperanza.

Los Hermanos Musulmanes dicen que no quieren el poder. Algunos les temen, otros los elogian. Al comienzo de la revuelta todos estaban sorprendidos: antes de la caída de Mubarak eran demócratas y ahora volvieron a su discurso de la nación islámica. La reforma constitucional del pasado 19 de marzo no tocó el artículo 2, que consagra la Sharía (ley islámica) como fuente de derecho.

Los viejos dirigentes corren a lavarse las manos, a demostrar que no tenían vínculos con el ahora detenido ex presidente Mubarak. Los nuevos activistas, los jóvenes de Facebook, los bloggers y los rebeldes agrupados en el movimiento 6 de Abril no terminan de definir la creación de su organización política sin la cual no podrían aspirar al poder político que piden.

En la Plaza de la Liberación se ven los nuevos emblemas, que le muestran al turista lo que todos llaman “la revolución”. Hay al mismo tiempo varias marchas: manifestaciones que piden el enjuiciamiento de Mubarak, grupos de solidaridad con el pueblo palestino, activistas de apoyo al pueblo libio que les rinden homenaje a sus mártires; mujeres, cubiertas y descubiertas, pero igualmente denunciando; debates entre los manifestantes y banderas en lo alto. Después de tantos años de represión, hablar de política abiertamente es una tentación, una moda, un regalo.

El llamado “nuevo Egipto” es una amenaza pero en modo alguno una realidad: queda por ver qué tipo de relación se consolida entre militares y civiles, el nacimiento y el respeto a nuevas formas políticas, y la agenda final de los Hermanos Musulmanes. Es imperioso un nuevo programa económico, de género, institucional y de relaciones exteriores (este último ya se ve con la renovación de relaciones con Irán y la renegociación de la venta de gas a Israel). Sin nuevos programas, la revolución no será la realidad que esperan los egipcios.

El positivo balance preliminar es importante: la conciencia de los egipcios de su capacidad de movilización y la conciencia del gobierno de que tiene una sociedad que le observa, pero todavía no se ven cambios en el manejo del poder, la economía y las instituciones. El poder no está todavía en manos del pueblo. Queda el olor de champaña en el aire, a júbilo trasnochado. Ya pasó la fiesta. Ahora toca decidir cómo limpiar y organizar la casa.

13. “Ahora tenemos más libertad, pero al mismo tiempo más represión”

Entrevista con Gamal Eid, director ejecutivo de la Red Árabe por la Información para los Derechos Humanos, basada en El Cairo.

P: ¿Cuál es su balance meses después de aquel 25 de enero?

R: La gente todavía está en shock. Muchas cosas han pasado pero es prematuro llamar esto una revolución. Yo estoy preocupado por la acción de los militares, pues los casos de detención ilegal y de torturas se siguen dando; todavía no hay un plan para reformar los medios de comunicación; podemos decir que ahora tenemos más libertad, pero al mismo tiempo más represión. Hay gente que ha sido juzgada en cinco minutos y condenada a tres años de prisión. El nivel de impunidad es el mismo. En la calle, podemos hablar de todos los temas, menos de los militares.

P: ¿Cómo ha sido el período posterior a la caída del régimen?

R: En todo el proceso han pasado ya varios meses y yo cada día tengo una opinión diferente. Tantawi (el nuevo jefe de gobierno) viene del régimen de Mubarak, lo que preocupa, pero todo se está moviendo. Cuando la gente aprende a oler la libertad, ya nadie puede detenerlos. Se están creando muchos grupos, radicales y moderados, de izquierda y de derecha. Mientras

Occidente pide estabilidad, la gente en la calle pide democracia. Aquí las redes de organizaciones se han fortalecido y las reuniones se siguen dando con la misma pasión.

P: ¿Cuál es el papel de organizaciones como los Hermanos Musulmanes? ¿Qué pasará con el artículo 2 de la Constitución, que reconoce la Sharía (ley islámica) como fuente de derecho?

R: Los Hermanos Musulmanes son más liberales que la extrema derecha francesa y Bush fue menos democrático que los Hermanos Musulmanes. Si uno acepta la democracia, tiene que aceptar que ellos se organicen y participen. Las elecciones deben depender de la gente. El artículo 2 es un problema, pero lo que pasa en la sociedad no depende de esa norma ni ese debate es prioritario ahora mismo.

P: ¿Cuáles son los pasos que siguen para salvar el proceso?

R: Lo primero, que el ejército se quede en sus cuarteles; lo segundo, que haya elecciones limpias; y lo tercero, el debate sobre la democracia. Pero el proceso no es lineal ni hay que esperar que haya nuevas leyes. Los obreros, por ejemplo, han tenido un papel importante: ahora están creando nuevos sindicatos, luchando contra la corrupción sindical; no están esperando leyes ni elecciones. Ahora algunos dicen “olviden el debate de los derechos de los trabajadores” o dicen “olviden los debates de los derechos de las mujeres”, pero sin esto no hay democracia. Otra tarea es la recuperación del papel del Estado como regulador de la economía. El libre mercado ha demostrado ir de la mano de la corrupción y de la injusticia.

P: ¿Cómo sitúa estas revueltas en el contexto internacional?

R: Nuestros mayores enemigos son Arabia Saudita e Israel. Con relación a la revisión de la venta de gas egipcio a Israel, déjeme decirle que si Israel cree en el “mercado libre”, pues que pague el precio internacional del gas. Israel cree que nuestra democracia es peligrosa para ellos. Arabia Saudita, por su parte, usa el Islam para controlar la gente. Los Estados Unidos se portan como un vendedor de carros usados que miente: hablan de Libia pero nada dicen de Arabia Saudita ni de Bahrein. Es cierto que Irán no es una democracia, pero Arabia Saudita es peor, y los Estados Unidos los apoyan como apoyaron a Ben Ali y Mubarak.

14. “No era posible cambiar el régimen mediante elecciones”

Entrevista con Wael Navara, antiguo líder del Partido del Mañana (Hizd el-Ghad) en Egipto, presidente de la Red de Partidos Liberales Árabes (NAL) y actual líder de la coalición “Iniciativa Egipcia”.

P: ¿Cómo llegamos al 25 de enero?

R: Aquí había en la práctica un solo partido político, la prensa estaba censurada, y reinaban la corrupción y la represión. Los procesos democráticos eran sólo una fachada. No era posible cambiar el régimen mediante elecciones. Entre 2000 y 2004, la situación económica empeoró y los precios subieron. Antes de 2008, Facebook no tenía un uso político, hasta abril, cuando 70.000 personas llamaron a la huelga desde la Internet. Hemos tenido cientos de manifestaciones en los últimos años, pues la rabia y la frustración no son nuevas; el problema era cómo canalizarlas políticamente.

P: Si el ejército sigue en el poder y los Hermanos Musulmanes siguen determinando parte de la agenda en las calles, ¿podemos hablar de “revolución”?

R: Más que un poder militar, había era un poder policial, y los Hermanos Musulmanes se sumaron a la protesta por puro oportunismo. Sin embargo, el cambio real está en la forma de pensar de los egipcios. Además, el Partido Nacional Democrático (PND) de Mubarak fue disuelto; mucha gente está siendo procesada por corrupción; hay cambios de gobernadores y

en el gabinete; una nueva visión de la prensa. Pero tocar al ejército era dar un salto al vacío, por falta de opciones. Está bien que el ejército tenga el poder durante la transición.

P: ¿Cambió la forma de hacer política en Egipto?

R: Las elecciones de noviembre de 2010 estuvieron plagadas de falta de garantías. La política era como una comedia, y las sillas del parlamento el pago a los actores. En los resultados de noviembre, los actores no tuvieron los pagos que esperaban y aligeraron entonces el final de la comedia. Durante mucho tiempo, varios hemos hablado de la caída de Mubarak, que sorprendió mucho más al mundo que a los propios ciudadanos egipcios.

P: Ahora, usted mismo hace parte de una nueva fuerza política, luego de dejar El-Ghad.

R: Hay muchas coaliciones. Las elecciones de septiembre nos exigen movernos rápido. El riesgo de que el ejército y los Hermanos Musulmanes traten de quedarse con el poder es real. La prioridad de la gente es la justicia social y su herramienta es la democracia. “Pan” en árabe no sólo significa “pan” sino también forma de vida, y por eso la consigna de “pan, libertad y dignidad humana” refleja un sentir real de la gente. Queremos que haya democracia: una persona, un voto; no una persona y una cantidad de dinero.

P: ¿Qué significa ser liberal en Egipto de hoy? ¿Qué retos siguen?

R: Uno es el discurso radical. Por ejemplo, el salafismo está invadiendo la sociedad, es como un cáncer. Existe la libertad de credos, pero ellos no respetan los credos locales y contaminan celebraciones y costumbres locales. Ser liberal en el sentido egipcio está unido al derecho de propiedad. El egipcio quiere tener, por ejemplo, una tierra que le pertenezca, tanto para vivir en ella como para ser enterrado en ella. No se puede medir el liberalismo de Egipto con parámetros suecos. Aquí las mujeres no están sometidas sino protegidas. Ellas toman muchas decisiones.

P: ¿Cuál debiera ser el papel de la comunidad internacional?

R: Ayudar a la realización de dos cosas: el desarrollo económico, que va más allá del simple crecimiento económico, y la justicia social. Estos son los dos pilares de la democracia. Ayudar a garantizar esta promesa de la revolución egipcia será una gran contribución.

15. Gadafi, contando los días

A pesar de que Libia tiene el Índice de Desarrollo Humano, la Esperanza de Vida y el PIB más altos de África, tiene un 30 por ciento de desempleo y dos tercios de la población viviendo en pobreza. Sólo el 1,2 por ciento de la tierra es cultivable y por eso Libia importa el 75 por ciento de los alimentos. El petróleo constituye el 95 por ciento de sus exportaciones, haciendo de Libia el decimosegundo país más rico en petróleo. Italia, Alemania y Francia importaron más de la mitad del petróleo libio en 2010.

Gadafi, el dictador, se ve a sí mismo como Zaim (un líder, un gurú) y se llama a sí mismo el rey de los reyes de África. Sus excentricidades son muy conocidas. El llamado por Reagan “perro loco de Oriente Medio” pasó a ser llamado por Bush hijo “una persona con personalidad y experiencia”.

A las ya conocidas protestas se ha respondido con varias estrategias: la contrainformación, mercenarios y violencia. Sectores progubernamentales se lanzaron a las calles gritando “¡Sacrificamos nuestra sangre y nuestras almas por ti, nuestro líder!”. Son esos comités de la revolución, más los mercenarios traídos de países vecinos y los militares leales la última esperanza para el régimen.

La crisis tomó un nuevo giro cuando el régimen decidió usar aviones de combate para bombardear zonas populares. Fruto de la agresión militar contra la población, renunció el ministro de Justicia, Mustafá Abdul Jalil, y le siguió una lista que incluye embajadores,

militares, asesores, ministros, etcétera. El Este del país ya se considera liberado, mientras en la capital empieza la escasez de víveres.

Uno de los problemas es la inexistencia de figuras públicas y de organizaciones que sean diferentes de Gadafi o sus círculos de poder. Quizá sea el ejército el llamado a dirigir la transición, pero la división entre las filas militares, la presencia de mercenarios y la radicalidad de Gadafi llevan a una guerra civil, tal como amenazó el hijo del dictador. A esto se suman la división por tribus que sobrevive en la cotidianidad libia y el llamado a los comités de la revolución a tomar las armas.

Las áreas clave del gobierno (defensa, asuntos exteriores y seguridad) siguen todavía, aunque con algunas deserciones, en las manos de Gadafi. El pacifismo funciona frente a regímenes que acepten la voluntad popular, pero este parece que no es el caso de Libia. Gadafi está listo a matar o morir, como lo dijo en su discurso, en que afirmó estar listo a morir como mártir. Llamó a la población que le sigue a la limpieza de Libia casa por casa, y citó como ejemplo la matanza de la Plaza de Tiananmen (en China). Gadafi no es Mubarak.

Hay tres preguntas que quedan esperando respuesta: ¿Cuándo caerá? ¿Qué hará antes de caer? ¿Cómo se llenará el vacío de poder? Ya ordenó liberar presos acusados de radicalismo musulmán. Es posible que en un acto de desespero sabotee su fuente de riqueza, las instalaciones petroleras, con el fin de castigar al mundo por sus propios crímenes. Como diciendo: escojan entre el caos y yo.

16. El efecto Naciones Unidas

Luego de la caída de Ben Ali en Túnez y de Mubarak en Egipto, la caída del régimen de Gadafi en Libia la dimos por sentada; sólo era cuestión de tiempo. Pero la historia no está escrita, y al tiempo que iban cayendo las ciudades rebeldes en Libia, tropas en Bahrein y en Yemen reventaron las manifestaciones a sangre y fuego, deteniendo a varios de sus líderes. Ese es el efecto Gadafi.

El fracaso de la ONU en garantizar la paz y la seguridad internacionales en muchas ocasiones, de proteger a la población civil. En el caso de Libia, las Naciones Unidas parecían no estar a la altura de las circunstancias y el miedo era (y es) que la respuesta internacional fuera como en otras crisis, *too little, too late* (muy poco y muy tarde). Es el efecto Naciones Unidas.

Las cuentas sobre cifras de tropas que se habían separado del régimen libio fueron demasiado optimistas, las ciudades se ‘liberaban’ en cadena, y tanto la Unión Europea como los Estados Unidos corrieron a condenar el régimen y establecer medidas económicas contra Gadafi. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas le pidió formalmente a la Corte Penal Internacional (CPI) examinar la comisión de crímenes contra la población. Nadie en sus conjeturas daba por sentada la permanencia de Gadafi, y mucho menos la rápida y hasta ahora aplastante derrota militar de la oposición.

Tal derrota depende no tanto de la fortaleza de Gadafi como de la debilidad de los rebeldes, políticamente inexpertos (recuérdese que durante 41 años no ha habido organizaciones

civiles ni políticas de ningún orden) y militarmente incapaces (los informes que llegan de Libia así lo demuestran).

En Bahrein, el rey Al-Khalifa leyó muy bien el nuevo escenario: si Gadafi puede reprimir sin pagar hasta ahora un precio relevante, mejor empezar pronto en Bahrein, para lo cual llamó tropas sauditas, declaró el Estado de emergencia y dio la orden explícita de reprimir las protestas. Yemen también aprendió que triunfar en Facebook no es garantía de nada y siguió el ejemplo de Bahrein.

Finalmente, en la ONU aprobaron una zona de exclusión aérea, incluyendo una frase esperanzadora: autorizar *all necessary measures* (todas las medidas necesarias) para proteger a la población civil. Es sabido que una zona de exclusión aérea, sin otras medidas, no ayudó a los rebeldes iraquíes que se levantaron en los años 1990 contra Saddam Hussein.

El efecto Gadafi les daría aire a los dictadores y los monarcas de la región, crearía el precedente de la represión violenta y demostraría que la llamada “comunidad internacional” ladra pero no muerde. Las lecciones que deja Libia son muchas: no hay que suponer fortalezas en la oposición ni debilidades en las dictaduras y mucho menos apoyos internacionales.

El efecto Naciones Unidas apunta a que Benghazi no caiga, y con la autorización de proteger civiles podríamos estar *ad portas* de una de las llamadas “intervenciones humanitarias”. El temor es que se caiga en la lógica de que “para salvar a Libia hay que destruir a Libia” (como se hizo en Afganistán). El problema es que el convulso mundo árabe en general (y el Consejo Nacional Libio en particular) pedía apoyo pero no ocupaciones. Y queda por ver quién asume como propia la tarea de protección de la población de Libia por todos los medios.

17. Gadafi, el pastorcito mentiroso

Uno de los problemas de las figuras excéntricas es que generan odios y amores, lo que vicia cualquier análisis más o menos racional. El caso de Gadafi no es la excepción.

Gadafi llegó al poder por la vía militar, siendo un joven oficial de tan solo 27 años. En la década de 1970, anunció su plan de nacionalización de empresas y cumplió su palabra. En la década de 1980, patrocinó actos de terrorismo que primero negó y luego aceptó. Su deseo de ser una mezcla entre Nasser y el Che lo llevó a definirse en la reunión de la Liga Árabe de 2009 como “Rey de Reyes, líder de los líderes árabes e Imam de los Musulmanes”.

Él ha sido panarabista, panafricanista, panislamista, y todos los *pan* y los *istas* que han estado al alcance de su discurso contenido en el famoso *Libro verde*, que (cual Libro rojo de Mao) se convirtió en el libro sagrado de sus seguidores. Gadafi posa de socialista cuando lo requiere pero firma lo que sea con el capitalismo. Él es esencialmente gadafista.

Dice que él no puede renunciar porque no tiene el poder, que el “poder está en el pueblo”, y por eso Libia se llama oficialmente “Jamahiriya” (Estado de la masas). Ha dicho que Libia es una democracia pero el panorama de derechos humanos lo contradice. Gadafi es el “Gran Hermano” que lo ve, lo sabe y lo controla todo. Pero sus atrocidades no son cosas desconocidas para Europa, para los Estados Unidos ni para otros dictadores africanos que apoyaban a Gadafi a cambio de su dinero proveniente del petróleo.

Recién iniciadas las protestas, Gadafi dijo que se trataba de “jóvenes borrachos y drogados”, luego negó la existencia de mercenarios, sostuvo que los rebeldes eran gente de Al-Qaeda y amenazó con buscar a las “ratas” (los rebeldes) casa a casa y limpiar el país. Y los hechos demuestran que, cuando de reprimir se trata, cumple con su palabra.

Ahora que enfrenta una resolución de las Naciones Unidas (1973 de 2011), Gadafi se vería obligado a detener las hostilidades y respetar a los civiles, pero sigue mintiendo; sólo trata de ganar tiempo, y recuperar interlocución y legitimidad.

Gadafi ha convertido a Libia en un gendarme internacional que controla el paso de inmigrantes hacia Europa y las viejas revueltas en África: apoyó militarmente a Idi Amin, invadió a Chad, financió rebeldes en Darfur, fue árbitro de la paz en Mali, envió tropas a República Centroafricana y un largo etcétera.

Pero, a diferencia del cuento, el mentiroso no es únicamente el pastorcito. Gadafi, en rigor, no es menos mentiroso que otros dictadores: Al-Bashir reconoció 9.000 muertos en Darfur cuando la cifra más conservadora superaba el medio millón. Ni más mentiroso que otros políticos: Collin Powell dijo que en Iraq había armas de destrucción masiva.

Es muy sabido que la política es la continuación de la guerra por otros medios. El problema no es que Gadafi mienta en el respeto a las resoluciones del Consejo de Seguridad; el asunto es más bien que se las interpretan en forma acomodaticia o casi nadie las respeta. Véase el caso de Israel, al que se le exige la salida de Palestina desde hace décadas. Gadafi interpretó la resolución a su manera: dice no atacar a los civiles sino sólo a los “rebeldes armados”.

Quienes ahora lo confrontan son los mismos que antes le alababan. El petróleo está ahí, pero es el mismo petróleo que ha habido siempre. ¿Qué cambia? El contexto: Libia hace parte de un mundo árabe que empieza a hablar con voz propia.

18. Libia: sin novedad en el frente

Los formalismos legales del ataque a Libia no se discuten: se tomó una decisión en el Consejo de Seguridad bajo el capítulo VII de su Carta, exigiendo un cese al fuego que Gadafi no cumplió. El no veto por parte de Rusia y de China impidió que nos viéramos ante otro Kosovo, pero su abstención no resuelve el problema de legitimidad del ataque ante el mundo árabe.

De los diferentes escenarios, las fuerzas pujaron por la más triste de todas las acciones: la guerra, pero no por triste menos justa. Los costos están por verse, y es claro que la responsabilidad de lo que hagan los misiles es de quien los dispara. El asunto es por qué se los dispara.

El Gadafi de hoy es el mismo de hace años; el mismo al que Italia, Francia, Alemania y el Reino Unido le vendieron armas. A pesar de eso, ellos no iniciaron la guerra; la inició Gadafi contra su propio pueblo, dando la excusa perfecta –la protección a la población civil– para ser atacado.

Ni la resolución ni las primeras acciones militares han convencido a Gadafi de que debe detenerse. Francotiradores están sembrando pánico en algunas áreas de las ciudades en disputa. Según la prensa internacional, en un hospital de Benghazi se reportaron cientos de muertes por las tropas de Gadafi. Sus tanques atacan en Misurata, y la distribución masiva de armas a población pro-Gadafi ya empezó.

¿Hasta dónde irán las acciones de la ONU? ¿Hasta la caída del régimen o sólo hasta la garantía del espacio aéreo? Ir hasta lo primero pudiera implicar –si Gadafi no deja el poder por sí mismo– la entrada de tropas, lo cual generaría sentimientos contradictorios en el mundo árabe, pues los pueblos quieren modificar sus regímenes pero no una ocupación. Ir sólo hasta lo segundo, podría significar que a Gadafi se le dejan libres las manos para masacrar en tierra.

Cuesta trabajo pensar que no haya civiles víctimas de los misiles. El problema es si el costo en vidas humanas que pague el pueblo libio tiene sentido. Pero si en el ataque se repite el patrón de Iraq y Afganistán, donde el pueblo es masacrado para “ser salvado”, se desvanece la excusa para entrar: proteger a la población civil. Los efectos de largo plazo oscilan entre una guerra prolongada, una invasión por tierra o la partición del país en dos Libias (Tripolitania y Cyrenaica). Todos estos son escenarios posibles.

Supongamos que el régimen caiga y los rebeldes logren su cometido. ¿Está la ONU dispuesta a hacer lo mismo para proteger a los civiles ya masacrados en Bahrein –con el apoyo de tropas sauditas– y en Yemen? Arabia Saudita es un aliado clave de los Estados Unidos, y en el caso de Yemen la excusa de Al-Qaeda puede funcionar para abandonar a los manifestantes. El problema de la intervención no es su agenda pública (proteger civiles) sino su doble moral: su validez sólo será plena cuando la comunidad internacional esté dispuesta también a prevenir otra Ruanda, otra Gaza y otra Camboya.

Las sociedades son transformadas por sus propios pueblos, no por las ONG humanitarias, ni por los cascos azules. Para que haya legitimidad en la caída del régimen y se afecte en poco las revueltas de otros países de la zona, se requiere que sean los rebeldes libios, y no otros, quienes derroquen a Gadafi.

Una vez explota un conflicto quedan pocas opciones, ya de poco sirve discutir sobre lo justo de los rebeldes o lo injusto de los ocupantes. Las opciones son: oponerse por completo al uso de la violencia de todo tipo (como hicimos en 2003 frente a la guerra de Iraq, sin lograr nada), rechazar la acción de las fuerzas internacionales o apoyar la intervención internacional según la resolución de la ONU, siempre y cuando ésta acción respete los civiles y no termine por causar lo que dice combatir. Lo que no podemos es exigir “que la comunidad internacional haga algo” y condenarla cuando lo hace.





Decenas de pancartas con la foto del rey de Jordania, Abdullah II, inundan las zonas fronterizas con Siria.

19. Jordania, la revuelta truncada

A pesar de no acaparar toda la atención de la prensa, la situación en Jordania no es menos tensa. El reino hachemita de Abdallah II también hace parte de la oleada de países en que el poder se cuestiona y las reformas no dan espera.

Jordania es un país con claras divisiones internas. Los palestinos controlan parte de la economía de la nación, y los jordanos el ejército. El rey es ‘descendiente’ de Arabia Saudita, un cuasiextranjero que paradójicamente significa un elemento de equilibrio. Los jordanos se dividen en los del sur y los del norte, según el clan al que pertenezcan, y los palestinos en ricos y pobres.

La gente se movilizó sobre todo con el fin de pedir reformas; la caída del régimen no estaba en la agenda, como en otros países, porque la gente prefiere reformas con estabilidad que una confrontación entre jordanos y palestinos. Al comienzo eran cinco activistas y la gente fue sumándose de manera espontánea en las calles; luego eran cerca de 300 personas en la primera marcha, en un pequeño pueblo.

La segunda manifestación se convocó en la capital, Ammán. Allí aparecieron desde ex militares hasta profesores; había sindicalistas, desempleados, todo tipo de gente. Los Hermanos Musulmanes rechazaron las protestas y los demás partidos políticos fueron haciendo lo mismo uno a uno. Pero los jóvenes no les obedecieron a sus líderes y salieron a la calle. Cuando los partidos intentaron recuperar su presencia, el movimiento juvenil les

dijo: “Aquí ya no queremos banderas partidistas, no se trata de partidos, se trata del pueblo jordano unido”.

Pero las peleas internas hicieron fracasar el movimiento: el oportunismo de los Hermanos Musulmanes y el uso de la violencia por parte de los salafistas contra la policía del régimen. Según los jóvenes jordanos que nos contaron la historia y los detalles de las protestas, los Hermanos Musulmanes, desde 1979, van de la mano con el gobierno (alguien los había definido en Egipto como Tom y Jerry). Controlan bancos y hospitales, y son pieza clave en el parlamento. El régimen les deja hacer sus instituciones a cambio de apoyo en sus propuestas legislativas. A pesar de que inicialmente rechazaron las protestas, luego trataron de apropiárselas.

Cuando los Hermanos Musulmanes se sumaron a las protestas, mucha gente se retiró al no sentirse identificada; luego aquéllos empezaron a hablar a nombre de las protestas, presentando agendas no discutidas con el resto de los participantes. Hubo pedreas, ataques de los que apoyan al Rey, heridos, arremetidas de la policía. La última marcha fue el 24 de marzo.

Los salafistas atacaron con armas a la policía, dejando heridos a 87 de ellos, lo cual le dio carta blanca al gobierno para reprimir con mano de hierro cualquier otra protesta. Los jóvenes decidieron entonces visitar a los policías en el hospital, lo que fue tomado como gesto de reconciliación y mutuo reconocimiento. Pero el escenario para volver a las calles se había cerrado por el momento.

El gobierno jordano fue cuidadoso, y aceptó las demandas de profesores y trabajadores, logrando su desmovilización y su neutralización. Luego regó rumores de que las marchas eran sólo de palestinos contra la corona, es decir, ‘contra’ la estabilidad de Jordania. Al norte, en la frontera con Siria, las ciudades están llenas de pancartas con la foto del Rey para enviar un mensaje claro: Jordania no es Siria, como medida preventiva ante la rápida propagación de las revueltas. Así, las demandas se hicieron más y más locales, no nacionales.

El Rey ha aceptado una reforma constitucional de naturaleza incierta y probablemente cosmética. Los cuatro puntos de la agenda social son: pobreza, inflación, desempleo y corrupción. La reforma constitucional pudiera ser un paso o una fachada. Sea lo que fuere, por el momento, la demanda de una monarquía constitucional se desinfló.

20. “Nuestro siguiente paso es superar la división interna”

Entrevista con Nahed Hattar, intelectual jordano, uno de los pensadores de las protestas que nos recibió en Ammán rodeado de jóvenes activistas con quienes discute diariamente sobre política y sobre el futuro de Jordania.

P: ¿En qué momento político está Jordania en el marco de las protestas del mundo árabe?

R: Jordania fue el segundo país en levantarse en protestas, luego de Túnez y antes de Egipto. Tuvimos un movimiento fuerte, ahora estancado pero aún con vida. Los límites a la libertad en Jordania son todavía un asunto por debatir, y la discusión sobre la Constitución no es ya de unos pocos, lo cual obliga al régimen a no quedarse quieto.

P: Pero las revueltas no han logrado disolver las peleas internas...

R: Eso es lo que detuvo al movimiento. Nuestro siguiente paso hoy día es superar las etnias y los grupos; superar la división interna. Por primera vez hicimos conciencia de que no es una cosa eterna y podemos resolver las divisiones internas. Hubo palestinos que pelearon bajo banderas jordanas, y los jordanos entendieron que el problema iba más allá de las tensiones intercomunitarias, que eran de pobreza y corrupción. Hay varios movimientos ahora naciendo que apuntan a la solución de ese problema, es decir, que tienen una mirada colectiva más amplia.

P: ¿Cuál sería la agenda una vez lograda la unidad?

R: Dos elementos centrales son la lucha contra la corrupción y el desempleo, que se mencionan en la calle. Para los intelectuales, la agenda incluye una reforma a la Constitución y también a la ley de elección del parlamento. El Gobierno trata de separarnos pero no ha sido muy inteligente. Nuestra división es fruto más de los problemas de balance de poder dentro de la sociedad jordana.

P: ¿Cuál es el papel de los Hermanos Musulmanes?

R: Aquí los Hermanos Musulmanes tienen cuatro sectores: el que es cercano a la monarquía, los de Hamas, los grupos salafistas cercanos a Al-Qaeda, y finalmente grupos locales reformistas. El más grande es sin duda Hamas, y su agenda es vincular a Jordania cada vez más con la causa palestina, especialmente con Hamas como grupo.

P: ¿Qué tiene en común la revuelta jordana y qué tiene de diferente con relación al resto de revueltas?

R: Hay una relación política y cultural entre todos los pueblos de la zona, y por eso la revolución no se detiene en las fronteras de un país. Las dos grandes diferencias de la situación jordana son muy claras: la histórica relación con el conflicto palestino y la agenda social. Aquí hay más libertad que en otros países árabes; las principales reivindicaciones tienen que ver con la situación económica. Por otro lado, los pueblos árabes respetan la causa palestina pero no a sus gobiernos. Un cambio en la región pudiera significar un nuevo balance de poder a favor de los palestinos, y la solución del conflicto definir la política jordana y hasta la naturaleza del país como tal.

P: ¿Cuál es el impacto de la situación de Siria en Jordania?

R: En Siria no es claro lo que pasa; hay además claramente agendas extranjeras. Si cae Siria, el problema es que un nuevo régimen no se incline a favor de la democracia sino que el poder llegue a manos de grupos como los Hermanos Musulmanes, lo cual animaría a éstos en Jordania.

P: ¿Cuándo empiezan las protestas en Jordania nuevamente?

R: Nadie sabe, puede ser mañana, puede tomar más tiempo. Un indicador es el crecimiento en el nivel de demandas de la población.

21. Bin Laden, visto desde Oriente Medio

La gente habla de la fiesta según como le haya ido en ella. Entender la significación de la muerte de Bin Laden en el mundo árabe implica entender lo que significó en vida. Al-Qaeda es sin duda una realidad, pero ni tan grande como quisieran los Estados Unidos ni tan fuerte como lo decían ellos mismos.

Hay grupos ‘filiales’ de Al-Qaeda en Filipinas, India, Marruecos, Egipto, Iraq, entre otros países, pero eso no significa en manera alguna que hubiera un general llamado “Bin Laden” como jefe de una estructura piramidal consolidada. Los grupos pro-Al-Qaeda funcionan como franquicias que usan el nombre sin que haya una relación vertical con el creador de la ‘marca registrada’. Osama no era Al-Qaeda, Al-Qaeda no es el mundo árabe-musulmán, y el impacto de su muerte es más simbólico que real para sus seguidores en el Magreb, en Somalia o en Iraq.

Hay otros grupos armados en el mundo árabe que rechazan abiertamente la presencia de Al-Qaeda: por ejemplo, Hamas en Gaza, Hizbollah en Líbano, Frente Polisario en Sahara Occidental, Movimiento por la Justicia y la Equidad en Darfur, varias redes de resistencia en Iraq, entre otras organizaciones. Para ellos, Al-Qaeda es sólo una expresión armada más. Incluso, en el marco de las actuales revueltas en el mundo árabe, Al-Qaeda no pasa de llamamientos marginales. En Yemen, el país donde se cree que tiene mayor capacidad, Al-Qaeda ni siquiera es actor determinante de la dinámica política.

Una vez muerto Bin Laden, se acabó una de las excusas para las acciones de los Estados Unidos en la zona, y también (por lo menos el símbolo de la excusa) para la islamofobia. Los árabes no lo querían, como algunos buscaban hacernos creer, pero les duele la noticia de que su cuerpo haya sido arrojado al mar. Como decía un jordano, “si hubiera sido un australiano matando árabes, ¿hubieran arrojado su cuerpo al mar?”.

Algunos reconocen, eso sí, que era un antiamericano, y como tal generaba la simpatía que despierta quien confronta y combate la violencia impune de los Estados Unidos. Por eso, una clave para evitar un nuevo Bin Laden es revisar la política estadounidense en el mundo, que sólo crea y alimenta monstruos. Osama era hijo directo de las milicias afganas que los Estados Unidos armaron en su lucha contra la extinta Unión Soviética, así como Saddam Hussein fue apoyado en los años 80 en su guerra contra Irán y luego demonizado.

Osama fue muerto un lunes. El martes en la noche, las calles de Ammán, capital de Jordania, se llenaron de júbilo, pero estas demostraciones de alegría se debían no a la muerte del líder de Al-Qaeda sino al resultado de un partido de fútbol (no así en Paquistán, donde sí hubo reacciones ante la muerte de Osama). En otras palabras, el llamado mundo occidental proyectó su propia reacción en el mundo árabe y la traspasó allí mecánicamente: Occidente vio lo que quería ver.

En el mismo sentido, mientras, por ejemplo, en Europa se discutía si Osama pudo haber sido capturado vivo o si se violó el Derecho Internacional Humanitario, en el mundo musulmán de Oriente Medio la escasa preocupación tenía que ver con el respeto o no de los rituales religiosos a que había lugar con el cuerpo de Osama. Esto muestra un cruce de lógicas y prioridades.

Muerto Osama, los árabes pueden volver a su agenda: la lucha por la democracia en Oriente Medio y el norte de África, democracia que algunos temen. En Oriente Medio, la gente no sintió tan hondo el dolor de la destrucción de las Torres Gemelas ni celebró la muerte de Bin Laden como una gran victoria. Total, las Torres no las tumbaron ni en El Cairo ni en Damasco.

22. Iraq, callejón sin salida

La estrategia de los Estados Unidos en Iraq ha fallado en la confrontación armada –responsabilidad hoy transferida al ejército local–, en el período anterior a la guerra y en el período posterior al repliegue de las tropas de ocupación. Del período anterior a la guerra, vale recordar que la crisis iraquí tiene causas internas y causas externas. En las internas, por lo menos dos: 1) la dramática situación en que quedó Iraq por las medidas impuestas por la ONU luego de la guerra de 1991, y 2) la dictadura de Hussein. En las externas, obviamente, la ocupación armada de 2003.

Las medidas de la ONU como castigo por la ocupación de Kuwait (1990) ocasionaron la muerte de más de medio millón de niños durante los años 1990. Las consecuencias en cuanto a la salud de la población civil fueron nefastas, mientras el régimen, lejos de verse afectado, resultó fortalecido. El 60 por ciento de las fábricas tuvieron que cerrar. Durante la década de 1990, cayeron la Esperanza de Vida al Nacer (de 65 a 59 años) y el consumo de nutrientes (de 3.400 calorías por día a 2.268). Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), cada año murieron 90.000 personas más de las que en promedio morirían sin el embargo económico.

Además, la férrea dictadura de Saddam Hussein cometió graves violaciones a los derechos humanos, sobre todo contra el pueblo kurdo (que se rebeló en marzo de 1991, siendo fuertemente reprimido por el régimen) y contra los chiíes (55-60% de la población). Para ser precisos, ni todos los chiíes fueron perseguidos ni todos los suníes gozaron del poder ni

todos los kurdos apoyaron la invasión, aunque sí hubo tendencias. En todo caso, no se debe presentar como una guerra civil lo que es una guerra antiocupación, pero tampoco hay que subestimar la violencia entre comunidades étnicas y religiosas, que constituye una guerra dentro de la guerra.

En el nivel internacional, además del bloqueo de los años 1990, está la ocupación militar que algunos analistas explican más por el afán estadounidense de mostrarle al mundo su poderío militar que de controlar el petróleo. Pero no por eso el petróleo es poca cosa. Como dice Robert Fisk, “¿pensáis realmente que si la exportación nacional de Iraq fuera de espárragos o zanahorias tendríamos a los marines de los Estados Unidos en Ramadi o Faluya?”. El daño a la infraestructura iraquí en general, y a la petrolera en particular, tuvo dos velocidades: un proceso lento entre 1990 y 2003, y uno rápido en el marco de la ocupación.

Ni en las razones para hacer la guerra (no había armas de destrucción masiva y la ocupación de Iraq pasó la prueba de una “guerra preventiva” por “razones humanitarias”) ni en los medios usados (como fósforo blanco) ni en los resultados (ausencia de democracia), la guerra ha dejado algo bueno: hoy el mundo es más inseguro, Oriente Medio más confuso y los Estados Unidos más odiados, a lo cual hay que añadir que Al-Qaeda ganó un espacio donde hacer su guerra. La guerra no fue legal sino un crimen de agresión que sólo produjo más terror, haciendo un caldo de cultivo de terroristas y cobrando un incontable número de víctimas civiles.

Según el informe Baker-Hamilton, el 61 por ciento de los iraquíes aprueba los ataques contra las fuerzas de ocupación. *Human Rights Watch* hizo una primera aproximación al número de civiles muertos en Iraq, concluyendo que durante las primeras tres semanas de la incursión “miles de civiles iraquíes fueron heridos o muertos”. *The Lancet* publicó un estudio de la Universidad de John Hopkins que cifra en 654.965 el número de muertos por la guerra (601.027 se debieron a la violencia directa).

Iraq sufre una sin salida política en la que los puntos sensibles son el régimen federal, el papel del Islam en la ley, el control de los recursos naturales y la definición identitaria que adopte Iraq. La Constitución acepta la ley islámica como principal fuente de legislación, al tiempo que hace mención explícita a los derechos humanos: la cuadratura del círculo del Derecho.

Un grave problema en la construcción democrática de Iraq es que se ha pasado de una férrea dictadura a un sistema de clientelismo religioso en que las cuotas de poder no tienen que ver con la democracia sino con el reparto étnico (kurdos, árabes, turcomanos) y religioso (chiíes, suníes). Por su parte, los 138.000 miembros del nuevo ejército y los 188.000 de la nueva policía no logran su cometido. La nueva policía aparece cada vez más responsable de violaciones de derechos humanos, así como de colaboracionismo con los grupos armados, corrupción e infiltración.



Mural de una escuela en un campo de refugiados palestinos.

23. Palestina, ocupada

La Autoridad Palestina enfrenta dos recientes coyunturas: el escándalo por el llamado “*wikileaks* palestino”, y el contagio de las crisis de Túnez y Egipto. La primera significó la renuncia del negociador palestino Saeb Erekat, y la segunda una serie de marchas en Gaza y Ramallah.

El asunto es que el gobierno palestino no tiene un poder real y la ocupación israelí se mantiene. Las demandas de otros pueblos se refieren a aspectos como la carestía, el autoritarismo y la corrupción. En el caso palestino, estos debates no son nuevos. Miembros de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) me han reconocido en reuniones en Ramallah y Jerusalén que la OLP debe hacer una autocrítica sobre los problemas de corrupción si quiere revalidar su liderazgo. Pero la responsabilidad de la carestía y la violencia deben buscarse en el ocupante.

El problema central en Palestina (que no es el caso de Túnez ni de Egipto) es que vive bajo una ocupación militar desde 1967. Así la han definido el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y la Corte Internacional de Justicia. Luego, la libertad del pueblo palestino no depende en realidad de los aciertos y los errores de su liderazgo (que sin duda los hay) sino de la ocupación.

La agenda real del conflicto es clara: el fin de la ocupación; y las áreas del debate también lo son: la definición de fronteras (según las resoluciones de la ONU), los asentamientos judíos

en territorio palestino (ilegales, según el Derecho internacional), el estatuto de Jerusalén (Israel reclama que es la capital indivisible del Estado judío) y el retorno de los refugiados de 1948 (los cientos de miles de palestinos expulsados y que abandonaron cientos de pueblos donde se construyó el Israel de hoy). Sobre esos cuatro puntos hay normas internacionales que no se pueden desconocer alegremente.

La ignorancia sobre el real conflicto, el respaldo sin fisuras de los Estados Unidos a Israel, el sentimiento de culpa de los europeos por el Holocausto, la caricatura de que el palestino es terrorista por definición y la falacia de que Israel es una democracia, entre otras cosas, contribuyen a crear un mito alrededor de la ocupación en la cual la ‘víctima’ es precisamente el ocupante y no el ocupado. Visto así, parece que la rebelión es contra el líder de las víctimas y no contra el victimario mayor: Israel.

Resulta curioso que algunos sectores de Israel exhorten a la protesta para ahondar en la fragmentación del lado palestino, pero están prestos a todo tipo de violaciones de los derechos humanos cuando la protesta es contra el ocupante. Israel les exige una serie de medidas a los palestinos para aflojar en la ocupación, como si las víctimas tuvieran el deber de “portarse bien” para ser respetadas.

Distinto de los gritos que se oyen en Damasco y El Cairo, en Ramallah y Gaza se pide la unidad palestina, y en eso hay una gran diferencia con las protestas de los países del área. Todo indica que el reciente encuentro entre la OLP y Hamas, y el llamado a elecciones legislativas en Palestina antes de septiembre son un paso serio hacia la unidad. No puede haber una agenda palestina con división en sus filas, y tampoco un ejercicio adecuado de la política bajo ocupación.

Volviendo al “*wikileaks* palestino”, la pregunta es: si Erekat ofrecía todo tipo de concesiones a Israel, ¿por qué Israel no aprovechó la ocasión? Simplemente porque Israel no quiere una salida pacífica del conflicto.

24. Paz entre palestinos, guerra con Israel

La paz ha llegado al lado palestino. Luego de meses de discusiones discretas entre las dos principales fuerzas palestinas, el Movimiento de Resistencia Islámica (Hamás) y Movimiento por la Liberación de Palestina (Fatah) firmaron en El Cairo un acuerdo de unidad, apoyado a la vez por otros 11 grupos palestinos.

Hay que mirar este paso en el marco de dos tendencias regionales y mundiales: las revueltas del mundo árabe a favor de la democracia y la participación política, y la declaración del Estado palestino, que se calcula para septiembre de 2011.

Se podrá decir que Hamás es un grupo terrorista, pero sin ellos no habrá paz en Palestina. Hamás es un actor político relevante que representa la voluntad política de un grupo importante de palestinos cansados de los errores de la Autoridad Palestina y acosados por la ocupación. Empujar a Hamás a la arena del diálogo político es la mejor estrategia para evitar la violencia desde sus filas; comprometerlo ante un pueblo palestino implicado es un peso muy grande que Hamás no podría manipular.

Israel dice que no negociará con terroristas. Ya empezó a castigar a los palestinos por su opción de paz: congeló la transferencia de 89 millones de dólares que debía hacerle a la Autoridad Palestina, alegando que ese dinero “financiaría terroristas”. La paz entre palestinos cuestiona varias cosas: la tensión interna entre palestinos, la tensión de hablar de “dos pa-

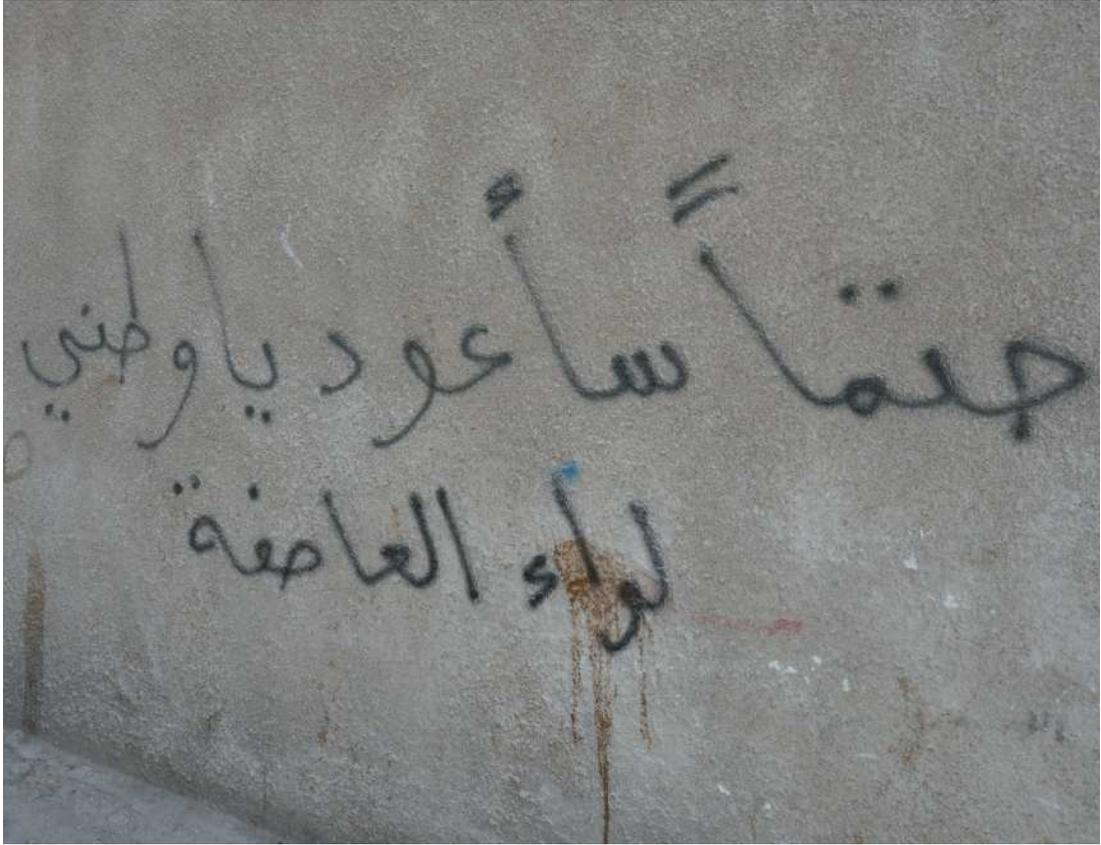
lestinas” (Cisjordania y Gaza) como si se tratara de dos territorios diferentes y, sobre todo, la estrategia de “divide y vencerás” que hasta ahora le ha dado buenos dividendos a Israel.

La gente en las calles de El Cairo se volcó con banderas palestinas en mano a respaldar el acuerdo. En los campos de refugiados de Líbano y de Jordania, la alegría también se siente. Los palestinos de Jordania están contentos pero escépticos, no ante la voluntad palestina de unidad sino ante lo que sigue: otro juego de excusas por parte de Israel, la construcción de más asentamientos judíos en los Territorios Ocupados (ilegales, todos ellos), más y más apropiación de Jerusalén, y más kilómetros del muro de racismo que construyen, partiendo en varios guetos el territorio palestino.

Hay también, aunque en menor medida, escepticismo de que Hamas y Fatah respecto a respetar el acuerdo: ha habido otros acuerdos en el pasado, y no siempre han estado exentos de críticas y de graves tensiones por la sed de poder de ambos grupos.

La paz ha llegado entre los palestinos, frágil, con tensiones y cosas pendientes, pero finalmente pública. La dirección palestina no puede ahora jugar con la esperanza de un pueblo que, contagiado con las protestas en la zona, ha demandado la unidad. Ellos saben y lo dicen: sin unidad, el fin de la terrible ocupación israelí es más lejano.

En pocos meses, antes de un año, habrá elecciones en Palestina. Lo que salga de allí será determinante para la unidad, pero sin duda será otra excusa para Israel. La guerra entre palestinos era una excusa israelí para no avanzar en la paz, y la paz entre palestinos también lo será.



"Patria mía, finalmente volveré". Pared de un campo de refugiados palestinos, Jordania.



Hijo y nieto de refugiados palestinos. Campo de Chatila, Beirut, Líbano.

25. Los refugiados palestinos, 63 años después

El 15 de mayo, hace 63 años, empezó el éxodo de miles de palestinos expulsados de sus casas por el naciente Estado de Israel. Miles de ellos siguen hoy en campos de refugiados en Líbano Cisjordania, Gaza, Siria y Jordania, y otros están regados por el mundo. Este 15 de mayo, como cada año, los palestinos se volcaron a las calles para exigir que se cumpla la resolución 194 de las Naciones Unidas, que demanda el derecho de los refugiados palestinos de regresar a sus tierras. Pero, a diferencia de años anteriores, miles de propalestinos se congregaron frente a la Embajada de Israel en El Cairo, otros tantos marcharon en Jordania, y cientos llegaron en marchas hasta las fronteras de Israel con Siria y Líbano.

En 1948, un día después del fin del mandato británico sobre Palestina y de la declaración del Estado israelí, empezó la *Nakba* (catástrofe) del pueblo palestino. Villas y ciudades fueron arrasadas por el ejército israelí, produciendo más de 700.000 refugiados. Un tercio se refugió en Cisjordania, otro en Gaza, y un último entre Jordania, Siria y Líbano. Años después, en la guerra de 1967, Israel produjo otro medio millón de refugiados y desplazados.

Los refugiados palestinos constituyen un tercio de la población refugiada del mundo. El paso del tiempo y la resignación llevan a que algunos consideren el debate sobre los derechos de los refugiados como objeto del pasado. Los crímenes de lesa humanidad y de guerra no prescriben en el tiempo. ¿Por qué serían prescriptibles los derechos de los palestinos?

Resulta significativo que cuando se le pregunta a un palestino en los campamentos de Jordania y Líbano, en Siria o en Egipto, por su origen, suele responder con el lugar de donde era su familia en 1948, y rara vez con el lugar donde vive hoy.

Los palestinos no tienen un lugar en el Derecho internacional de los refugiados sino que dependen para su asistencia de un organismo especial de las Naciones Unidas: UNRWA (sigla de *United Nations Relief and Works Agency for Palestine Refugees in the Near East*). El mandato de UNRWA es limitado a la asistencia humanitaria, con lo cual se excluye la protección legal, respondiendo al problema del refugio desde la ayuda humanitaria, y desconociendo las causas del conflicto y una solución acorde con el derecho al retorno. Cuando alguien dentro de UNRWA intenta brindar derechos se estrella con la maquinaria israelí.

Sin los refugiados no se puede entender el conflicto palestino. Aquéllos son centrales en la historia del conflicto, en su agenda y en la situación actual. Siria es el único país en el que gozan de todos los derechos (excepto el derecho al voto) y en Líbano sus condiciones en campos de refugiados repiten la imagen de abandono año tras año; la mayoría de los 390.000 palestinos que viven allí siguen en condición de apátridas; bajo limitaciones de movimiento, acceso a empleos y a la propiedad privada.

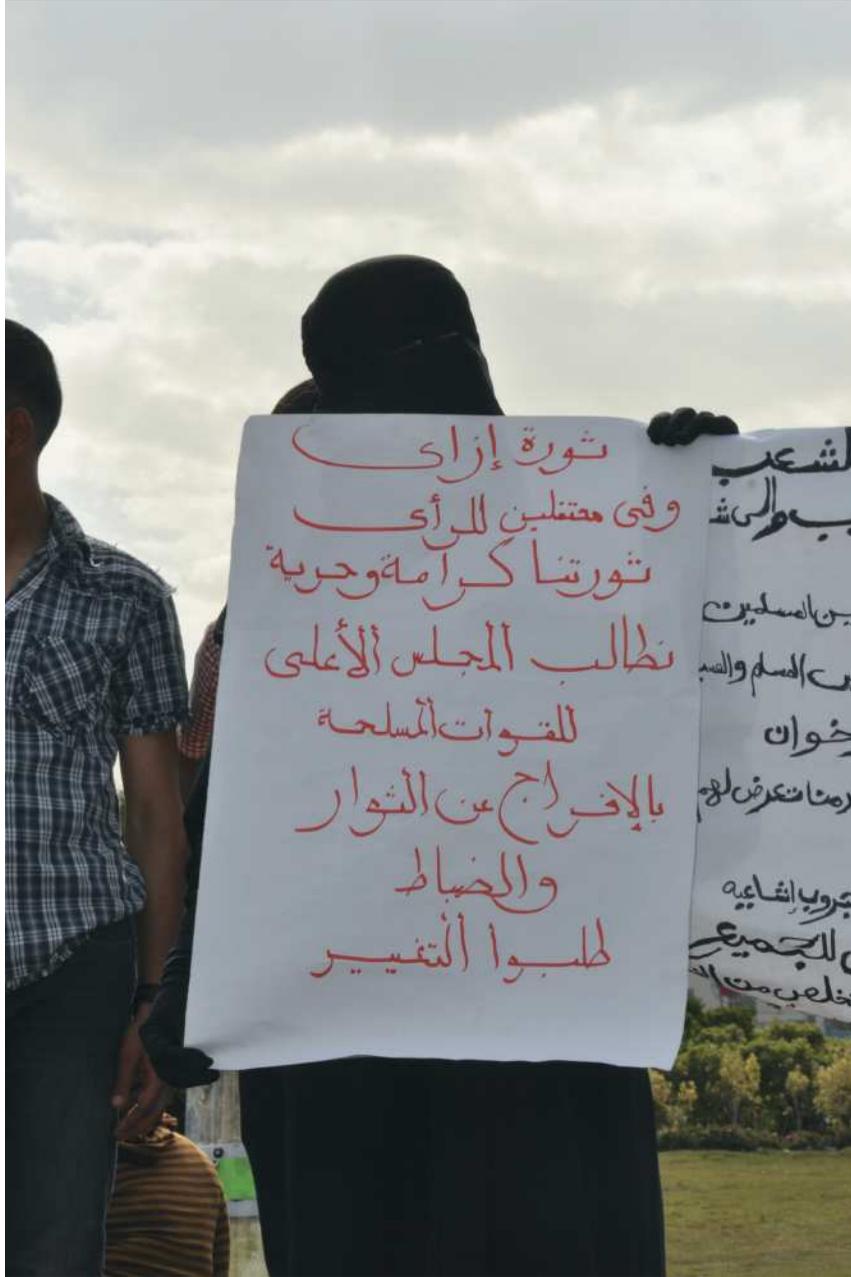
Desde el punto de vista legal, existe el derecho al retorno que ha sido refrendado una y otra vez por lo menos en una decena de resoluciones de las Naciones Unidas. La Resolución 194 dice: “A los refugiados que deseen el derecho a casa y vivir en paz con sus vecinos se les tendrá que permitir hacerlo tan pronto como sea posible”. Israel argumenta que en los Acuerdos de Oslo no hubo mención de la Resolución 181, no acepta su responsabilidad en el origen del asunto de los refugiados y no considera refugiadas a las víctimas de la guerra de 1967. Y, además, rechaza el derecho al retorno por el peligro demográfico que eso conlleva, peligro que representa una amenaza al proyecto sionista.

Sobre el asunto de los refugiados ya no se habla de una solución justa sino que se pone el acento en una nueva expresión, “Solución realista”, usada por el presidente Bush en carta a Ariel Sharon en abril de 2004. “Realista” significa no otra cosa que la tendencia a asumir el problema de los refugiados como un asunto del pasado y que debiera marginarse de las negociaciones para un futuro en paz. En la misma carta, Bush sostenía que regresar a la Línea Verde tampoco es “realista”, niega el derecho de los refugiados y acepta los asentamientos. Esa carta es el resumen del sionismo en Palestina: abandonar a la población y ocupar las

tierras. Población y territorio son exactamente el nudo de las dos resoluciones que, a condición de ser cumplidas por Israel, le permitieron su membresía en las Naciones Unidas: Resolución 181 (Plan de Partición) y Resolución 194 (derecho de los refugiados).

Los judíos deportados y/o víctimas de expropiación de bienes durante la Segunda Guerra Mundial siguen llevando procesos políticos y jurídicos, y demandando indemnizaciones. ¿Por qué los refugiados palestinos –más recientes en el tiempo, si se quiere discutir sobre fechas– no tienen derecho ni a que se debata su situación ni a demandar tipo alguno de compensación?

La revuelta árabe en Israel y en los Territorios Ocupados de Palestina es parte de las protestas que piden democracia y libertad, pero en el caso de Palestina estas demandas son claramente contra la fuerza ocupante, que rechaza finalizar la ocupación y que mantiene a los palestinos bajo un régimen de control comparable, sin duda, al *apartheid*.



26. Bahrein y su historia de protestas

Este pequeño país está compuesto por más de 30 islas. Es una antigua colonia inglesa (fue protectorado suyo hasta 1971), con grandes yacimientos de petróleo y sólo 700.000 habitantes bajo el gobierno de la dinastía de Al-Khalifa desde 1783. El 70 por ciento de la población es chií, y suní el 30 restante.

La monarquía suní controla todos los niveles del poder. La familia real ocupa todos los puestos de decisión, entre ellos 11 de los 23 ministerios. En Bahrein, a pesar de ser un país musulmán, las mujeres no tienen que usar el velo y el estilo de vida es extremadamente occidental.

Huelgas en los años 1930, nacionalismo independentista en los 50 (lograda en 1971) y protestas en los 90 (en demanda de monarquía parlamentaria y derecho al voto para la mujer) demuestran que las protestas en Bahrein no son una rareza. En 2005, miles de chiíes estuvieron en las calles, pidiendo una reforma constitucional.

Durante los años 1980 y 1990 hubo manifestaciones importantes a favor de una apertura política, en parte como eco de la revolución iraní. El principal grupo chií es llamado *Wifaq* (Acuerdo), tiene 18 de 40 puestos en la cámara baja pero carece de acceso a otras instancias del poder. Días antes de las elecciones parlamentarias de octubre de 2010 hubo detenciones masivas de líderes chiíes para garantizar que el resultado no le diera un mayor espacio político a la minoría chií.

Las marchas se concentraron inicialmente alrededor de la Glorieta de la Perla (en Manama, ciudad capital). Allí, la multitud trata de emular lo que significó la Plaza de la Liberación en Egipto. Luego de la retirada de las tropas de la Plaza, se abrió la puerta a un diálogo entre gobierno y oposición, diálogo que había sido encargado por el rey Hamad Bin Isa Al-Khalifa a su hijo, el príncipe heredero Salman Bin Hamad Al-Khalifa, pero el ejército abrió fuego contra los manifestantes, así como contra un cortejo fúnebre de víctimas de las previas jornadas de protesta, expulsándolos de la glorieta de la Perla que luego los manifestantes retomarían, para ser de nuevo expulsados.

Allí, las banderas son contra la pobreza y contra la exclusión política. Varias de las marchas han sido contra el Ministro del Trabajo, el centro financiero y la embajada de los Estados Unidos. Aunque el PIB per cápita es de 35.000 dólares, los sectores más pobres de la población son los chiíes y sus barrios no se comparan con la próspera capital. Uno de los gritos que más se oyen es “Ni suníes ni chiíes, somos bahreiníes”. De hecho, incluso bajo un gobierno suní, hay una fuerte oposición liberal de esta tendencia, y asimismo tensiones entre suníes y chiíes.

Inicialmente se pedían reformas que incluían una monarquía constitucional (es decir, no se exigía la salida del rey) y la liberación de los detenidos. Pero el uso de la fuerza por parte de los grupos de seguridad provocó una reivindicación aún mayor: la caída del régimen de Al-Khalifa.

La gran demanda de los manifestantes es la igualdad de derechos entre las personas, factor que implica necesariamente un cuestionamiento a la forma de hacer política hasta ahora, al concepto de ciudadanía, a la discriminación por motivos religiosos y también a la falta de derechos de los trabajadores extranjeros.

Arabia Saudita está preocupada. De hecho, la represión de la revuelta ha corrido por cuenta de las fuerzas de seguridad de este país, que envió cerca de 1.000 soldados. El *Gulf Cooperation Council* expresó su apoyo total al gobierno de Bahrein (el Consejo está conformado por Bahrein, Kuwait, Omán, Qatar, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos). La presencia de tropas sauditas, definidas por la oposición como “tropas de ocupación”, es un elemento que bloquea cualquier negociación.

Las relaciones con los Estados Unidos consisten, entre otras cosas, en hospedar a la V Flota, con la que le harían frente a Irán en caso de necesidad. Los Estados Unidos han

designado a Bahrein como el más importante “aliado no-OTAN”. El miedo del gobierno de que Irán apoye las protestas de chiíes excluidos no es nuevo. Pero en esencia las protestas no son antiamericanas ni proiraníes.

En el juego de información y contrainformación, para desviar la agenda de las protestas, el gobierno dice que todo es obra de Irán y Hizbollah. Irán acusa de ocupante a Arabia Saudita y trata de aparecer como defensor de la comunidad chií en Bahrein. Y Al-Qaradawi, el famoso teólogo islámico, de credo suní, sostiene que de todas las revueltas árabes (que él apoya) la única puramente religiosa es la de Bahrein, afirmación que no es cierta.

A pesar de que, tratando de calmar las protestas, el gobierno liberó a un millar de detenidos, la gente volvió a las calles con una manifestación de decenas de miles de personas, en un país de sólo 700.000 habitantes, lideradas por *Wifaq* y por el WAD (Sociedad Nacional de Acción Democrática).

Para controlar las protestas se declaró el estado de emergencia, autorizando a los militares a “usar todas las medidas necesarias” para salvar la nación y sus ciudadanos, orden materializada en toques de queda, persecución y muertes, incluso contra los médicos que atendieron a los heridos. Los hospitales fueron militarizados. Recientes intentos de control social apuntan a la ilegalización del mayor partido opositor, *Wifaq*, acusándolo de “dañar la paz social”. Algunos activistas han muerto estando detenidos y uno de ellos, Abdulhadi al-Khawaja, compareció ante un tribunal militar.

Cuando en 1999 el actual rey Al-Khalifa heredó el poder, prometió una serie de reformas hoy todavía pendientes a pesar de la Constitución de 2002. En el marco de una esperanza frustrada, del modelo económico que perpetúa la inequidad, de la exclusión política y de la histórica movilización de la sociedad están las causas de las revueltas de hoy. El reto es integrar política y socialmente a la comunidad chií mediante una salida negociada prode-mocrática, tarea compleja pero más sana que la barbarie de la violencia.



27. Por qué no debe caer Bahrein

Bahrein ha sido noticia por dos cosas: el ingreso de tropas de Arabia Saudita para controlar las protestas y la declaratoria del Estado de emergencia. El rey Al-Khalifa decidió “autorizar al comandante de las fuerzas armadas de Bahrein a tomar todas las medidas necesarias para proteger la seguridad del país y de sus ciudadanos”, es decir, una clara declaratoria de guerra contra los manifestantes.

La caída de ese pequeño país de sólo 800.000 habitantes pudiera ser como la caída de Egipto. Si se derrumbara Bahrein, sería el primer país con monarquía que cae, constituyendo el hecho una advertencia para Arabia Saudita, Jordania y Marruecos: a los reyes también se les puede echar del trono. Sería, además, el primer país fuera de África en caer y también el primero del Consejo de Cooperación del Golfo Pérsico (que lo compone junto con Kuwait, Omán, Qatar, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos). Esto les enviaría un peligroso mensaje a los pueblos del Golfo.

Bahrein es la sede de la V Flota de los Estados Unidos de América, que juega un papel esencial en la zona, especialmente de cara a Irán. Un triunfo chií pudiera hacer peligrar la presencia militar de los Estados Unidos, cuya política, con Obama, se limita a recomendarle al Rey que no use la fuerza contra los manifestantes pacíficos.

Pero el hecho de que eventualmente fuera una mayoría chií la que tome el poder no significa que necesariamente estaría a favor del gobierno de Irán sino que puede ser un mal

ejemplo para las masas iraníes; por eso también le preocuparía a Irán un triunfo de las revueltas en Bahrein. Un nuevo país bajo control chií en la zona sería un dolor de cabeza para Israel, que ya tiene bastante con Irán y con Hezbollah en el sur del Líbano, y el miedo a que los chiíes en el poder se sumen a la lucha palestina en su política internacional preocupa a Tel Aviv.

Para Europa “ya está bien” tanta protesta. El dinero es cobarde y la inestabilidad regional sólo sirve para disminuir las inversiones y disparar el precio del petróleo. Tanta sed de democracia no es buena para los negocios.

Arabia Saudita se sentiría amenazada por un régimen chií, que además puede motivar a la minoría chií en su propio territorio. Lo une a Bahrein, además de muchos lazos económicos, una carretera por donde van y vienen personas y productos. La represión de la revuelta ha tenido el apoyo de las fuerzas de seguridad de Arabia Saudita, y Bahrein sería el sitio de prueba de cómo los otros estados del Golfo manejarían sus propias protestas. Para resumir, a los únicos que les sirve que caiga Bahrein es a sus pobladores. Ojalá caiga el régimen monárquico en Bahrein.



Una de las muchas columnas de humo en Daraa, Siria, observada desde la frontera jordana.



Refugiada somalí en territorio de Etiopía.

28. Somalia, más que piratas

Somalia, como Estado, es nuevo. Fue creado en 1960. Como gobierno, puede decirse que existió uno solo: desde 1969 hasta 1991, cuando estuvo en el poder el general Mohamed Siad Barre. Antes hubo una guerra con Etiopía (1963-1964) y fueron asesinados dos presidentes. Después, caos y más guerra. Bajo este panorama viven más de nueve millones de personas.

El modelo de Barre perdió apoyo popular y se precipitó a una crisis aprovechada por los rebeldes de Mohamed Farrah Aidid, líder del *United Somali Congress* (USC), que finalmente derrocó del poder a Barre en enero de 1991. Desde entonces, Somalia no ha tenido un gobierno funcional. Los rebeldes, dispersos, poco politizados, unidos a expresiones de poder local y sus clanes, no lograron articular propuestas nacionales y la guerra feudal fue una constante.

La violencia persiste año tras año. Tan solo en los años 1990 causó más de 300.000 muertos y dejó 1,5 millones de desplazados internos. Hubo varios esfuerzos de Naciones Unidas para controlar el país. En octubre de 1993 se libró la “primera batalla de Mogadiscio” entre las tropas de los Estados Unidos y la milicia de Aidid, cuyos líderes iban a ser capturados.

El revés militar norteamericano fue reflejado en el libro *Black hawk down*. Los Estados Unidos se retiraron de Somalia a finales de 1993, y las Naciones Unidas a comienzos de 1995. Así, la salida militar y la mal llamada “intervención humanitaria” fracasaron en So-

malia, que quedó en manos de los señores de la guerra adscritos a diferentes clanes. Entre 1998 y 2006 surgieron propuestas de micro-Estados, tales como Puntland, Jubbaland y Somalia de Suroeste.

Las intervenciones de los años 1990 fracasaron en parte por su gran énfasis en lo militar y su desprecio por la construcción de instituciones estatales. Naciones Unidas gastó 1.600 millones de dólares y los Estados Unidos otros 2.000 millones. Pero para reconstruir la policía y el poder judicial se destinaron únicamente 15,2 millones de dólares. Dos recientes intentos de formar gobierno han sido el *Federal Transitional Parliament* (FTP), establecido en enero de 2004 en Kenia, y el actual gobierno de unidad, con participación de la previa oposición armada: *Islamic Courts Union* (ICU).

El FTP inició sus actividades en Kenia en septiembre de 2004, creando un gobierno de transición, pero éste sesionó en territorio somalí sólo dos años después. Al mismo tiempo, el sur caía bajo el control de las *Islamic Courts*. Ante el avance de la ICU, algunos señores de la guerra, apoyados por los Estados Unidos, crearon la *Alliance for the Restoration of Peace and Counter-Terrorism* (ARPCT).

Durante los meses de 2006 que parte de Somalia estuvo bajo control de la ICU, se vivió una luz de esperanza por la estabilidad ofrecida, que no se vivía desde antes de 1991. Estas cortes fueron más una respuesta local a la violencia delincencial; no constituían una propuesta homogénea sino que reflejaban las diferentes dinámicas locales. Las organizaciones desarrollaron tribunales para juzgar a los delincuentes sobre la base de la ley islámica, que tenía como problema la falta de garantías judiciales y el uso de castigos corporales.

En 2006, los combates de la capital entre la ICU y la ARPCT se conocen como “Segunda Batalla de Mogadiscio”. La confrontación siguió en la mesa de negociación, dando lugar a dos acuerdos firmados en la capital de Sudán. En diciembre de 2006, Etiopía intervino militarmente en Somalia, apoyado por los Estados Unidos y bajo la consigna de la lucha contra el terrorismo. La presencia de tropas etíopes no significó estabilidad ni disminución de la violencia ni protección para la población civil. En los dos años de presencia etíope en Somalia se registraron más de 16.000 asesinatos de civiles y 1,1 millones de personas desplazadas.

En enero de 2007, Kismaayo y Mogadiscio cayeron bajo control del *Transitional Federal Government* (TFG), gracias al apoyo de las tropas etíopes, y el presidente Yusuf entró por

primera vez a la capital desde cuando fue elegido. La ICU se desmembró, sus fuerzas tuvieron varios nombres y algunos de sus líderes siguieron en la actividad política, posteriormente bajo las banderas de la *Alliance for the Re-liberation of Somalia* (ARS).

En el marco de un acuerdo de paz de 2008, las tropas etíopes se retiraron, y se planteó otro cese de hostilidades y el lanzamiento de un gobierno de unidad. Así, el antiguo comandante en jefe de la ICU, Sheikh Sharif Sheikh Ahmed, fue nombrado presidente de Somalia. El espacio militar y político abandonado por la ICU, el odio al invasor etíope y el radical discurso islamista se manifestaron en un nuevo actor: Al-Shabaab (“la juventud”).

Según Naciones Unidas, 3,5 millones de somalíes dependen de la ayuda humanitaria para su supervivencia. Las posibilidades son pocas: a) huir y buscar refugio en Kenia, donde hay más de 250.000 somalíes viviendo en campos de refugiados; b) llegar hasta Yemen, en condiciones extremadamente difíciles, donde sobreviven miles de somalíes que han logrado cruzar el Golfo de Adén; y c) incorporarse a las órdenes de alguno de los señores de la guerra o unirse a un grupo de piratas.

Pero de Somalia sólo se habla por la piratería en el Golfo de Adén, sitio estratégico para el paso de embarcaciones. La piratería se duplicó en la primera mitad de 2009, principalmente por los incidentes en el Golfo, que llegaron a 130 en seis meses. Como respuesta, la Unión Europea desplegó en noviembre de 2008, por primera vez en toda su historia, una misión naval para proteger tanto a los barcos de las Naciones Unidas como a los barcos comerciales. Así, en el caso somalí se responde sólo con acciones policivas en alta mar a una guerra que debiera generar otro tipo de respuestas de la comunidad internacional.



Un grupo de activistas sirios exige la caída de Bashar Al Asad: "Una mano, un corazón y un propósito: la libertad de Siria".

29. La gran revuelta siria

La “Gran Revuelta Siria” de 1926, cuando el pueblo se movilizó en la primera gran protesta árabe contra los colonizadores, renace 85 años después. Tras la muerte en el año 2000 del presidente Hafiz Al Asad, gobernante sirio desde 1970, asumió el poder su hijo Bashar, reafirmando un régimen autoritario en lo político y neoliberal en lo económico, que resuelve las “externalidades del mercado” con represión. Los nuevos ricos suníes han amasado su fortuna gracias a las privatizaciones.

La situación de derechos humanos ha sido siempre lamentable. Dos ejemplos son la represión contra los Hermanos Musulmanes en 1982 (cuando las fuerzas sirias atacaron la ciudad de Hama, matando más de 10.000 personas) y contra los kurdos en 2004.

Asad, chií, gobierna una población mayoritariamente suní; y aunque la agenda religiosa es secundaria, el régimen manipula lo religioso en contra de los Hermanos Musulmanes, quienes, según Ignacio Álvarez-Ossorio, han optado por “la renuncia a la creación de un Estado islámico, la aceptación del pluralismo político, el rechazo a la violencia y el diálogo con la oposición, [como] los pilares de su estrategia” en tanto actor político determinante e interlocutor obligatorio de cualquier eventual nuevo gobierno.

El ejército permanece unido, aunque las divisiones vendrían con la intensidad de las protestas. El hermano menor del presidente es el responsable de la guardia presidencial, y el cuñado es jefe de la inteligencia militar. Es posible que no se dé una ruptura en la cúpula

militar, aunque pudiera suceder en los mandos medios, probabilidad remota si se tiene en cuenta que el 80 por ciento de los oficiales son alauíes, su grupo religioso.

Hasta hace pocos días, Siria no aparecía en la lista de países con fuertes disturbios. Pero eso no significa la ausencia de una movilización política. En el año 2000, un grupo de intelectuales dio a conocer su primer “Manifiesto de los 99”, que pedía el fin del estado de Emergencia, la liberación de presos, el retorno de los exiliados y la garantía de un régimen de libertades.

Otro antecedente importante es la “Declaración de Damasco”. En 2005, un grupo de casi 300 activistas llamó al gobierno a darle fin al Estado de emergencia (vigente desde 1963) y ampliar la libertad de expresión. Entre 2006 y 2008, muchos de los firmantes fueron encarcelados, acusados de “debilitar el sentimiento nacional”.

Algunos consideraban que la popularidad de Asad y un mejor estándar de vida que la de otros países árabes serían suficientes para frenar las revueltas. Sin embargo, las protestas están en pie desde el 26 de enero, cuando un sirio se inmoló (como lo hizo el famoso tunecino) en una expresión de rechazo al gobierno. A partir de ahí, han ido creciendo, especialmente en la última semana. Parte esencial del movimiento es un grupo de sirios muy jóvenes, algunos menores de edad, que han invitado a las manifestaciones a través de la Internet y grafitis.

La represión contra quienes protestan en la ciudad sureña de Daraa fue un salto cualitativo en el nivel de participación popular. Las marchas fúnebres (como en otros países) terminaron en tales demostraciones. Una de las consignas que se oyen es: “Alá, Siria, Libertad”. Los muertos y las marchas van en aumento. Varias estaciones de policía han sido atacadas y quemadas, así como sedes del partido de gobierno.

Ante ese panorama, el gobierno ha reaccionado de distintas maneras: promete reformas, libera prisioneros (como hizo Bahrein), promueve marchas progubernamentales (como casi todos los gobiernos árabes), incrementa salarios (como Egipto) y culpa de los muertos a “bandas extranjeras” (como Libia), incluyendo la violencia contra los civiles, dejando decenas de muertos y cientos de heridos.

Internacionalmente, Siria ha incrementado sus relaciones con Irán (por su enemistad compartida hacia Iraq) y es acusada de ser correa de transmisión del apoyo de Irán a Hizboallah

(en Líbano), al Movimiento de Resistencia Islámica (Hamás) y además a otros grupos palestinos de resistencia. Asimismo, el gobierno iraquí títere acusa a Siria de ser responsable de algunos de los actos de terrorismo en Iraq.

Los Estados Unidos, que consideran a Siria como apoyo del terrorismo, plantean hoy un acercamiento progresivo, apuntando a que su papel en la devolución de los Altos del Golán (arrebataados por Israel a Siria en 1967) esté supeditado a que Siria detenga su apoyo a grupos armados en la región. Israel ya afirmó públicamente su preferencia: que se ataque a su enemigo sirio, como se hizo con Libia y como, según él, se debiera hacer con Irán (lo dice mientras perpetra ataques a civiles en Gaza). Así, en las revueltas, los Estados Unidos esperan, como su protegido Israel, una Siria más lejos de Irán y más cerca de la agenda sionista.



Publicidad a favor de Bashar Al Asad en las calles de Damasco, Siria.

30. Amanecer en Damasco

Desde los minaretes de Damasco, como cada mañana, llaman a la primera oración. Así ha sido siempre. Aunque reina el silencio, los rumores hacen su lugar. Se sabe que algo pasa pero el régimen policial, como un Gran Hermano, lo controla todo. Al comienzo de marzo, jóvenes de no más de 15 años escribieron grafitis contra el régimen en Daraa, pequeña ciudad al sur de Siria, cerca de la frontera con Jordania. No sé sabe bien si fue una decisión política o una broma, ya eso no importa. Los jóvenes, nos dicen en Damasco, fueron capturados y torturados; a algunos les cortaron los dedos y a otros el lóbulo de una oreja. Cuando la gente fue a reclamar por sus hijos, las fuerzas de seguridad dispararon, matando a varios familiares. En el entierro de las víctimas se repitió el escenario, cerrándole las puertas a una salida negociada.

Días después vino la muy anunciada alocución de Bashar Al Asad en televisión, esperada tanto por las víctimas como por las tribus descontentas, la minoría kurda, los suníes y en general todos los sirios. Bashar defraudó. En vez de presentar disculpas, prometer castigos, ordenar investigaciones –lo que a juicio de muchos hubiera bastado para retomar la popularidad y frenar más protestas–, Bashar explicó que las manifestaciones eran de un complot internacional contra su gobierno, fraguado en el exterior e implementado en Siria por agentes extranjeros. Esta respuesta estatal, en vez de calmar los ánimos, los alimentó.

En los días siguientes, la televisión oficial mostró testimonios y fotos, como prueba de la intromisión extranjera que vendría del lado de Saad Hariri (previo primer ministro de

Libano, oponente de Hizbollah y enemigo de Siria) y de la CIA (ya que los Estados Unidos consideran a Siria como parte del ‘eje del mal’). Es cierto que hay grupos armados, de origen salafista, pero no tantos como el gobierno dice para justificar la represión contra los manifestantes.

Los viernes, luego del rezo colectivo en las mezquitas, las manifestaciones se suceden cada vez con más fuerza. En una ocasión, buses con seguidores de Bashar esperaron a la salida de una mezquita, armados con palos y fusiles. Varios grupos estaban compuestos por policías y otros por paramilitares llamados “tiburones asesinos”. Lo cierto es que la gente les hizo frente: los sirios habían superado la barrera del miedo.

El control de Daraa está en manos de la IV División, bajo el mando del hermano de Bashar. Para la represión se usó personal militar del norte, sin vínculos con el sur. En Damasco, las protestas se limitan a pocos barrios. Pero Damasco no es Siria; es sólo un parte, la más vigilada y la menos activa en la revuelta. De hecho, no se ven militares en sus calles, y si sólo se visita la ciudad vieja, parece una aldea ideal para el turismo pero sin turistas, llena de avisos de apoyo a Bashar.

La prensa está bajo total control. En el hotel, un periodista turco había sido deportado días antes y tuvo que ingeniárselas para regresar; otro, de origen italiano, salió de su apartamento hacia el hotel, luego que su propio arrendador lo denunciara a la policía. Los taxistas son policías o trabajan con ellos, controlando así los movimientos de la gente, en especial de los extranjeros, que no pueden viajar fuera de Damasco y ni siquiera llegar a los pocos barrios de la capital donde haya revueltas.

En Damasco, hasta hace pocos días, las protestas apenas se sentían en unos pocos suburbios. Las manifestaciones vienen creciendo, tanto en número como en intensidad. La violencia de Al Asad parece gasolina que alimenta el fuego antes de aplacarlo. Las acciones del régimen incluyen el asesinato de aquellos militares que se resisten a disparar contra la gente, tal como hizo Gadafi al comienzo de las marchas en Libia.

Recientemente, la violencia dejó de ser unilateral. Según el gobierno, 120 agentes de la seguridad siria fueron asesinados en la ciudad de Jisr al Shughour en junio de 2011. Las versiones sobre tales hechos se contradicen. De ser ciertos los hechos, éstos muestran un paso más a lo que todos temen: una guerra civil. De ser falsos, los mismos constituyen una

excelente oportunidad para que el gobierno en Damasco insista en lo que ha tratado de *vender* desde el comienzo: las revueltas no son tales sino la acción de bandas armadas con apoyo extranjero.

El nuevo símbolo de la resistencia Siria es Jisr al-Shughur, un poblado al norte de la capital, donde los ataques contra la población por parte del ejército sirio no solo produjeron un éxodo de más de 10.000 refugiados hacia Turquía, sino que dejaron más de 1.300 muertos en un pueblo ahora deshabitado.

Siria no tiene petróleo y aprendió a vivir bajo sanciones de la comunidad internacional, lo cual lo hace hoy menos permeable a presiones externas. No hay grupos opositores organizados que compitan por el poder con Bashar, ni siquiera dentro de los propios miembros del ejército o de los círculos de poder que han cerrado filas, sin amago de fisura, en torno a la figura de Bashar. Las minorías kurdas fueron neutralizadas al otorgárseles nacionalidad siria. Desde los minaretes, como en cada atardecer, llaman a la última oración. Así ha sido siempre. Los rumores se hacen cada vez más grandes. Y el Gran Hermano no puede controlarlo todo.



31. Yemen, el siguiente

Ali Abdullah Saleh, presidente de Yemen del Norte desde 1978 y desde 1990 de Yemen unificado, fracasó en su cometido de traer democracia y unidad a su país. El asesinato de más de 50 miembros de los hashid, la principal tribu yemení, muestra que el presidente Saleh hace puntos para ser el próximo en caer.

Saleh, a diferencia de otros líderes en apuros, es chií (de la rama del zaydismo), fue amigo de Saddam Hussein (a quien apoyó en la ocupación de Kuwait), es cercano al actual gobierno de Irán (a quien apoya en sus pretensiones nucleares) y es socio de los Estados Unidos en la lucha contra el terror. Es decir, amigo del que sea necesario.

La rebelión de los huthi al norte, las acciones de Al-Qaeda y los rezagos de separatismo en el sur son causas de permanente violencia. Pero las razones de la revuelta son también estructurales: el ingreso per cápita es de 745 dólares, 40 por ciento de los yemeníes viven con menos de dos dólares al día, y el desempleo llega al 35 por ciento.

Un punto central de las protestas, desde el 27 de enero, ha sido la Universidad de Sana. Y como símbolo, la Plaza de la Liberación, que tiene el mismo nombre de la plaza emblemática de El Cairo. Los gritos han sido claros y simples: “Después de Mubarak, es el turno de Ali” y “Ali, Ali, alcanza a Ben Ali”.

Al comienzo la protesta fue pacífica, pero luego apareció la violencia por parte de los simpatizantes del gobierno (como en Egipto). Los muertos empezaron a sucederse de una ciudad a otra hasta alcanzar el 18 de marzo el número de 52 en una sola jornada. A pesar

de la violencia creciente, la oposición le ofreció a Saleh fórmulas para una solución pacífica a la crisis, que incluía su salida a finales de 2011. Ahora que la crisis aumenta, Saleh trata de rehacer esa propuesta 20 días tarde.

Saleh ha tomado una serie de decisiones copiadas de sus vecinos. Dijo que no se presentaría como candidato en las elecciones de 2013 (ya había hecho ese anuncio en 2002 sobre las elecciones de 2006, en las que fue reelegido); prometió reformas, crear un “gobierno de unidad”, y aumentar los salarios de los empleados oficiales y los miembros de las Fuerzas Armadas (como hizo Mubarak); destituyó a cinco gobernadores y prometió una nueva Constitución, separación de poderes y régimen parlamentario.

Luego despidió a todo el gabinete ministerial y organizó marchas progubernamentales (como casi todos los países ahora en crisis). En una última opción, optó por la represión violenta de los manifestantes (como ahora lo hacen Siria y Bahrein) y, en vez de acallar las protestas, consiguió la descalificación generalizada.

Debido a la violenta represión contra los manifestantes, en febrero renunciaron varios parlamentarios del partido de gobierno y dos viceministros. A finales de ese mes, los miembros de las dos más importantes tribus (hashid y baqil) se unieron a las protestas, así como otros miembros del partido de gobierno, diplomáticos como el embajador ante la ONU y varios ministros.

Luego de la masacre de 52 civiles, tres generales y otros militares se pusieron del lado de los manifestantes. Y, como si fuera poco, el líder de los hashid, tribu a la que pertenece Saleh, pidió la marcha inmediata del mandatario.

Uno de los miedos que rondan en Yemen es la fragmentación del país, unificado hace sólo 21 años. A esto lo llaman *tatasawmal*, la somalización de Yemen. Este miedo y la amenaza de Al-Qaeda son los argumentos que esgrime Saleh para aferrarse al poder. Pero los caminos más probables son otros. Uno es hacerles caso a la consignas y seguir el camino de Mubarak y Ben Ali; el otro, seguir el triste ejemplo de Gadafi. Yemen tiene una tradición de partidos políticos más fuerte que Libia, con coaliciones de oposición –como el Comité Conjunto de Partidos (CCP), creado en 2002–, lo que haría más fácil llenar el vacío de poder a la salida de Saleh. Además, la experiencia de guerra de guerrillas y el mercado de armas no son novedad. Es decir, a diferencia de Libia, Yemen está mejor preparado para la paz o para la guerra.

32. Yemen, un paso adelante y dos atrás

Luego de la salida de Ben Ali (Túnez) y de Mubarak (Egipto), Saleh tiene pocas opciones. El asesinato de manifestantes, la falta de respuestas reales a las demandas de las protestas, la pérdida de apoyo de los países del Golfo Pérsico, la división en las filas del ejército y hasta en el partido mismo de Ali Abdullah Saleh, configuran un laberinto que tiene una sola vía: la dimisión.

Ese fue el cálculo hecho por el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) –formado por Bahrein, Kuwait, Omán, Katar, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos–, que propuso una solución a la crisis, incluido un cambio en el gobierno. El acuerdo contempla, dicho de manera simple, un breve proceso de transición sumado a unas garantías para Saleh a cambio de que deje el poder.

Esta propuesta fue aceptada por el *Joint Meeting Parties*, coalición de partidos de oposición, y una buena parte de la gente en las calles. Sin embargo, hay un sector en desacuerdo con la propuesta del CCG y continúa movilizado bajo el lema que le gritan a Saleh: “No negociación, no dialogo, resigna o huye”.

Hay al menos dos implicaciones regionales en la situación de Yemen: su pertenencia a la península arábiga y su importancia en el Golfo de Adén, e incluso en el cuerno de África (un número importante de refugiados somalíes tiene a Yemen como destino).

Yemen tiene el puesto 140 entre 182 en el Índice de Desarrollo Humano, comparable con los países más pobres del África subsahariana. Pero la pobreza en Yemen no es preocupación

de los Estados Unidos ni de Europa sino su potencialidad para ‘producir’ grupos terroristas. Al-Qaeda ha fracasado en hacerse a un espacio en Egipto y Libia, pero es Yemen el escenario donde más posibilidades tiene, lo que no significa automáticamente que lo consiga.

La fusión de Yemen en dos países no resolvió el problema de las diferencias norte-sur: las tribus del norte son más religiosas y conservadoras, y los pueblos del sur más liberales; pero ambos contribuyen al clima de violencia del país: rebeldes tribales en el norte y secesionistas en el sur. Además de estas agendas, hay elementos comunes como la pobreza y la falta de futuro para los jóvenes, teniendo en cuenta que casi la mitad de los 24 millones de habitantes es menor de 16 años.

La particularidad del proceso de Yemen está basada en dos factores: el papel regulador que juega la comisión de países del Golfo Pérsico, que permitiría una salida negociada, y un modelo que no es la guerra (como en Libia) ni la huida del gobernante (como en Túnez y Egipto), sino un acuerdo que incluye una breve transición y ciertas garantías para el actual presidente. Así, Saleh no se mantendría en el poder y evitaría un proceso judicial en contra suya, como el que enfrenta Mubarak en Egipto. Incluso con un proceso pacífico, quedan otros puntos en la agenda, como las tensiones entre el norte y el sur, los rebeldes del norte y la acciones de Al-Qaeda. Un modelo incluyente con los que así lo pidan sería la fórmula para garantizar la estabilidad necesaria que impida un nuevo estallido de violencia. Y, además, sería un modelo para otros líderes árabes.

Los niveles de violencia han ido en aumento y hay más y más brotes de violencia esporádicos, en una dinámica altamente agitada. Hay policías reprimiendo las protestas y miembros del ejército sumados a ellas. Sadeq Al Ahmar, jefe de la Federación de Tribus Hashid, que agrupa nueve grandes tribus, incluyendo la del presidente, rompieron públicamente con Saleh. Varios choques previos entre tribus y tropas leales dibujaban un panorama de conflicto que contiene a la vez otros conflictos. Y, como si fuera poco, 300 hombres de Al-Qaeda atacaron a fines de mayo el poblado de Zinjibar, en una demostración de fuerza que fue de nuevo aprovechada por Saleh para insistir en que, sin él, la red terrorista controlaría Yemen.

En medio de estas esperanzas, tres intentos de paz fracasaron y el desgaste ha llevado al escepticismo, la desconfianza entre las partes y el aumento de la violencia, todo lo cual ha generado la salida airada tanto de negociadores como de facilitadores internacionales (los estados miembros del Consejo de Cooperación del Golfo, los Estados Unidos y la Unión Europea),

así como una cascada de acusaciones mutuas. Tres veces, al borde de la firma, el presidente Saleh ha dado un paso atrás a pesar de la inmunidad ofrecida para él y los suyos por los países del Golfo; aumentando las protestas, la incertidumbre y el riesgo de una guerra.

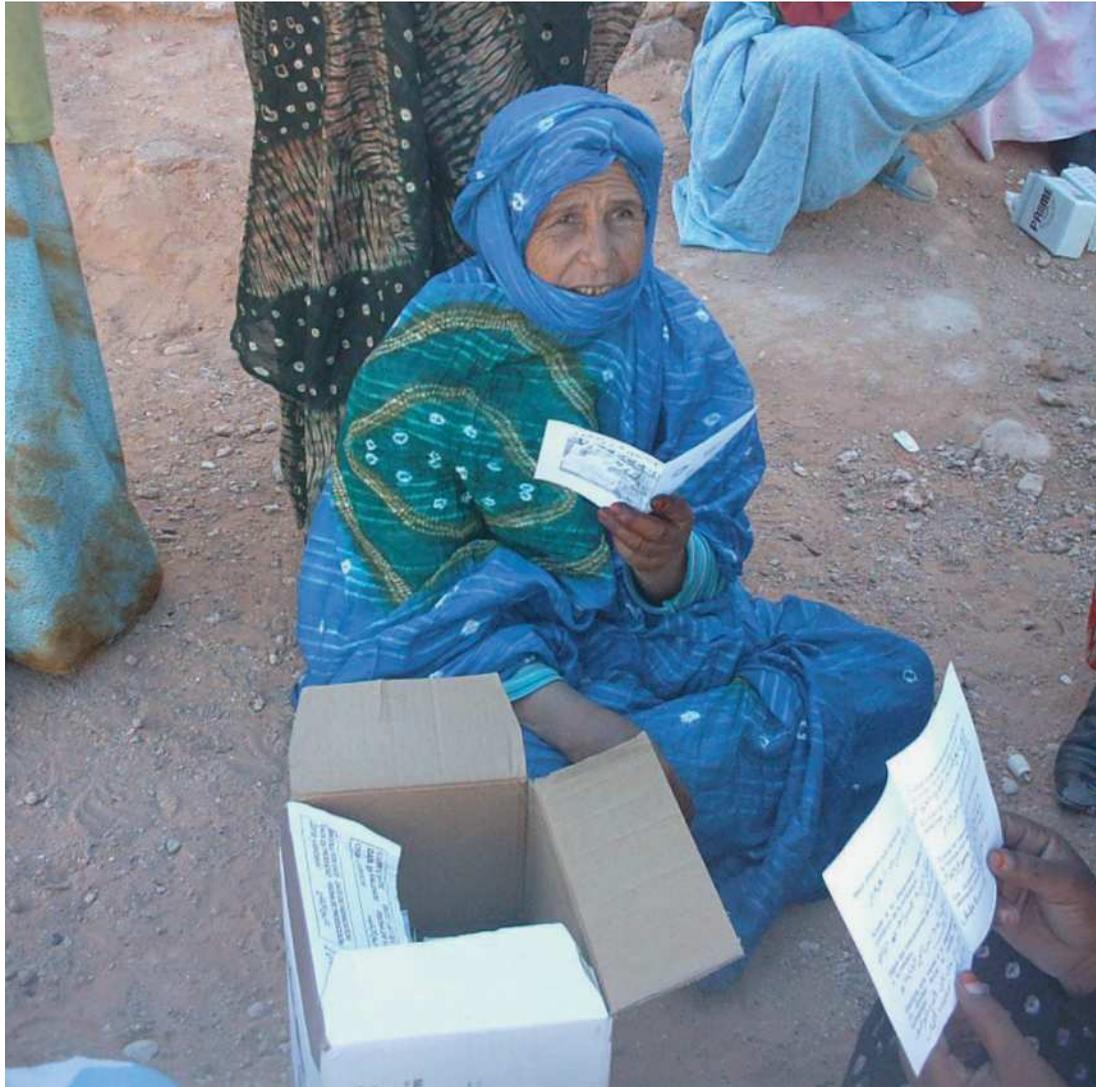
Saleh sigue jugando con la carta de que un eventual vacío de poder pudiera ser aprovechado por los grupos de Al-Qaeda y “arrastrar al país una guerra civil”. Lo que sí parece llevar a una guerra son las sucesivas negativas de Saleh a dejar el poder.

El miedo jordano a que los partidos políticos se ‘robaran’ las protestas, el miedo en Egipto a que la agenda de los Hermanos Musulmanes se apropie de los logros de las gentes en las calles, es el miedo que ahora enfrentan los yemeníes, quienes eventualmente pueden ver transformada su lucha en una pelea de las tribus versus el gobierno de Saleh, escenario en el cual ninguno de los dos bandos encarna las banderas de las revueltas.

El ataque al palacio de Saleh, en junio de 2011, representó un salto cualitativo en la dinámica del conflicto, no sólo porque evidenció la vulnerabilidad del régimen sino también porque el presidente mismo salió herido y, lo más importante, porque su viaje a Arabia Saudita por razones médicas fue asumido por la sociedad como su caída. El poder quedó en manos del vicepresidente Abd-Rabbu Mansour Hadi, con menos legitimidad aún y más susceptible a las presiones. El ascenso del vicepresidente sonó al paso previo para un gobierno de transición.

Saleh se ha ido por el momento, pero sus estructuras de poder permanecen, entre ellas la de su hijo, Ahmed, jefe de la Guardia Republicana. En la Constitución de Yemen, si el presidente está ausente por más de 60 días, tienen que convocarse elecciones y la gravedad de las heridas de Saleh pueden tenerlo fuera del poder por un tiempo superior; sin embargo, la dinámica de la revuelta en Yemen no está atada a normas constitucionales. Saleh triunfó sobre la oposición al enfrentar una tribu contra otra. Ahora, aún sin Saleh, se abre el camino a una guerra civil si las tribus repiten el mismo modelo, o el camino a un gobierno de transición si el vicepresidente no repite los errores de Saleh.

El ataque con cohetes al palacio de Saleh en Sana, el viaje a Arabia Saudita del presidente herido, los tres intentos fallidos de firmar una salida pacífica, el incremento de las acciones armadas incluso en la capital, el resurgir del separatismo y de las tensiones tribales, este conjunto muestra el riesgo de que las protestas terminen en un baño de sangre y ‘robadas’ por quienes no interpretan las reales reivindicaciones de las gentes del común.



Refugiada saharai en los campamentos de refugiados de Tinduf, Sur de Argelia.

33. Sahara Occidental

Hay otra revuelta en el mundo árabe de la que poco se dice, enfilada contra un monarca árabe, pero no solo de su pueblo (que también demanda libertades) sino también de un pueblo ocupado: el saharauí, los pobladores del país llamado Sahara Occidental.

Sahara Occidental comprende el territorio no descolonizado entre Marruecos y Mauritania, que posteriormente fue ocupado por Marruecos. El conflicto de Sahara Occidental está estancado en el tiempo y en el espacio: en el tiempo, porque sustancialmente, luego de la firma de la tregua entre el Frente Polisario del lado saharauí y el gobierno de Marruecos (1991), la situación no ha tenido avance alguno; más bien muchos retrocesos en materia de derechos humanos de la población bajo ocupación marroquí y de la situación humanitaria de los miles de refugiados saharauís en territorio argelino; y en el espacio, porque cierto grado de estabilización de los campamentos de refugiados y el muro construido por Marruecos para lograr un control más efectivo del territorio ocupado hacen que la geografía del conflicto no presente grandes variaciones.

Los antecedentes del conflicto se deben buscar en el proceso interrumpido de descolonización. En 1956, Marruecos obtiene su independencia de Francia, y seis años después (1962) se encuentra el yacimiento más rico en fosfato, lo cual incrementa el interés de España por las tierras saharauís y su incorporación a España. A finales de 1965, el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas recomendó la realización de un referendo para que los saharauís decidieran autónomamente su futuro.

El Wali, fundador del Frente Polisario en 1973, estudiante universitario, recogió la bandera de “el Sahara para los saharauis” y recorrió Europa pidiendo ayuda entre saharauis que vivían en París y Ámsterdam para continuar la lucha por la independencia. En 1974, el rey de Marruecos, Hassan II, padre del actual monarca Mohamed VI, le había propuesto al gobierno de Mauritania ocupar el Sahara una vez que España se retirara del territorio. Las condiciones socio-económicas no eran determinantes del conflicto. De hecho, en 1974, Sahara Occidental tenía el nivel más alto de renta per cápita en África (2.550 dólares) y el 83 por ciento de la población se había urbanizado.

La lucha por la independencia saharauí ha sido asumida casi exclusivamente por el principal grupo político-militar existente: el Frente Polisario (Frente por la Liberación de Saquia el Hamra y el Río de Oro), creado en agosto de 1973 en su segundo congreso. El plan de acción del Frente incluye la construcción de un Estado saharauí que beba de las aguas del marxismo-leninismo y el arabismo, se sirva para lograr sus propósitos de la lucha armada y se sume a la lucha antiimperialista y anticolonialista.

En el plano internacional, la jugada de Marruecos por buscar un reconocimiento de su soberanía sobre el territorio saharauí resulta en contra suya, pues la Corte Internacional de Justicia de las Naciones Unidas, en una Opinión Consultiva, negó la pertenencia del territorio del Sahara a Marruecos. Es más, la Corte consideró aplicable la Resolución 1514 a la descolonización del territorio saharauí, y el principio de autodeterminación mediante la expresión libre y auténtica de la voluntad del pueblo saharauí.

A pesar de este revés jurídico, el gobierno marroquí decidió generar una estrategia que combinaba varios elementos: el nacionalismo marroquí, la movilización social y la muestra a la comunidad internacional de la indiscutible determinación de anexar el Sahara Occidental con la llamada Marcha Verde, iniciada en noviembre de 1975, en la que participaron 350.000 colonos y 25.000 soldados.

Los civiles de la Marcha Verde se detuvieron sin cruzar la frontera, pero sí lo hicieron las tropas del ejército marroquí, con tal grado de violencia que generaron el éxodo de la población saharauí hasta más allá de la frontera con Argelia, a una zona conocida como Hama-da (que en hassanía significa “el clima extremo”), donde posteriormente se levantaron los actuales campamentos de refugiados. Mientras avanzaba la Marcha Verde se firmaron los “Acuerdos de Madrid” entre representantes de España, Marruecos y Mauritania, relacio-

nados con el futuro de Sahara Occidental. En resumen, España acepta una administración compartida del territorio saharauí entre España, Marruecos y Mauritania.

En febrero de 1976, España abandonó el territorio. Sus soldados fueron reemplazados inmediatamente por tropas marroquíes. El 27 de febrero de 1976, el Frente Polisario proclamó la creación de un Estado saharauí: la República Árabe Saharaí Democrática (RASD), en que Argelia jugó un papel relevante incluso en términos de apoyo logístico para el Frente Polisario, aunque, luego del éxodo, por decisión presidencial retira sus tropas y abandona al Polisario en su lucha.

El Frente Polisario desarrolló una guerra de guerrillas, con grandes logros militares, que generó desgaste en las tropas de Marruecos y de Mauritania. Esta última renunció finalmente a cualquier soberanía. En septiembre de 1991 se firmó un alto al fuego, vigente hasta hoy, entre el Frente Polisario y Marruecos, alto al fuego que no resuelve el conflicto.

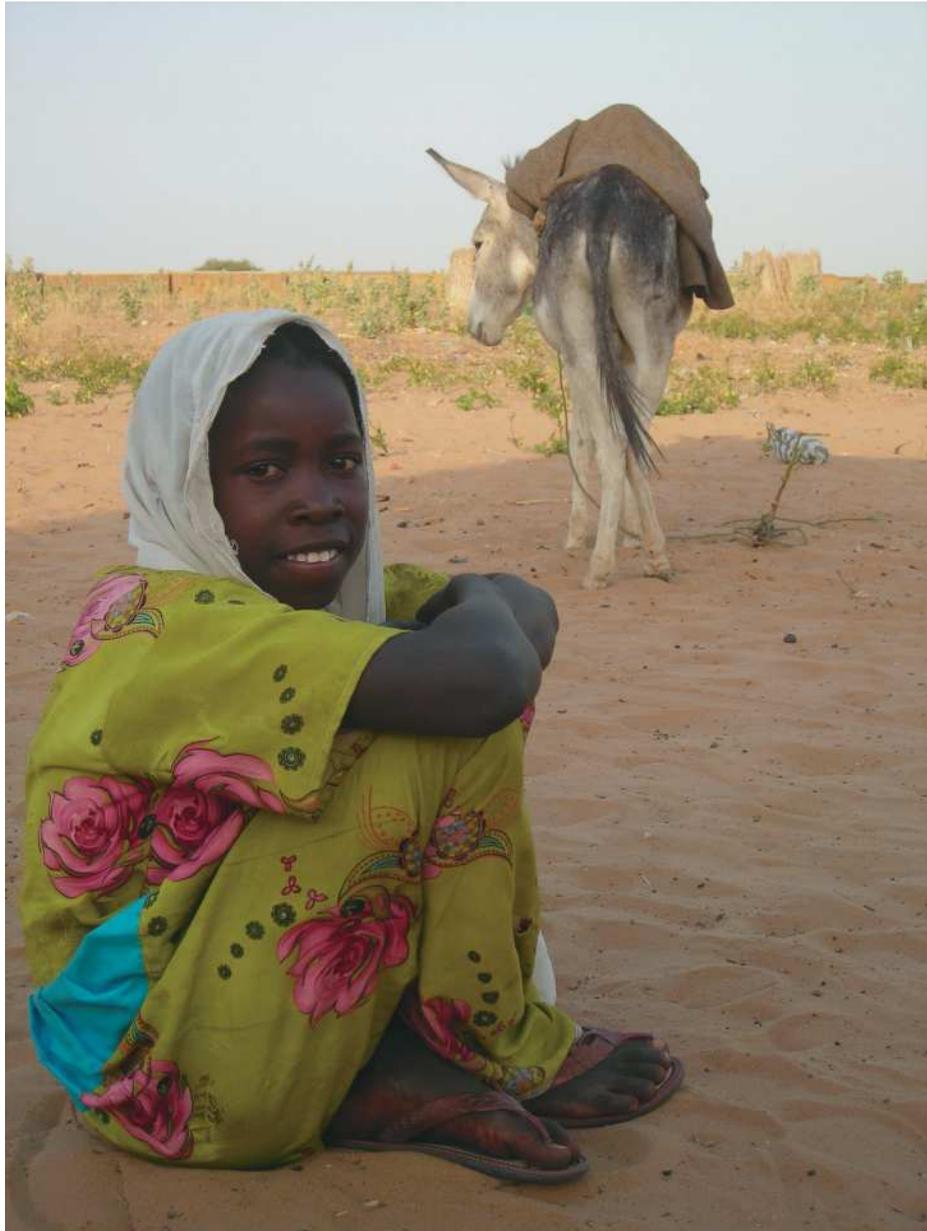
Las Naciones Unidas propusieron la realización de un referendo en febrero de 1992, basado en el censo realizado por España en 1974, pero en 2006 las Naciones Unidas mismas hablaban de mirar con “realismo” el conflicto, sugiriendo la renuncia a la independencia de los saharauíes. Durante la tregua se han ido discutiendo los detalles del referendo, en lo cual Marruecos ha sido suficientemente hábil para dilatar cualquier decisión, favoreciendo la ocupación. Desde 1991 hasta 2008 nada había cambiado: sólo algunas desgracias adicionales.

Recientemente, a finales de 2010, los saharauíes empezaron una serie de protestas en territorio ocupado, que en octubre y noviembre ya reunían a más de 20.000 manifestantes. Los jóvenes saharauíes establecieron un sitio de concentración de la protesta, el campamento de Gdeim Izik, llamado Campamento de la Dignidad, eje de la resistencia civil saharauí, ubicado a las afueras del Aaiún. Este campamento significaba la superación de una generación del miedo a Marruecos. Sus principales consignas estaban relacionadas con el desempleo y los problemas de vivienda, pero la causa saharauí hervía debajo de tales reclamaciones.

El 8 de noviembre, la policía marroquí desmanteló en forma violenta el campamento. Cuando se supo en las ciudades del cruel ataque marroquí al campamento, hubo marchas de solidaridad que se extendieron rápidamente. El balance del Frente Polisario es que hubo 19 muertos, más de 4.500 heridos, 159 desaparecidos y más de 2.000 detenidos. Luego del desalojo del campamento, la persecución siguió casa por casa.

Para Francesco Batagli, que fuera jefe de misión de “cascos azules”, la Minurso, las revueltas árabes nacieron en el Campamento de la Dignidad un mes antes del estallido de Túnez. Paradójicamente, la ONU ha decidido (abril de 2011) que la Minurso no tendrá ya tarea alguna en la supervisión de la situación de derechos humanos, a diferencia de todas las otras misiones de paz de la ONU en territorio africano. Este recorte de tareas es fruto del lobby marroquí y del apoyo francés. De nuevo, Europa poniendo su “granito de arena”.





Niña, cerca de un campo de desplazados internos en Darfur, Sudán.

34. Sudán versus Sudán

Cada país de la región tiene su propio calvario, más allá de la oleada de protestas contra sus gobernantes. Sudán dividida es fruto de una guerra tan vieja como su historia nacional. En 1956, luego de décadas de control egipcio-británico, Sudán declaró su independencia. Al día de hoy son, por lo menos, tres las agendas pendientes: 1) el genocidio de Darfur, por el cual la CPI expidió en 2009 una orden de captura contra el dictador Al-Bashir, en el poder desde 1989; 2) la democracia en todo Sudán: el miedo de Al-Bashir ante las protestas en el mundo árabe lo obligó a anunciar que no se presentaría para una nueva reelección; y 3) la guerra entre el norte y el sur, sellada con el reciente referendo.

Las tensiones norte-sur estuvieron vigentes desde la época colonial. Las causas de esta guerra incluyeron: la centralización del poder a expensas de las regiones periféricas; las inequidades económicas, educativas y de desarrollo político durante la colonia y después de la independencia; la limitada base nacionalista dentro de la élite del norte; el fracaso para obtener un consenso sobre la unidad nacional durante los años 1970, el papel de Sudán durante la guerra fría; y los intereses de agentes extranjeros en los recursos naturales, especialmente en el petróleo del sur.

Desde los años 1950 hubo algunos brotes de insurgencia armada en el sur y una respuesta brutal por parte del gobierno central. Surgieron grupos guerrilleros, conferencias de paz, diferentes liderazgos en el sur, cambio en las élites del norte; presencia de diferentes actores internacionales, alimentando la paz y la guerra; estrategia paramilitar, guerra contra los

civiles, manipulación de lo étnico; y, como resultado, miles de refugiados, desaparecidos, asesinados, detenidos y torturados.

En julio de 1983 empezó una nueva guerra: una revuelta en las filas del ejército sembró la primera semilla del *Sudan People's Liberation Army* (SPLA, Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán). El gobierno le declaró la guerra al sur, el estado de emergencia y reformas al sistema judicial. Desde el comienzo, Khartoum, la capital, trató de presentar la violencia como de origen étnico y religioso, debido a la importante comunidad cristiana en el sur. En 1999 comenzó el auge petrolero y, luego de una cruenta guerra entre los rebeldes del sur del SPLA y el ejército sudanés, se llegó a un proceso de paz en 2005.

La lista de acuerdos y pactos firmados por el SPLA y Khartoum es larga. En enero de 2005 se firmó el *Comprehensive Peace Agreement* (CPA, Acuerdo de Paz Integral) a partir del cual se planteó una distribución de los beneficios del petróleo entre el norte y el sur, control militar sobre el sur por parte del SPLA, y constitución de un gobierno de coalición, tambaleante durante su corta vida.

Para el sur, el CPA debía ser un acto fundacional del nuevo Sudán, pero tal acto no se consolidó. La creación del “Gobierno Nacional de Unidad” fue un cambio del gobierno sudanés tan solo en el nombre. Como parte del CPA, se realizó un referendo en que la población de Sudán del Sur decidía seguir o no seguir haciendo parte de Sudán. Las elecciones fueron contundentes: el 99,57 por ciento del Sur decidió crear una nueva nación, la cual será proclamada el 9 de julio de 2011 bajo el liderazgo de Salva Kiir. En enero de 2011, antes del referendo, se firmaron acuerdos entre el gobierno del sur y rebeldes comandados por el general George Athor Deng, principalmente empujado por la nueva coyuntura.

Al-Bashir hubiera querido mantener, incluso mediante el uso de la fuerza, las tierras petroleras del sur. Sin embargo, aceptó el referendo en el marco de las revueltas del norte de África y de la orden de captura que pesa sobre él, emitida por la CPI. Su nueva estrategia es alentar una nueva oposición armada para boicotear a Sudán del Sur desde su propio nacimiento.

Más allá de la violencia, quedan otras tareas pendientes en el sur: su propia unificación, la solución de eventuales tensiones étnicas y religiosas de nivel local, y un largo etcétera de expectativas de la comunidad. Hay alrededor de dos millones de sureños viviendo en el norte y un poco menos de norteños en el sur, lo cual implica un reto en términos de la garantía

de derechos, sin distinción de raza y lugar de origen de las personas, que algunos buscan resolver con movimientos masivos de población. Además, la explotación del petróleo del sur seguirá dependiendo, por el momento, de la infraestructura y la experticia del norte. Pero tal vez el reto más grande consiste en cómo distanciarse de los modelos de gobierno de Sudán y de los otros países de la región.

En días recientes, el conflicto tuvo un nombre específico: Abyei, población de la zona fronteriza rica en petróleo, dejada deliberadamente por fuera de los procesos de paz y ocupada recientemente por las tropas del norte, a las que el Consejo de Seguridad de la ONU les ha pedido que se retiren. Abyei es un buen resumen del conflicto: frontera con zonas en disputa, dos ejércitos que ganan posiciones y debajo de ellos un mar de petróleo.



Niños cerca de un campo de desplazados internos en Darfur, Sudán.

35. ¿Qué pasa en Darfur?

La región de Darfur, casi tan grande como Francia, es el escenario de lo que muchos califican de genocidio: la destrucción masiva y sistemática de la población por parte de las milicias *janjaweed* apoyadas por Khartoum. Darfur, inmensa región occidental de Sudán, tiene todo para alimentar su tristeza: pobreza, injusticia, discriminación, tribus enfrentadas, tensiones religiosas y guerra. No es un conflicto fácil de explicar y mucho menos de resolver.

Si bien Sudán ha vivido varias guerras civiles desde su independencia del imperio británico en los años 50, a partir de 2003 sufre otra contienda en la tierra de los fur (de allí su nombre: Darfur). Para muchos, la guerra comienza en 2003, con la ofensiva rebelde contra el ejército sudanés; según otros, empieza con la proclamación del *Black book* (el *Libro negro*) en 2000, por parte de líderes darfurianos que demostraban así la discriminación sistemática y deliberada contra esta región por parte del gobierno central.

Sudán vivió una cruel guerra entre el sur y el norte, entre las guerrillas del SPLA (creado en 1983) y el gobierno de Khartoum; una guerra saldada con un proceso de paz, el CPA, traicionado en la práctica, con un gobierno de unidad en que los rebeldes del sur son más figuras decorativas que autoridad real; y con un país fragmentado entre las élites del norte, que controlan el poder político, y un sur que busca su inclusión y que en medio de la guerra descubre grandes yacimientos de petróleo en su territorio. Allí China se adueña de las exploraciones, y el petróleo demanda la paz que se da incorporando sólo un poco al sur,

fortaleciendo al norte y excluyendo la parte occidental: Darfur. De los tres Sudanes, uno de ellos es claramente el más excluido de todo este proceso, el Sudán occidental, Darfur, comúnmente mencionado como parte del norte.

Estamos ante un debate abierto sobre qué tanto de étnico tiene el conflicto de Darfur; ya que la guerra entre el sur y el norte le fue presentada al mundo como una guerra tribal cuando no era cierto. Aunque tenía algunos elementos tribales, éstos no eran los fundamentales ni la causa del conflicto sino más bien pretextos para alimentar odios raciales y sacar provecho de ellos. A pesar de que Darfur tiene más de 150 tribus, no es lo étnico el factor que determina la guerra: las reivindicaciones de los darfurianos tienen que ver claramente, como lo demuestran muchos investigadores, con un marcado proceso de exclusión política y de injusticia social.

Allí, en Darfur, a las tropas del ejército enviadas por Khartoum se enfrentan las dos guerrillas más importantes: el *Justice and Equality Movement* (JEM, Movimiento por la Justicia y la Equidad) y el *Sudan Liberation Army* (SLA, Ejército de Liberación de Sudán). Pero hay un tercer actor: las temibles milicias *janjaweed*, responsables de la inmensa mayoría de los 500.000 muertos que ha dejado el conflicto en estos años, de la violación de miles de mujeres, de la contaminación de pozos de agua, del arrasamiento de pueblos enteros, de la destrucción de depósitos de comida y del pánico entre la población civil. Darfur es, hoy por hoy, una región sin futuro y con la peor crisis humanitaria del mundo.

Para hacer más complejo el escenario, el SLA se dividió en medio de otro ineficaz y mentiroso proceso de paz, el *Darfur Peace Agreement* (DPA, Acuerdo de Paz de Darfur), generándose al final más de 15 facciones que, alimentadas en agendas externas, en odios locales y en la sed de poder de sus líderes, se han enfrentado entre sí.

Los actores armados no constituyen un triángulo equilátero, con la población civil en el medio, sino un figura difusa con un sinnúmero de vértices en los cuales, en todo caso, se destacan dos polos: los insurgentes y el Estado sudanés, con su ejército y las milicias paramilitares que fueron creadas para aplastar a los rebeldes de Darfur, recogiendo su propia experiencia de los años 90.

En medio de la guerra, la población civil sufre un drama de difícil solución: Sudán es el país en el mundo con mayor número de desplazados internos: sólo en Darfur más de dos millones

de desplazados y en total más de cinco, a los que se suman los 200 mil refugiados llegados al Chad. Para hacerse a la idea de las condiciones de vida, hay que agregarle a este panorama los problemas de crecimiento del desierto, especialmente en el norte; la falta de infraestructura, y los niveles de pobreza previos a la guerra y agravados con ella. Darfur, entre otros indicadores vergonzosos, registra una de las peores tasas de mortalidad materna en el mundo.

La acción humanitaria se ofrece en medio de dos graves problemas: una creciente ola de ataques contra las organizaciones humanitarias (a veces se registra hasta un vehículo robado al día), y ataques y robos a las sedes de tales organismos. A esto se suma la política del gobierno de Khartoum contra los humanitarios: exige todo tipo de permisos, impone toque de queda todas las noches; modifica incluso el organigrama interno de las ONG, eliminando posiciones que no le interesen (por ejemplo, trabajos relacionados con violencia de género); expulsa a las personas que denuncian la situación de los campamentos de desplazados, exige visa de salida para abandonar el país (único caso en el mundo junto, con Bangladesh), que se demora hasta cuatro semanas. El presidente Al-Bashir lo dijo muy claro: los verdaderos enemigos son las ONG.

China tiene mucho por decir: es el comprador del petróleo sudanés y quien sistemáticamente bloquea casi todas las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas con relación a Sudán; y es el productor de las armas que llegan, vía gubernamental, a las milicias *janjaweed*. Mientras Sudán siga siendo visto sólo como aliado en la guerra de Washington contra el terror y socio de Pekín por petróleo, es casi imposible que Darfur reciba un trato justo por parte de la comunidad internacional.

En 2007, la CPI inició un proceso contra varias personas por crímenes de guerra. Uno de los acusados fue paradójicamente Ahmed Harun, entonces ministro de Asuntos Humanitarios de Sudán. Según Luis Moreno-Ocampo, fiscal de la CPI, “Ahmed Harun no está protegiendo los campos de desplazados; está controlándolos”. Otro acusado es el líder de las milicias *janjaweed*. La respuesta del gobierno sudanés no se hizo esperar: acusó a la CPI de terrorismo, rechazó entregar a Harun y además nombró asesor presidencial al líder de las milicias de extrema derecha. Un reciente paso (marzo de 2009) de la CPI fue ordenar la detención del presidente Al-Bashir como responsable de crímenes de guerra y genocidio en Darfur.

Para quienes hemos trabajado en Darfur, sabemos que muchas de las muertes que suceden allí son evitables, que las injustificadas y exageradas medidas contra las ONG son parte de

las medidas de castigo colectivo contra la población civil, que hay una clara política oficial de negar lo que pasa: desde la violencia de género hasta los niveles de desnutrición, desde la crisis humanitaria hasta el arrasamiento de pueblos. A finales de 2007, en un gesto de ironía, el gobierno reconoció que por la guerra no habrían muerto el medio millón del que se habla sino a lo sumo 10.000 personas. Recordando la frase de *Cien años de soledad*, pudiera el gobierno sudanés decir que en Darfur “no ha pasado nada, ni está pasando, ni pasará nunca nada. Éste es un pueblo feliz”.

36. Argelia, otra revuelta estancada

Argelia es el segundo país más grande de África (después de Sudán). Es una mezcla de lo árabe, lo bereber (sus primeros habitantes fueron tribus bereberes) y lo musulmán (la islamización del país se dio con la ocupación de los Omeyas, entre los años 670 y 708). Fue colonizada inicialmente por España en el siglo XVI y luego por Francia de 1832 a 1962.

Francia mantuvo sus últimos años de control mediante una violenta presencia a la que se opuso una resistencia feroz en Argel, la capital (1954-1962), así como en el resto del territorio, conducida por el Frente de Liberación Nacional (FLN), que finaliza el 18 de marzo de 1962 con la firma de la “Declaración general de las dos delegaciones de 18 de marzo de 1962”, conocida como “Acuerdos de Evian” (entre el FLN y el gobierno francés).

La Constitución de 1963 le dio a Argelia un carácter socialista y consolidó al FLN como partido único bajo la dirección de Ben Bella, el primer presidente, que fue removido mediante golpe militar por parte de Houari Boumedienne (1965-1978). En este período jugó un activo papel internacional (similar al de México en América Latina): participó en la negociación con Vietnam de los últimos prisioneros de los Estados Unidos, envió tropas de apoyo a la Guerra de Yom Kipur contra Israel, hospedó en los años 1960 a la OLP en su territorio, lideró el rechazo al *apartheid* sudafricano, y apoyó al Frente Polisario y la creación de la República Árabe Saharaui Democrática en 1976, distanciándose por esta razón de su vecino Marruecos.

En 1989 se acabó mediante referendo el régimen de partido único y se legalizaron nuevas organizaciones políticas, como el Frente Islámico de Salvación (FIS). Parecía que la libertad de prensa y el nuevo juego electoral le daban nuevos aires de legitimidad al modelo político. En los comicios del 30 de diciembre de 1991, ante el inminente triunfo del FIS en la primera vuelta, los militares emprendieron fuertes medidas de represión y persecución en contra de sus miembros y dirigentes; finalmente, estos sucesos terminan con la toma del poder por parte de los militares ese mismo año, a pesar la victoria electoral del FIS, lo que provoca una guerra civil y recambios permanentes en el gobierno argelino a lo largo de los años 1990.

De un lado estaba el Ejército y del otro dos organizaciones islamistas armadas: a) El Ejército Islámico de Salvación (EIS), brazo armado del FIS, creado en 1993 y que anunció dejar la lucha armada en 1999, y b) El Grupo Islámico Armado (GIA), que atacó al ejército y al FIS, desmantelado por vía militar en 2004. En las elecciones de 1999, Abdelaziz Buteflika fue elegido presidente, y reelegido en 2004 y de nuevo en 2009.

A diferencia de Túnez, donde los musulmanes como tales casi no contaron, y de Egipto, donde los Hermanos Musulmanes son una minoría muy importante pero al fin y al cabo minoría, en Argelia el papel de los musulmanes es notable. De hecho, los coqueteos a la democracia finalizaron con el triunfo electoral de los musulmanes en 1990, cuando el FIS obtuvo el 65 por ciento de los votos, lo cual implica el riesgo de que una revuelta triunfante mire más al Irán de 1979 que a un modelo democrático.

Es de anotar que la importancia de Argelia radica en sus recursos naturales: su economía depende esencialmente de hidrocarburos, que representan el 60 por ciento de su renta, el 30 de su PIB y el 95 de sus exportaciones. Es el octavo país con reservas de gas natural y el cuarto exportador de gas en el mundo, así como el número 16 en reservas de petróleo.

Las protestas en Argelia empezaron en diciembre de 2010 y se intensificaron en 2011, pero desaparecieron de los grandes titulares. Allí, debido a la fuerte militarización de plazas y avenidas, el número de manifestantes ha ido disminuyendo. Las protestas iniciales, bajo el grito de “Argelia libre y democrática”, fueron severamente reprimidas.

Durante varios sábados, las protestas respondieron a las convocatorias de la “Coordinación por el Cambio Democrático en Argelia”, agrupación de sindicatos, partidos de oposición y organizaciones de derechos humanos. En la segunda mitad de enero hubo una serie de

inmolaciones de desempleados, gente humillada por las autoridades y endeudados. Las protestas mostraban descontento pero no con el grado de frustración de Libia o de Yemen, así que muchos matizaron en Argel y en otras ciudades, diciendo que el objetivo eran las reformas, no la caída del régimen, incluyendo cosas elementales como empleo y disminución del precio de los alimentos, bajo el grito “Denos azúcar”. Eso no fue visto así por el gobierno, que atacó las manifestaciones violentamente.

El partido en el poder, el FLN, representa, entre otras cosas, la lucha contra el colonialismo francés, lo que le otorga una legitimidad política muy grande. Todo indica que la presencia de partidos políticos en las marchas, a diferencia de los casos de Túnez y Jordania, causó más daño que beneficio al quitarle una imagen de movimiento civil y priorizar una de revanchismo político. Otros dicen que la falta de movilización se debe al cansancio por la violencia: la guerra civil entre 1991 y 2002 está muy presente, y el riesgo de un nuevo escenario violento causa temor. Unos últimos temen el ascenso de propuestas islamistas.

En ese marco de miedos y escasas movilizaciones, Buteflika ha triunfado hasta el momento en su combinación de palo y zanahoria. Por medio del uso de la fuerza, logró impedir que las manifestaciones se extendieran y se cronificaran, y a la vez da pasos hacia el cumplimiento de su promesa de reformas. El presidente planteó una “Hoja de Ruta” que incluye reformas a la Constitución y asimismo a las leyes orgánicas, en aspectos como el régimen electoral, los partidos políticos y la participación de la mujer en la vida política. Amanecerá y veremos.



37. “La democracia en el mundo árabe es una amenaza para Israel”

Entrevista con Sergio Yahni, politólogo israelí y antisionista, del Centro de Información Alternativa Palestina/Israel.

Israel ve lo que les pasa a sus vecinos, algunos de ellos ya aliados históricos como Egipto, o enemigos declarados como Siria. En las marchas, desde Marruecos hasta Bahrein, la bandera palestina siempre ha tenido un lugar. Durante mayo de 2011, las marchas del mundo árabe priorizaron sus propias agendas y, desafiando la prohibición que hizo Israel de conmemorar la **Nakba** (día de la expulsión de cientos de miles de palestinos de su tierra por Israel en 1948), se movilizaron hacia las fronteras de Israel con Líbano, Siria y Egipto. En Jordania, las marchas se sucedieron en las ciudades.

Egipto decidió revisar el contrato de venta de gas a Israel, dejar pasar barcos iraníes por el Canal del Suez, rehacer las relaciones diplomáticas con Irán y abrir la frontera con Gaza. En este clima, Israel ve más con temor que con alegría la oleada de sed democrática que sacude a la región. Netanyahu, primer ministro de Israel, dijo que la llamada “primavera árabe” puede transformarse en un invierno para Israel, caracterizando las protestas como proiraníes. En este marco, hablamos con Sergio Yahni.

P: ¿Cuáles han sido las reacciones dentro de Israel con relación a las revueltas en el mundo árabe?

R: La primera percepción fue de admiración. Para la huelga de los trabajadores sociales (en Israel), las revueltas fueron un ejemplo. Por otro lado, la perspectiva mediática de Israel es que

el mundo árabe no puede cambiar. La presentación del mundo árabe a la sociedad israelí por parte de un grupo muy grande de orientalistas reconoce que, si bien hoy hay un intento por llegar a la democracia, la agenda fundamental es llegar al Islam. Así, el análisis del mundo árabe que la gente lee en Israel es que este proceso abortará, que el mundo árabe no cambiará y que la opción serán los movimientos islámicos.

P: Desde el punto de vista del gobierno israelí ¿cómo ven las revueltas árabes?

R: Las revueltas árabes son vistas como un problema de seguridad. Lo que Israel teme más que nada es la inestabilidad en Oriente Medio, y las revueltas crean inestabilidad. Israel temía el cambio de posición de Egipto frente a la Franja de Gaza, y, por otro lado, un régimen sirio más débil que no pudo evitar que una marcha de refugiados palestinos entraran al Estado de Israel. Por eso, para Israel es un problema de seguridad.

P: ¿Cómo se percibe la dependencia del gas egipcio?

R: Es un tema del que se habla mucho. Israel ha descubierto bastante gas bajo el Mediterráneo, y una de las ideas es que el país no dependa de Egipto sino que produzca su propio recurso. Ya hay dos plataformas que están trabajando, y una discusión con respecto a los beneficios de las compañías. Esto no será a corto sino a mediano plazo, a cinco años, seguro.

P: ¿Es posible que el régimen sirio trate de desviar el problema interno hacia Israel?

R: El problema sirio tiene que ver con el problema social que sigue a la privatización y los problemas de ajuste: aumento del desempleo, reducciones en los programas sociales y crecimiento de la pobreza. Esos cambios llevaron a la explosión social en Siria, y ésta sabe que tiene un ejército muy débil y no puede enfrentarse a Israel en una confrontación abierta. Una guerra con Israel es una apuesta demasiado alta.

P: Algunas voces palestinas hablan de una tercera *intifada*. ¿Tiene eso algún sentido o es sólo un canto a la bandera?

R: Todo el mundo habla de una tercera *intifada*. Uno ve que la movilización de masas va creciendo, pero es muy temprano para hablar de un nuevo levantamiento. Hay que recordar que una tercera *intifada* no sería sólo contra la ocupación de Israel sino también contra la Autoridad Palestina. Los diálogos entre palestinos tuvieron su efecto, se logró un acuerdo, pero eso no les da más legitimidad a los gobiernos ni de Hamas ni de Fatah. La gente está contenta con los acuerdos pero hay que ver qué pasa cuando se construye el nuevo gobierno.

P: ¿Pesan algo las revueltas árabes en la negociación con Palestina?

R: Mubarak era un elemento de presión sobre los palestinos para que éstos fueran a la mesa de negociación. Actualmente no hay conversaciones y el que no quiere negociar es Israel. La crisis de Oriente Medio no afecta la política internacional de Israel, cuyo gobierno es de estancamiento y no quiere cambios.

P: ¿Qué opinas de la democracia en la región, tanto de los intentos árabes como de la pretensión israelí de ser una democracia?

R: Israel nunca ha sido una democracia; es un Estado de *apartheid* donde los palestinos han sido segregados sistemáticamente. Además, hay un retroceso en los derechos democráticos de los propios judíos. Por ejemplo, hay mayores restricciones para las organizaciones de izquierda.

P: En estos días, las posibilidades de retomar un proceso de paz han girado sobre el congelamiento de la construcción de asentamientos...

R: Israel no estará dispuesto a congelar la construcción ni a dismantelar asentamientos, que se construyen sobre créditos. Su congelación llevaría a una caída del sistema bancario israelí. Por eso, Israel prefiere no negociar.

Dejando las respuestas de Sergio Yahní, podemos citar al conocido activista israelí Ilan Pappé, quien escribió recientemente que “Israel cree que el triunfo de las revoluciones de Túnez y de Egipto le suponen una muy mala cosa. Que la televisión muestre a ciudadanos árabes educados y no islamistas, que en perfecto inglés exponen sus articuladas opiniones sobre la democracia sin recurrir a la retórica antioccidental, no puede serle, desde luego, sino una muy mala cosa. Y si además los ejércitos de esos dos países se abstienen de matar a tiros a los manifestantes, entonces... bueno, entonces la cosa se pone todavía peor...”.



Somali en campo de refugiados.

38. El éxodo africano

El norte de África ha sido un paso obligado para los inmigrantes del África subsahariana que tratan de llegar a Europa huyendo del hambre y de la guerra. Llegan a Marruecos buscando a España, a Sudán buscando a Israel, a Libia buscando a Italia. En Libia únicamente, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) ha registrado varios miles de sudaneses, etíopes, somalíes y eritreos, y hay otros miles sin registrar. Muchos se quedan a trabajar ilegalmente, esperando un mejor momento para seguir su viaje hacia el norte, y esa condición de ilegalidad les convierte en mano de obra barata, fácil de explotar y sin derechos que reclamar. Según la Organización Mundial de Migraciones, en Libia puede haber 1,5 millones de trabajadores extranjeros ilegales.

Sin embargo, Libia es hoy también un sitio que produce refugiados. En estos días de crisis, el problema adquiere nuevas dimensiones. Los primeros en salir de Libia, como es usual, fueron los extranjeros turistas o residentes; les siguieron los trabajadores de empresas petroleras, luego trabajadores de países vecinos y finalmente gente del común que huía de la violencia.

A las fronteras cercanas de Túnez y Egipto, los dos países con revueltas triunfantes, a comienzos de marzo ya habían llegado más de 140.000 personas, primero acogidas fraternalmente pero luego recibidas con menos solidaridad debido al alto número de refugiados y también a la rapidez de su llegada, lo que desborda la ayuda local y pone a competir a los recién llegados con los pueblos receptores por los recursos del área. En Túnez, son los mi-

litares quienes que se han visto obligados a atender la emergencia, y su respuesta va desde la represión hasta la solidaridad, dependiendo del momento.

Muchos de aquellos que salen del país son tunecinos y egipcios que trabajaban en Libia y hoy regresan a casa ante la tensión política. Según la ACNUR, en la última semana de febrero a Egipto habían regresado 46.000 nacionales y a Túnez 18.000 nacionales y 15.000 egipcios, lo que suma la mayoría de los desplazados. Además, turcos, marroquíes y trabajadores de otros países de la zona han dejado a Libia en las mismas circunstancias. Las cifras aumentan día a día.

Es difícil moverse dentro de un país como Libia, sin zonas rurales (las ciudades son como islas rodeadas de arena), con problemas de acceso a los servicios de salud luego de semanas de confrontación, problemas de desabastecimiento (Libia importa el 75 por ciento de sus alimentos) y problemas derivados de la violenta respuesta de un régimen todavía en pie. El panorama es crítico: por un lado, el transporte entre ciudades depende de quién controle militarmente las vías, y, por el otro, los servicios de salud ya empiezan a demandar ayuda internacional. Una opción en curso para enfrentar el desabastecimiento es la frontera con Egipto y la ciudad portuaria de Benghazi, ambas en manos de los rebeldes.

Así, las necesidades humanitarias dentro de Libia serán proporcionales al grado de violencia y además a la prolongación de la situación, que sin duda ya puede ser definida como un conflicto armado. La crisis humanitaria que se cierne sobre Libia y sus fronteras se agravará en la medida en que Gadafi continúe en el poder. Hay otro problema: la comunidad subsahariana que hace presencia en Libia ha sido asociada con los mercenarios que apoyan a Gadafi, y por tanto se han producido ataques contra gente negra en el oriente de Libia, asumiendo que se trata de mercenarios y no de trabajadores ilegales.

El rol de la comunidad internacional ha tenido un giro relevante: en primer lugar, los Estados Unidos sostuvieron que el apoyo debía ir más allá de la ayuda humanitaria, idea loable si no hubiera una agenda oculta en ese ofrecimiento, por cuanto tal declaración les resulta útil para acallar las críticas que le han llovido a Obama desde el partido republicano por su mal manejo ante la crisis, y también para ganar legitimidad frente a un nuevo gobierno libio. De hecho, han repositionado sus fuerzas militares en el Mediterráneo (ojalá no se arriesguen a una invasión con fines ‘humanitarios’), continúan insistiendo en apoyar a los rebeldes “por todos los medios posibles” y, junto con el Reino Unido, buscan prohibir el sobrevuelo de aviones en

la parte oriental de Libia para evitar bombardeos sobre la población civil (dicen ellos) y para tener una mayor excusa en caso de una intervención militar (dicen otros).

En segundo lugar, la Unión Europea se autolimita a lo humanitario e igualmente a una serie de medidas de embargo, lo cual sería bastante si no fuera una forma de reducir su responsabilidad política a portarse como una ONG. Aquella parece más preocupada por una eventual oleada de inmigrantes de diferentes nacionalidades que por el conflicto libio. De hecho, Gadafi actuaba como ‘guardián’ de las costas mediterráneas para prevenir el flujo de inmigrantes a Europa. Por consiguiente, la agenda de Europa ante un nuevo gobierno buscaría fundamentalmente dos cosas: petróleo y control de la inmigración.

Y las Naciones Unidas, inesperadamente, pidieron que la Corte Penal Internacional examine la situación, aunque con ciertos correcciones al texto final por parte de China y Rusia, temiendo que se tratara de argumentar una acción armada por parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Esta decisión de la ONU es un mensaje a toda la comunidad internacional, en especial a los gobiernos de la zona, de que no pueden aprender de Gadafi cómo controlar las protestas en sus países, y de que las víctimas no necesitan sólo arroz sino también justicia.



Las banderas egipcias acompañan a las banderas de los rebeldes libios.

39. Lo humanitario en las revueltas

Las revueltas en el mundo árabe no son un *tsunami*. La situación que se vive en la región no es fruto de un vendaval del que se pueda culpar a la naturaleza. Son acciones hechas por seres humanos pero que no por ello dejan de producir una lista creciente de necesidades entre la población civil.

Muchas de las necesidades provienen de la logística misma de las protestas. En la tarea de mantener lo indispensable para el triunfo de las manifestaciones en Egipto, hubo, entre otros, dos actores por destacar: las mujeres y los Hermanos Musulmanes, pero ambos por razones diferentes. Los Hermanos Musulmanes no creían en las protestas; tenían cierta complacencia del Estado para desarrollar programas sociales que garantizaran su base social. Así que, cuando surgió el movimiento, se sumaron tarde al tren pero de manera eficiente: poniendo parte de sus recursos al servicio de las manifestaciones para ganar legitimidad.

En el caso de Libia, la logística de la guerra es la prioridad. Los vehículos que van al frente se proveen de comida suficiente y el combustible lo toman gratis, por razón de su causa. Pero la población civil está desprotegida. El problema es que nadie sabe exactamente las necesidades humanitarias que hay en Libia; todo son especulaciones. Ha habido tres evaluaciones humanitarias pero los datos no son concluyentes. Ahora mismo, la situación parece controlada. El problema es qué pasara en uno o dos meses, cuando las reservas disponibles se acaben.

Es llamativo que el gran número de personas que ha salido de Libia no sea un éxodo principalmente de refugiados libios, pues no se trata de libios sino de tunecinos, egipcios, gente de Bangladesh y de países del África subsahariana que, ante la crisis, no tuvieron más camino que volver a casa (el 70%). Muchos de ellos llegaron a Egipto, donde la logística oficial ya tenía listas embarcaciones de repatriación en cosa de horas, a un ritmo de 500 personas por día. Europa también ha presionado para que no se queden en el norte de África por miedo a que lleguen a sus costas.

En Libia está más o menos atendida la región oriental (Cyrenaica) pero no los civiles en el frente de guerra y mucho menos las ciudades occidentales. En días pasados, Naciones Unidas negoció con Gadafi el establecimiento de un corredor humanitario, pero con la condición de que no se llamara así sino “corredor de abastecimiento”.

Las Naciones Unidas tratan de organizar la ayuda, pero para la población civil no hay diferencia entre un “casco azul” de la ONU que bombardea posiciones de Gadafi y otro de “chaleco azul” que reparte ayuda humanitaria. Si los rebeldes no ven la diferencia, ¿por qué tendrían que verla los hombres de Gadafi? El problema de esa confusión estriba en que aumenta el riesgo de ataques contra humanitarios, sobre todo luego de la muerte de un hijo de Gadafi.

Un drama poco reseñado en la prensa es el que viven los miles de refugiados de Libia (pero no sólo libios) en su travesía hacia Europa. Muchos de ellos han muerto, y ni sus llamados de auxilio ni su condición de refugiados les ha valido.

Las fuerzas armadas que a nombre de las Naciones Unidas supervisan las operaciones para proteger civiles en tierra hacen poco o nada ante el drama de los civiles en alta mar. La OTAN se lava las manos y dice que nunca supo de embarcaciones de refugiados abandonadas en alta mar. Es la voz de la OTAN contra la de los pocos sobrevivientes.

En Siria se teme lo peor, pero el cierre del país y la falta de información hacen que no se sepa exactamente cuál es la situación de la población civil, especialmente en las ciudades donde han sucedido las manifestaciones y que ahora son atacadas por el Ejército. Y así se tuviera la información, se teme que el gobierno sirio no abra sus puertas a agencias humanitarias internacionales. Algunos han cruzado ya la frontera hacia Líbano y Jordania, pero el gobierno jordano lo niega. La gente prefiere irse a Líbano, tanto por vínculos familiares

como por el hecho de que en partes de la frontera con Jordania hay minas antipersonas. En caso de una salida masiva, Líbano no tendría la capacidad de atender tanta gente. Aparte de Libia, en ninguno de los otros países se puede hablar de aplicar las normas de la guerra porque no hay guerras sino tensiones internas, contextos en los cuales las normas internacionales son poco claras.

Un drama mayor es el flujo de miles de refugiados de Siria que han cruzado la frontera con Turquía, huyendo de las operaciones militares dirigidas por Al Asad en el norte del país. El gobierno turco, en boca de su Primer Ministro, Tayyip Erdogan, dijo que no cerraría las puertas a estos refugiados, quien ha respaldado tomar medidas de presión contra el régimen de Al Asad.

En el caso de Bahrein, lo humanitario guarda relación con el respeto a la misión médica. El personal de salud que atendió a las víctimas de las protestas ha sido objeto de persecución, maltratos, amenazas, torturas, detenciones y juicios en cortes militares. El hospital de Salmaniya fue militarizado, y una de sus áreas destinada exclusivamente a heridos de las revueltas y sometida a estricto control por parte de los militares. Han sido formalmente acusados 47 trabajadores de la salud, y más de 150 se encuentran bajo investigación. Los cargos, haber atendido heridos, incluyen “actos en contra del Estado” susceptibles de ser castigados con la pena de muerte.

Hay otras tareas que indiscutiblemente puede y debe cumplir la comunidad internacional: en el caso de Libia, están la acción de las Naciones Unidas y la propuesta de la Unión Africana; en el caso de Yemen, la propuesta de los países del Consejo de Cooperación del Golfo. Lo mejor que pueden hacer es no volver un “problema humanitario” la protesta social.

Lo importante es entender que si la crisis es política, de derechos, de libertades, la respuesta no se puede dar pensando en hambrunas ni en epidemias. Por eso, el debate humanitario no es de asistencia sino de protección, de cómo garantizar la llamada “Responsabilidad de Proteger” (R2P) y si ella es algo mandatario en la situación política actual o una excusa para la ingerencia. Si arrecia una crisis como la de Libia en Bahrein, ¿los Estados Unidos y Europa actuarán de la misma manera? Si la respuesta es no, la llamada R2P fracasa de nuevo.



Mujer egipcia pintada con motivo de las revueltas.

40. Los Estados Unidos, ante las revueltas árabes

Una nueva mirada de los Estados Unidos hacia el mundo árabe-musulmán fue lo que ofreció Obama en su famoso discurso de junio de 2009 en El Cairo. Obama renunciaba al discurso vertical y dogmático de George Bush y su guerra contra el terror, dándoles paso a la aceptación y el mutuo reconocimiento.

El presidente de los Estados Unidos dijo, entre otras cosas, que “un simple discurso no puede erradicar años de desconfianza”; reconoció el papel del mundo árabe-musulmán en la Ilustración europea, subrayó que las relaciones con los Estados Unidos debieran estar hechas en lo que es el Islam y no en lo que el Islam no es, reconoció al Islam como fuente de paz, rechazó el uso de estereotipos, reconoció que la situación de los palestinos es intolerable, aceptó que de lo que se trata es de una ocupación por parte de Israel, dijo que la crisis de Gaza no le sirve a la seguridad de Israel y reconoció que Irán tendría derecho a acceder a la energía nuclear con fines pacíficos. En conclusión, demasiadas esperanzas.

Entre ese discurso y el de mayo de 2011, pasaron muchas cosas: la caída de varios presidentes en el mundo árabe, las revueltas árabes, la agudización de la situación en Afganistán, el fracaso de nuevos intentos de paz en Palestina y la guerra de Libia.

La primera prueba de fuego para los Estados Unidos fueron las revueltas en Egipto. Los Estados Unidos reconocieron en las primeras semanas la insostenibilidad de la situación y

la necesidad de cambios, llamando a una transición pacífica. Las dos bases de los Estados Unidos en el mundo árabe son Egipto y Arabia Saudita, y Egipto es el segundo país, después de Israel, en obtener ayuda militar estadounidense, en tanto socio en la mal llamada “guerra contra el terror”. Egipto recibe un promedio de 2.000 millones de dólares anuales en cooperación civil y militar desde 1979. La llamada a la democracia por parte de los Estados Unidos contrasta con los fracasos de imponerla en Iraq y Afganistán, y el rechazo por el triunfo electoral de Hamas en Gaza, posiciones no admitidas por el mundo árabe. La postura de Obama, en últimas, de que respetará lo que los pueblos decidan, no difiere esencialmente de lo que dijo en la Universidad de El Cairo en junio de 2009.

Los Estados Unidos han jugado en la crisis egipcia un papel tan ambiguo como toda su política exterior bajo el régimen de Obama. Su apoyo a Egipto se basa en la búsqueda de la estabilidad regional y la protección de Israel. Para ello, ha apoyado al ejército egipcio durante décadas y, por lo mismo, al régimen cuasidictatorial de Mubarak. Por eso, la caída de Mubarak era y es para los Estados Unidos un peligro si y sólo si su reemplazo se aleja de la agenda estadounidense en la zona.

El discurso oficial de los Estados Unidos estuvo centrado en ambigüedades, llamados a la paz, defensa de los valores universales y necesidad de cambio, sin desarrollar alguna de estas ideas. Es decir, respondió con lo que se conoce en ciencia política como un concepto *catch-all* (atrápalo todo), donde cabe cualquier cosa. Al comienzo, apostaron por la permanencia de Mubarak, luego por el ascenso de Omar Suleiman, quien estaba en Washington cuando estalló la crisis, y finalmente aceptaron la hasta ahora mal llamada transición conducida por los militares. Cualquiera de las tres opciones serviría a la agenda de los Estados Unidos: mantener el *statu quo*. Sin embargo, el nuevo gobierno egipcio decidió establecer diálogos con Irán, permitir el paso de sus barcos por el Canal del Suez, renegociar su venta de gas a Israel y abrir la frontera de Gaza, algo contrario a lo esperado por los Estados Unidos en su protección a Israel.

La segunda preocupación norteamericana (o tal vez la primera) deviene de su relación con Israel. Y la preocupación de éste no es la democracia en Egipto (de hecho, apoyó a Mubarak hasta el último minuto) sino la preservación de su principal aliado en el mundo árabe. La llegada de los militares al poder no sería un motivo de preocupación para los Estados Unidos (ni para Israel) por cuanto los millones de dólares americanos que llegan en ayuda militar cada año pesarían entre las élites del Ejército a la hora de hacer cuentas (recordemos que Egipto es el segundo receptor de ayuda militar de los Estados Unidos en el mundo).

Obama sabe que el Ejército, eternizado en el poder, no es un actor del cambio. Los militares mantuvieron el régimen de Mubarak durante 30 años y han reprimido las revueltas, violando sistemáticamente los derechos humanos. ¿Por qué fiarse de ellos? Porque no afectan su ecuación de poder en la zona y, además, hacen bien la tarea cuando de colaborar con la CIA y con la guerra contra el ‘terror’ se trata.

A pesar de la experiencia egipcia, los Estados Unidos repiten otro canto a la bandera: en mayo de 2011: fijan su postura sobre las revueltas árabes. En esta ocasión, el discurso fue más concreto en términos de fórmulas de salida de la crisis, especialmente en el ámbito económico, como lo explicaremos más adelante. El análisis que hace Obama de las protestas en su discurso de mayo de 2011 no incluye el apoyo que durante varios años recibieron los gobiernos de la zona por parte de los Estados Unidos. El diagnóstico que hace de la situación no está lejos de la realidad, pero sí sus fórmulas de solución.

Para los Estados Unidos, en la región del norte de África y en Oriente Medio el poder está concentrado en pocas manos: no hay sistema judicial honesto, no hay medios de comunicación independientes, no hay partidos políticos creíbles y tampoco elecciones libres y justas. Obama reconoce que hay una manipulación de lo tribal, lo étnico y lo religioso.

Los Estados Unidos insisten en la necesidad de formular una especie de “Plan Mohamed-Marshall” para la zona, incluyendo lugares comunes como educación, ciencia y tecnología, salud, libertad de expresión, libertad religiosa, etcétera. Luego de ese diagnóstico, Obama presenta la receta de solución en el posconflicto: la democracia, según él y muchos profesores de los Estados Unidos, tiene que ir de la mano con el libre mercado. La reforma política y económica garantizaría las legítimas aspiraciones de la gente mediante un mercado integrado y competitivo. Los Estados Unidos, dice Obama, apoyarán la democracia basada en estabilidad financiera e integración de la zona en la economía global.

En poco tiempo, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) presentarán planes para modernizar y estabilizar las economías de Egipto y Túnez. Para ganar credibilidad, los Estados Unidos condonaron parte de la deuda egipcia y prometieron nuevas ayudas financieras. Con ayuda de la *Overseas Private Investment Corporation* (OPIC), una agencia independiente del gobierno de los Estados Unidos que moviliza la inversión del sector privado en mercados nuevos y emergentes en el extranjero, los Estados

Unidos apoyarían la inversión privada en la región, y en ese marco lanzarían una iniciativa de comercio integral y de asociación para la inversión.

Basta contemplar el panorama mundial para entender que el discurso según el cual la democracia y el libre mercado van de la mano no es cierto (leer a Joseph Stiglitz por si hay dudas). Los empresarios cada vez buscan más peso político en Egipto: en 1995 había 37 empresarios en el parlamento, y 68 en 2005. A pesar de lo anterior, la capacidad árabe de competir en el mercado internacional es muy baja. En 2008, el total de bienes manufacturados producidos en el mundo árabe fue inferior al de Filipinas; en el período 1980-2000, Arabia Saudita, Egipto, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Jordania y Siria registraron 367 patentes en los Estados Unidos, y en ese mismo plazo Corea del Sur registró 16.328.

Túnez creció en promedio un 5 por ciento anual durante la década pasada, mereciendo los elogios del FMI y la denominación que en 2007 el Foro Económico Mundial para África le otorgó como el país “más competitivo” del continente. Se privatizaron 204 empresas públicas pero el desempleo llegó al 36 por ciento. De modo que el neoliberalismo no fue solución sino una de las causas de la crisis. Pero las empresas trasnacionales no quieren perder ese apetitoso mercado de, por ejemplo, 83 millones de egipcios, y tampoco el acceso al mercado del resto del mundo árabe.

Los liberales aperturistas promercado conseguirán rápidamente la bendición de los Estados Unidos y de Europa, le darán tranquilidad a Israel y les abrirán la puerta a las empresas trasnacionales, marcando una ruta para otras naciones de la región. Un gobierno proamericano y promercado tendría en contra suya lo que Occidente significa para el mundo árabe: las guerras de Iraq y Afganistán, la ocupación de Palestina, Guantánamo y la islamofobia.

Lo que no se entiende es: ¿Cómo se puede ser tan cínico de citar al tunecino Mohammed Bouazizi, víctima de las políticas neoliberales, y en su nombre proponer nuevas salidas iguales o peores de neoliberales? Obama no merecía un Premio Nobel sino un Premio Oscar al mejor actor de reparto, porque *reparte* discursos según el público que le toque para quedar bien con todos.

41. Ocupación en Libia: modelo para armar

El peor escenario tiende a convertirse en el más probable: la acción militar de terceros países en Libia gana más fuerza. Obama ha dejado claro que Gadafi debe dejar ya el poder. El problema es qué modelo se usará para echarlo. El de Iraq en 1991 es una opción: Naciones Unidas dan mandato a fuerzas multinacionales para que actúen como Fuerzas de Imposición de Paz, previa declaración de que la situación es una amenaza para la paz y la seguridad internacionales. Pero China y Rusia se oponen a una Resolución en este sentido. El modelo Ruanda 1994 es otra opción: no intervenir. Aunque en el caso de Libia no hay elementos que permitan hablar de un genocidio, como sí ocurrió en Ruanda, la salida de la comunidad internacional pudiera ser no actuar.

¿Y el modelo Somalia 1993? Veamos: desembarca un grupo de soldados de los Estados Unidos y, con cámaras de CNN, le muestran al mundo su 'proeza liberadora'. Pero los Estados Unidos no abrirán en solitario un nuevo frente, teniendo a Iraq y Afganistán sin ser resueltos. El miedo a que Libia se convierta en una gran Somalia no debiera provenir del conflicto actual sino de un escenario posinvasión fracasada, como el de Somalia en 1993. Desatar los odios tribales en la Libia de hoy puede ser una de las consecuencias de una ocupación armada.

El modelo de Iraq posterior a 1991 es otra opción: declarar una zona de exclusión aérea, tomar medidas económicas y apoyar a los rebeldes. Pero tales 'soluciones' no pudieron con Hussein, quien aplastó a los rebeldes, mientras el pueblo pagó las consecuencias del embargo.

El modelo Kosovo 1999: ante el bloqueo del Consejo de Seguridad por la falta de apoyo de Rusia y China a una acción armada, otros miembros del Consejo de Seguridad decidieron entrar en el conflicto, alegando la necesidad de proteger a la población civil. Allí la OTAN jugó el papel de “mediador armado” entre el Ejército de Liberación de Kosovo (ELK) y el gobierno de Milosevic. El problema no fue sólo romper la legalidad internacional sino además que las heridas del conflicto no se han resuelto.

El modelo Darfur 2004: que el Consejo de Seguridad remita el caso a la Corte Penal Internacional (lo que ya hizo) pero no entre en acciones militares (excepto una misión de la ONU que ni siquiera se proteja a sí misma).

Pero Libia no encaja exactamente en alguno de los casos anteriores. Una solución alternativa sería la acción militar dirigida por las Naciones Unidas pero con el apoyo decisivo de la Liga de Países Árabes (que apoya una zona de exclusión aérea) y de la Unión Africana. Pero hay un problema: los líderes de esos dos grupos de naciones están precisamente cuestionados por sus propios pueblos en las calles. Además, esto daría lugar a un mal precedente, lo que puede significar la posibilidad de usar un mismo mecanismo en Darfur, por ejemplo. Cualquier operación militar extranjera ya ha sido rechazada por el recientemente formado Consejo Nacional Libio (rebelde) y le daría a Gadafi una excusa importante: la lucha nacionalista contra el invasor.

El uso de helicópteros por parte de Francia e Inglaterra es un paso más en el apoyo a los rebeldes. No son tropas de tierra (que pudieran generar rechazo en el mundo árabe) pero tampoco ataques desde barcos o aviones a larga distancia, y, por tanto poco, efectivos frente a cierto tipo de blancos.

Por otro lado, los rumores mencionan posibles nuevas negociaciones entre el régimen de Gadafi y delegaciones de Rusia y el Reino Unido. Nadie lo admite pero es muy posible que, ante el estancamiento militar y el riesgo de una guerra de desgaste que a nadie beneficia (y menos a los civiles de Libia), se abra la puerta a nuevas negociaciones.

No se trata de una acción humanitaria. Si las víctimas importaran, no se cerrarían las fronteras ni se deportarían los exiliados de África que piden protección en Europa cada día. Si Libia tuviera sólo cabras y camellos (como Somalia), no hubiera amagos de invasión. Los Estados Unidos buscara con tal acción, entre otras cosas, erigirse como “brazo armado” de

los rebeldes del mundo árabe, con lo cual ganaría en cualquier escenario, y, por tanto, con derecho a voz y voto en medio de las revueltas. En todo caso, sea cual fuere el modelo, entrar en la guerra es fácil; lo difícil es salir.



42. Lo enrevesado de las revueltas

Una forma de medir el cruce de agendas es ver las alegrías y las preocupaciones al tiempo que las protestas se expanden. No acababa de salir Ben Ali del poder en Túnez, y Egipto de arreciar su protesta callejera, cuando Irán y Turquía, por razones diferentes, daban declaraciones de apoyo al movimiento popular que finalmente expulsó a Mubarak. Irán insistía en que la caída de Mubarak significaba un retroceso para el sionismo judío, al perder un aliado. Pero, en el caso de Libia, Turquía decidió quedarse callada debido a sus fuertes inversiones financieras en el país de Gadafi.

La Unión Europea, que fue cautelosa con Egipto, se fue lanza en ristre contra el gobierno de Gadafi, pasando de las medidas económicas a la acción militar. La Liga Árabe respaldó algo así como “atacar pero sin atacar”, y la Unión Africana, más pro que anti-Gadafi, lanzó propuestas de solución sin desconocer a éste como un “hermano”.

Los Estados Unidos no lograron acomodarse: tardaron en el proceso de Egipto, callado ante las protestas de Arabia Saudita, temeroso ante Bahrein y desafiante frente a Siria, pero sin lograr mucho con sus declaraciones. El opositor John McCain visitó a los rebeldes libios mientras desde las propias filas demócratas llovían críticas contra Obama por hacer *too little, too late* por los libios. Los Estados Unidos habían dejado de llamar a Gadafi “perro rabioso” para convertirlo en aliado, Berlusconi besaba su mano en público y Sarkozy le vendía las armas (junto con España y Portugal) con las que hoy Gadafi combate a los rebeldes. Aznar, ex presidente español, sigue defendiendo a Gadafi como un “amigo excéntrico”.

Ahora que la protesta tiene contra las cuerdas a Saleh, en Yemen, los emisarios de los países del Golfo Pérsico le recomiendan salir por el temor a un baño de sangre; quienes hoy le sugieren que abandone el poder son los mismos que le daban legitimidad regional hasta hace pocas semanas. El gobierno de Irán se mostraba entusiasta con la protesta de Bahrein, pero, en cuanto éstas se convirtieron en un ejemplo para el propio pueblo iraní, su alegría decreció. El famoso teólogo suní Al-Qaradawi ha respaldado todas las protestas menos las de Bahrein, porque allí se trata es de excluidos chiíes contra gobernantes suníes.

El gobierno de Bahrein dice que sus revueltas son fruto de Irán y de Hizbollah, y Gadafi dice que se trata de cosas de Al-Qaeda, de jóvenes borrachos y drogados. Siria dice que se trata de agentes extranjeros, pero ninguno acepta que son protestas de su propio pueblo. Hizbollah aplaude las revueltas en Bahrein pero le preocupan las revueltas en Siria, su gran apoyo, y por eso llama a defender el gobierno de Al Asad.

Ante las protestas de Siria, los Estados Unidos arremeten diciendo que ven allí la mano de Irán y condenan duramente la represión, una represión igual que la de sus aliados saudíes en territorio de Bahrein. Israel lamenta la salida de Mubarak, espera que se vaya Gadafi y sueña con la caída de Irán o de Siria.

Los Hermanos Musulmanes en Túnez miran el modelo de Turquía, mientras en Siria y Libia participan en las revueltas activamente, y en Egipto defienden que se mantengan las normas constitucionales que permiten la vigencia de la Sharía en la regulación de las actividades familiares. Cada uno quiere que ganen los suyos: Israel teme un ascenso musulmán en Siria y se preocupa por la cercanía del 'nuevo' Egipto con Irán.

En resumen, no se trata de unas revueltas en que los actores tengan posturas homogéneas; no es un consenso por la democracia sino un gran ajedrez con bloques tan cambiantes como las protestas mismas. Así, la democracia y la justicia son dos cosas de las que todo el mundo habla pero en las que pocos realmente creen.





43. Palabras finales: Voltaire, el velo y los derechos humanos

Cubrirse o no cubrirse, he ahí la cuestión. Lo fácil es reducir el debate, lo difícil es ponerlo en perspectiva. Cubrirse la cabeza, por razones religiosas o culturales, no es monopolio musulmán: mi abuela solía ponerse velo para ir a la misa, como hacen las judías y las monjas.

Hay otras identidades que se expresan en la ropa: el turbante de algunos indios, las faldas de los irlandeses o la vestimenta indígena. ¿Hasta dónde puede la ley regular estos asuntos? Hace algún tiempo, la aerolínea *British Air* sancionó a una azafata que lucía un crucifijo y hace poco las autoridades de Barcelona decidieron prohibir ir desnudo por la ciudad.

Recientemente, Francia decidió prohibir el velo y otros países debaten sobre el tema. Voltaire, ciudadano francés para más señas, deseaba “que las pequeñas diferencias entre los trajes que cubren nuestros débiles cuerpos no sean señal de odio y de persecución”. Pero Voltaire ya no es un punto de referencia en Francia.

Reducir los derechos humanos en el mundo árabe al velo es desviar debates más reales y acuciantes: los derechos de las mujeres no se limitan a ponerse o no un velo, aunque éste sea una expresión patriarcal o una decisión personal. En algunos círculos académicos, cuando se discute sobre el respeto a los derechos humanos en Oriente Medio, la discusión se re-

duce al velo pero poco se dice de los asesinatos israelíes de palestinos, o del bloqueo que la ONU le aplicó a Iraq durante años, produciendo la muerte de miles de niños.

Las monjas no son libres de no elegir cubrirse. Si la respuesta es que tal ropa es la consecuencia de la opción personal por un credo y el ejercicio de una fe, entonces lo mismo debe entenderse para otros credos. Algunas mujeres musulmanas usan el velo como un símbolo más cultural que religioso; otras sostienen que es su opción personal y por tanto es un ejercicio de libertad; algunas incluyen el velo dentro de la lucha contra la discriminación, pues la solución no es esconder la diferencia sino asumirla. Pero no siempre es así y muchas veces el velo es una imposición patriarcal como otras, no por ser musulmanes sino por ser machistas.

En Teherán, algunas personas al velo no lo llaman shador sino “sha-Dior”, por ser una prenda cada vez más sofisticada y parte de la moda. En Copenhague, en un McDonald’s donde todos los empleados deben llevar el cabello cubierto, pude reconocer que una empleada era musulmana porque, aunque cubierta como el resto de sus compañeros, no lucía la cachucha típica con la M que llevaban otras mujeres en el mismo sitio sino un velo con estampados de McDonald’s. El mercado resuelve a su manera lo que la xenofobia combate.

Dentro de lo privado, decía Voltaire, “uno puede quemar en su casa los libros y los papeles que le disgusten”, pero no tiene derecho a quemar los libros del vecino y mucho menos las bibliotecas públicas. La libertad implica la posibilidad de optar aún por lo ‘malo’. ¿Puede ser libertad aquella que nos diga: podéis hacer lo que quieras menos lo malo? El problema no es el uso de una determinada prenda sino su imposición.

La defensa por medio de la imposición del estilo occidental de vestirse no busca siempre la justicia para con las mujeres; a veces simplemente pretende que su diferencia no sea pública. Su derecho se reduce a trabajar en los empleos que los europeos no quieren, no molestar y autoinvisibilizarse. El velo impuesto en los países musulmanes hace lo mismo que la prohibición del velo en los países occidentales: invisibilizar a la mujer. Por tanto, andar sin velo en Irán como con velo en Francia es un problema que está más allá del velo.

Cuando se critica el velo musulmán, la pregunta de fondo es si se esconde sólo el rostro o detrás de la crítica se esconde la xenofobia. El debate sobre el velo parece cubrir un debate más profundo: la islamofobia que crece en Europa y los Estados Unidos. Cuando murió asesinado el periodista Theo Van Gogh (2004), hubo un escándalo en Europa, justificado,

por demás. Pero nadie se pronunció sobre la decena de sitios musulmanes, entre escuelas y mezquitas, destruidos e incendiados en las semanas siguientes al asesinato sin que hubiera detenidos. La sociedad holandesa justificaba tales actos. El Papa de ese entonces puso su parte hablando de la prédica del Islam por la violencia, sin mencionar la Santa Inquisición, las Cruzadas ni el colaboracionismo del Vaticano con el régimen de Hitler.

En 2008, el político holandés Geert Wilders publicó el documental *Fitna* (que en árabe quiere decir algo así como división o fractura), lleno de imágenes de terrorismo *islámico* que mezclaba incluso asesinatos de las fuerzas de ocupación en Iraq o Palestina como supuestos actos islámicos. Las ecuaciones “árabes igual a musulmanes” y “musulmanes igual a extremistas” es demasiado simple pero muy efectiva.

Por el lado musulmán hay aportes que alimentan la xenofobia. Los radicales musulmanes que controlan las barriadas de París les han impuesto el uso del shador a las mujeres musulmanas. Son preocupantes los ataques por parte de los propios musulmanes contra mujeres de su religión que no observan la vestimenta que ellos consideran apropiada, ataques que en algunos casos han incluido violaciones sexuales. En Alemania, Italia y Suecia, la sociedad se ha sacudido con noticias de crímenes de honor. ¿Acaso es una reacción de la Razón contra los fanatismos o será más exactamente una reacción de los nacionalismos contra la inmigración? Parafraseando a Horkheimer, podemos decir que quien no quiera hablar de xenofobia no tiene derecho a hablar sobre el velo. Turquía todavía no ha podido integrarse a la Unión Europea. ¿Por las violaciones de derechos humanos o por ser musulmana?

Se debiera mostrar tanta decisión en el control del proselitismo religioso fanático como en la discriminación contra los creyentes. Además de velo impuesto, está el racismo que lo ve peligroso. Si el velo es una opción, ¿qué hay de la libertad individual? Incluso si hay proselitismo, ¿qué hay de libertad de opinión? Si se quiere evitar la xenofobia y proteger los derechos de las mujeres, esto se puede hacer por vía de la libertad pero no por vía de las prohibiciones. No se protege prohibiendo libertades.

Cuando se ataca con tanto énfasis el velo musulmán pero al mismo tiempo se perpetúan políticas discriminatorias contra los inmigrantes, parece que la campaña contra el velo no fuera el sueño de Voltaire sino su negación: discriminamos a quienes no creen como nosotros, no porque no crean como nosotros sino porque no son como nosotros: son extranjeros.

Los cristianos, los musulmanes, los judíos y los miembros de otras sectas y grupos religiosos debieran seguir la recomendación volteriana: “Si queréis que se tolere aquí vuestra doctrina, empezad vosotros por no ser intolerantes ni intolerables”. En vez de alimentar el fuego de una falsa guerra de civilizaciones, se debiera combatir la confusión reinante. Y, como dijo el francés citado: “Lo digo con horror, pero con verdad, ¡somos nosotros, los cristianos, los que hemos sido perseguidores, verdugos y asesinos!”.

44. Bibliografía recomendada

Todavía no hay libros disponibles sobre las revueltas actuales, pero hay números especiales en revistas y en la prensa internacional. Como se advirtió en la presentación, este trabajo no es en manera alguna un manual sobre el mundo árabe y no pretende competir con obras de mayor envergadura sobre la región. Por tanto, incluyo algunos pocos títulos, la mayoría en español, para quien desee profundizar. Igualmente, cito algunas de las páginas Web donde están disponibles muchos artículos de actualidad, en forma general o país por país, sobre las llamadas revueltas árabes.

Alejandro García: *Historia del Sahara*, La Catarata, Madrid, 2002.

Bernabé López García: *El mundo árabe-islámico contemporáneo*, Síntesis, Madrid, 2000.

Charles Tripp: *A history of Iraq*, Cambridge University, Cambridge, 2008.

Eugene Rogan: *Los árabes, del imperio otomano a la actualidad*, Crítica, Madrid, 2010.

Gérard Prunier: *Darfur. The ambiguous genocide*, Hurst and Company, Londres, 2007.

Georges Corm: *Historia de Oriente Medio*, Península, Barcelona, 2009.

Human Rights Watch: *World Report*, 2011.

- I. M. Lewis: *A modern history of the Somali*, Eastern African Studies, Oxford, 2002.
- Ignacio Álvarez-Ossorio: Siria contemporánea, Síntesis, Madrid, 2009.
- Ignacio Álvarez-Ossorio y Luciano Zaccara (coords.): *Elecciones sin elección*, Guadarrama, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2010.
- Olivier Roy: *El Islam mundializado*, Bellaterra, Barcelona, 2003.
- Olivier Roy: *El Islam y el caos*, Bellaterra, Barcelona, 2007.
- Peter Mansfield: *A history of the Middle East*, Penguin, Londres, 2003.
- Sophie Bessis y Gema Martín Muñoz (coords.): *Mujer y familia en las sociedades árabes actuales*, Bellaterra, Barcelona, 2010.
- Sophie Pommier: *Las cadenas de Prometeo*, Bellaterra, Barcelona, 2009.
- Víctor de Currea-Lugo: *Palestina, entre la trampa del muro y el fracaso del derecho*, Icaria, Barcelona, 2005.
- VV.AA.: 2011: “La revuelta árabe”, en *Vanguardia Dossier*, Barcelona, abril de 2011.
- “Waking from its sleep: A special report on the Arab world”, *The Economist*, julio de 2009.

45. Páginas Web recomendadas

Al Arabiya News

<http://english.alarabiya.net/>

Al Fanar

<http://www.boletin.org/index.jsp>

Al-Jazeera

<http://english.aljazeera.net/>

Amnistía Internacional: Informe Anual 2011

<http://amnesty.org/es/annual-report/2011/middle-east-north-africa>

Centro de Estudios y Documentación Internacionales de Barcelona

<http://www.cidob.org>

Casa Árabe

<http://www.casaarabe-ieam.es/>

Council on Foreign Relations

<http://www.cfr.org/>

El País (de Madrid)

<http://www.elpais.com/especial/revueltas-en-el-mundo-arabe/>

International Crisis Group

<http://www.crisisgroup.org/en.aspx>

Para la diagramación se utilizaron
los caracteres Adobe Caslon Pro y Frutiger
Agosto de 2011

El conocimiento es un bien de la humanidad.
Todos los seres humanos deben acceder al saber.
Cultivarlo es responsabilidad de todos.